ESCUELA BÍBLICA CRISTO EL REY

בְּרֵאשִׁית

Génesis III

La visión del engaño



ESTUDIO BÍBLICO VERSO A VERSO

Hebreo · Transliteración · Traducción · Reflexión

Antes de comenzar

Este cuaderno está pensado para leerse con calma, con la Biblia abierta y, si se desea, con lápiz en mano: cada versículo comienza en una página nueva y termina con un espacio para tus notas.

HEBREO	El versículo en su lengua original, con vocalización.
TRANSLITERACIÓN	Cómo se pronuncia, para leerlo en voz alta.
TRADUCCIÓN	En español y en inglés.
REFLEXIÓN	Análisis lingüístico, gematría y aplicación práctica; primero en español y luego en inglés.
MIS NOTAS	Un espacio al final de cada versículo para escribir a mano.

UNA INVITACIÓN

La Escuela Bíblica Cristo El Rey es un espacio de estudio abierto, plural y respetuoso. Estas reflexiones proponen un ejercicio de investigación contemplativa para el crecimiento personal y la paz interior, sin pretensión de exclusividad dogmática. Al final encontrarás los avisos completos.

La visión del engaño

✦

El engaño nos presenta dos opciones para vivir: la vida o el conocimiento del bien y del mal, y nosotros escogimos, temporalmente, las confusas ramas de la desinformación, así como sus frutos imaginarios, cayendo en lo simbólico; en un tiempo y un espacio que nos presentan una realidad irreal. Eva, que significa Vida, no fue la culpable, sino el instrumento de un plan Creador que continúa, ahora, guiándonos a través de Su espíritu a nuestro estado original, pero experimentando los efectos de dicha separación voluntaria.

Deception presents us with two options for living: life or the knowledge of good and evil, and we chose, temporarily, the confusing branches of misinformation, along with its imaginary fruits, falling into the symbolic; into a time and space that presents us with an unreal reality. Eve, meaning Life, was not the culprit but rather the instrument of a Creator's plan that continues, now guiding us through His spirit to our original state, while we experience the effects of that voluntary separation.

וְהַנָּחָשׁ הָיָה עָרוּם מִכֹּל חַיַּת הַשָּׂדֶה אֲשֶׁר עָשָׂה יְהוָה אֱלֹהִים וַיֹּאמֶר אֶל־הָאִשָּׁה אַף כִּי־אָמַר אֱלֹהִים לֹא תֹאכְלוּ מִכֹּל עֵץ־הַגָּן

V'hanachash hayah arum mi-kol chayat ha-sadeh asher asah Adonai Elohim va-yomer el-ha-ishah af ki amar Elohim lo tokhlu mi-kol etz ha-gan

«Y la serpiente era más astuta que cualquiera de los animales del campo que el Señor Dios había hecho; y dijo a la mujer: "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de ningún árbol del jardín?»

"And the serpent was more cunning than any beast of the field which the Lord God had made; and he said to the woman, "Did God really say, 'You must not eat from any tree in the garden'?"'"

REFLEXIÓN

Es importante no perder de vista la atemporalidad espiritual y menos que el Creador todo lo hizo bien y para nuestro bienestar lo que significa que no es coherente interpretar a la serpiente como un ser que se opone a Su voluntad, por el contrario, la serpiente es una fuerza del Sitra Ajra (el "otro lado"), y como fuerza espiritual real, contiene en si, el aspecto del mal o del deseo que busca desviar al alma de su propósito divino.

Así que no es simplemente un animal, sino una entidad que encarna la klipá (cáscara), es decir, la ilusión que oculta la luz divina, su "astucia" (arum) no es sólo inteligencia, sino capacidad de manipulación y disimulo: el arte de disfrazar el mal como bien. Por ello algunas interpretaciones, dicen que la serpiente es una manifestación de Samael, el ángel de la muerte, o su vehículo, y su presencia en el Edén es parte del plan divino de otorgar al ser humano el libre albedrío.

Su rol por ende es el de probar al ser humano, como un medio para que este elija el bien voluntariamente. Tengamos presente que en la cosmovisión cabalística, incluso las fuerzas oscuras sirven, en última instancia, al propósito divino, y el Edén no era completamente puro como lo entendemos: ya que era un espacio de potencial y prueba, donde el ser humano debía desarrollar su conciencia.

Y aunque todo lo hizo bueno, la existencia del mal (oculto, potencial) prueba solo esa necesidad en guiarnos hacia un mundo en donde exista la libertad plena.

נחש (Najash) – “Serpiente”. Valor numérico: 8(ח) + 50(נ) + 300(ש) = 358. משיח (Mashíaj) – “Mesías”. Valor numérico: מ)358 = (8) ח) + 10(י) + 300(ש) + 40.

Esto implica que la misma energía que alimenta a la serpiente puede, en su rectificación, convertirse en redención. Esta equivalencia enseña que el potencial de caída y el de redención están entrelazados. La energía del deseo (que la serpiente representa) puede llevar al pecado o, si es canalizada correctamente, a la redención.

Así que el bien y el mal hacen parte de nuestro proceso de evolución espiritual, de allí que la serpiente despierta la conciencia dual, el conocimiento del bien y del mal, lo cual es el comienzo de la verdadera humanidad. Según la Cábala, antes del pecado el ser humano estaba en un estado de pureza sin conocimiento del mal, pero también sin mérito propio. El descenso causado por la serpiente es parte de un plan ascendente: el alma cae para elevarse más alto que antes.

El que ella fuera "más astuta"? (עָרוּם), de la raíz ע .ר.ם , que se asocia también a “desnudez” (עֵרוֹם – erom), solo implica que estaba despojada de vestiduras, es decir, de vergüenza o recato, lo que también representa una fuerza desnuda de moral, por ello esa astucia es el uso de la lógica y el discurso para sembrar duda, lo que activa el intelecto humano, pero lo hace sin guía espiritual.

Tengamos entonces claro que, la serpiente no está fuera del plan divino, sino que representa el aspecto del universo que permite el libre albedrío y la evolución espiritual. Su "astucia" es parte de la prueba: no para que el ser humano caiga, sino para que, al superar la tentación, se vuelva verdaderamente libre y semejante al Creador.

Por ende, una vez que somos tentados, en este caso por parte de la serpiente en el Jardín del Edén, caemos sedientos, ante las fuerzas negativas del ego, que con sus alucinaciones e imaginaciones astutas reproducen en nuestras mentes esa tentación que nos desafía a obedecer o no, perdiendo así la pureza y la unidad divina.

Es importante entender que la serpiente, וְהַ נָּחָשׁ (V'hanachash), נָּחָשׁ (nachash), simboliza esas fuerzas del mal, el engaño y la astucia que forman parte del mundo oscuro y oculto que debemos armonizar, lo que significa que no son estas las responsables de nuestras acciones, sino que somos nosotros quienes cedemos, inclinándonos hacia la desobediencia y el mal (yetzer hara).

La astucia como tal, עָרוּם (arum), al igual que el concepto עָרוּם ("desnudo"), se funden para hablarnos de cómo cedemos ante una de las fuerzas, para ser cogobernados por esa capacidad del ego para manipular y distorsionar nuestras decisiones, y con ellas nuestra nueva realidad. La serpiente, al igual que las otras criaturas del campo, מִ כֹּל חַ יַּת הַ שָּׂ דֶ ה (mi-kol chayat ha-sadeh), cumple un rol dentro de lo creado, siendo la tentación un símbolo de prueba y, por ende, de nuestra capacidad de decidir si obedecer o no.

El contexto de la expresión וַיֹּאמֶ ר אֶל־הָ אִ שָּׁ ה (va-yomer el-ha-ishah) - "y dijo a la mujer", nos muestra cómo se da el proceso de tentación y engaño, que tiene que ver con nuestra desobediencia y, por ende, con la separación entre la unidad divina y la percepción humana, representada por la mujer. No perdamos de vista que una vez que ella fue creada, se generó un mandato: לֹא תֹאכְלוּ מִ כֹּל עֵ֥ץ־הַ גָּן (lo tokhlu mi-kol etz ha-gan) - "No comáis de ningún árbol del jardín", versión que la serpiente distorsiona, sembrando la duda y la confusión.

Y es así como, aún hoy en día, ese ego como fuerza terrenal puede manipular nuestra percepción para llevarnos a la transgresión, dándole a nuestras expresiones significados distintos que interpretamos a nuestro acomodo. Lo que significa que esa serpiente נָחָשׁ (nachash - serpiente) y su valor gemátrico 358 (300= ש, 8= ח, 50=נ), el mismo valor del término מָשִׁיחַ (Mashiach - Mesías), nos sugiere que es necesario ese desafío o tentación, simbolizados por la serpiente, para que se pueda sembrar la semilla de la redención y la superación espiritual.

Lo que entonces nos lleva a no descalificar todo lo sucedido, sino, por el contrario, a usar esa astucia, עָרוּם (arum - astuto) con un valor de 316 (40=ם, 6=ו, 200=ר, 70=ע), para que renazca nuestra capacidad de discernimiento, y gracias a la Palabra creadora usemos esos insumos conceptuales para el bien y no para el mal. La dualidad, por ende, nos presenta la astucia y a la vez la inocencia.

Así que la serpiente sigue internamente induciendo nuestras propias inclinaciones al mal y al engaño, por lo que nuestro desafío es aprender a reconocer estas fuerzas dentro de nosotros y superarlas mediante la sabiduría y la conexión con lo divino.

Por ende, todos enfrentamos pruebas y tentaciones que afectan nuestra integridad y nuestra conexión con nuestra esencia espiritual. La clave está en ser conscientes de las "tentaciones del ego" en nuestras vivencias, que pueden tomar la forma de dudas, miedos o deseos egoístas, y más bien desarrollar la capacidad de discernimiento para tomar decisiones que nos acerquen a la unidad y la pureza original.

Esa caída del alma humana desde su posición elevada en el mundo espiritual hacia el mundo material y físico, como descenso, debe ser vista como necesaria para que la humanidad experimente y entienda la creación en todos sus aspectos, especialmente desde su fragmentación como desafío de unidad, oportunidad para la redención y la reintegración con lo divino.

Es por ello que la serpiente, el engañador o como le queramos llamar, de la que se habla en el Huerto del Edén, no debe ser vista como algo negativo en sí, aunque personifica las fuerzas de la tentación y el deseo producto de un ego que nos identifica con la separación. Sin embargo, esta inclinación al mal (Yetzer Hara), como desafío del libre albedrío, pone a prueba nuestra capacidad para elegir entre la obediencia a la voluntad divina y la búsqueda de conocimiento o nuestro libertinaje.

Proceso de restauración que, representado en la caída de Adán como ruptura cósmica, necesita ser rectificado (tikún). Este es el propósito de la vida humana, que nos llama a trabajar arduamente para corregir esta ruptura, restaurando la armonía original entre el hombre y lo creado, y entre el ser humano y el Creador, un viaje espiritual que cada persona emprende para volver al estado de unión con lo divino.

REFLECTION

It is important not to lose sight of spiritual timelessness, and even less so that the Creator did everything well and for our well-being. This means that it is inconsistent to interpret the serpent as a being that opposes His will. On the contrary, the serpent is a force from the Sitra Achra (the "other side"), and as a true spiritual force, it contains within itself the aspect of evil or desire that seeks to divert the soul from its divine purpose.

So it is not simply an animal, but an entity that embodies the klipa (shell), that is, the illusion that hides the divine light. Its "cunning" (arum) is not only intelligence, but also the capacity for manipulation and dissimulation: the art of disguising evil as good. Therefore, some interpretations say that the serpent is a manifestation of Samael, the angel of death, or his vehicle, and its presence in Eden is part of the divine plan to grant human beings free will.

Its role, therefore, is to test human beings, as a means for them to voluntarily choose good. Let us keep in mind that in the Kabbalistic worldview, even dark forces ultimately serve divine purpose, and Eden was not completely pure as we understand it: it was a space of potential and testing, where human beings had to develop their consciousness.

And although it made everything good, the existence of evil (hidden, potential) only proves this need to guide us toward a world where complete freedom exists.

נחש (Nachash) – "Serpent." Numerical value: 8(ח) + 50(נ + (משיח .358 = (300) ש (Mashiach) – "Messiah." Numerical value: מ)358 = (8) ח + (10) י) + 300(ש) + 40. This implies that the same energy that fuels the serpent can, in its rectification, become redemption. This equivalence teaches that the potential for fall and redemption are intertwined. The energy of desire (which the serpent represents) can lead to sin or, if channeled correctly, to redemption.

So, good and evil are part of our process of spiritual evolution, hence the serpent awakens dual consciousness, the knowledge of good and evil, which is the beginning of true humanity. According to Kabbalah, before sin, human beings were in a state of purity without knowledge of evil, but also without merit of their own. The descent caused by the serpent is part of an ascending plan: the soul falls to rise higher than before.

That she was "more cunning"? (עָרוּם), from the root ע .ר.ם , which is also associated with “nakedness” (עֵרוֹם – erom), only implies that she was stripped of clothing, that is, of shame or modesty, which also represents a force stripped of morality. Therefore, this cunning is the use of logic and discourse to sow doubt, which activates the human intellect, but does so without spiritual guidance.

Let us then be clear that the serpent is not outside of divine plan, but rather represents the aspect of the universe that allows for free will and spiritual evolution. Its “cunning” is part of the test: not so that human beings will fall, but so that, by overcoming temptation, they will become truly free and like the Creator.

Therefore, once we are tempted, in this case by the serpent in the Garden of Eden, we fall thirsty before the negative forces of the ego, which with its hallucinations and cunning imaginations reproduce in our minds that temptation that challenges us to obey or not, thus losing purity and divine unity.

Once we are tempted, in this case by the serpent in the Garden of Eden, we fall prey to the negative forces of the ego, which with its cunning illusions and imaginations, reproduce in our minds that temptation that challenges us to obey or not, thereby losing purity and divine unity.

It is important to understand that the serpent, וְהַ נָּ חָ שׁ (V'hanachash), נָ חָ שׁ (nachash), symbolizes those forces of evil, deceit, and cunning that are part of the dark and hidden world that we must harmonize. This means that these forces are not responsible for our actions; rather, it is we who yield, inclining ourselves toward disobedience and evil (yetzer hara).

Cunning itself, עָרוּם (arum), just like the concept עָרוֹם ("naked"), merge to show us how we give in to one of the forces, becoming co-governed by that capacity of the ego to manipulate and distort our decisions, and with them our new reality. The serpent, like the other creatures of the field, מִ כֹּ ל חַ יַּ ת הַ שָּׂ דֶ ה (mi-kol chayat ha-sadeh), fulfills a role within creation, with temptation being a symbol of trial and therefore of our capacity to decide whether or not to obey.

The context of the phrase וַ יֹּ אמֶ ר אֶ ל־הָ אִ שָּׁ ה (va-yomer el-ha-ishah) - "and he said to the woman," shows us how the process of temptation and deception occurs, which is related to our disobedience and consequently to the separation between divine unity and human perception, represented by the woman. We should not forget that once she was created, a command was given: לֹ א תֹ אכְ לוּ מִ כֹּ ל עֵ ץ־הַ גָּ ן (lo tokhlu mi-kol etz ha-gan) - "Do not eat from any tree in the garden," a version that the serpent distorts, sowing doubt and confusion.

And so, even today, that ego as an earthly force can manipulate our perception to lead us to transgression, giving our expressions different meanings that we interpret to suit ourselves. This means that the serpent נָ חָ שׁ (nachash - serpent) and its gematria value of 358 (300= ש ,8=ח ,50=נ), the

same value as the term מָּשִׁיחַ (Mashiach - Messiah), suggest that this challenge or temptation, symbolized by the serpent, is necessary for the seed of redemption and spiritual overcoming to be sown.

This leads us not to disqualify everything that happened, but rather to use that cunning, עָרוּם (arum - cunning) with a value of 316 (ע=70, ר=200, ו=6, ם=40), so that our capacity for discernment can be reborn, and thanks to the creative Word, we can use these conceptual tools for good and not for evil. The duality, therefore, presents us with cunning and at the same time with innocence.

So, the serpent continues internally inducing our own inclinations toward evil and deceit, which is why our challenge is to learn to recognize these forces within us and overcome them through wisdom and connection with the divine. Therefore, we all face tests and temptations that affect our integrity and our connection with our spiritual essence. The key is to be aware of the "temptations of the ego" in our lives, which can take the form of doubts, fears, or selfish desires, and instead develop the capacity for discernment to make decisions that bring us closer to unity and original purity.

Thus, the fall of the human soul from its elevated position in the spiritual world to the material and physical world, as a descent, must be seen as necessary for humanity to experience and understand creation in all its aspects, especially from its fragmentation as a challenge of unity, an opportunity for redemption and reintegration with the divine.

Therefore, the serpent, the deceiver, or whatever we wish to call it, mentioned in the Garden of Eden, should not be seen as something negative in itself, although it does personify the forces of temptation and desire, products of an ego that identifies us with separation. However, this inclination toward evil (Yetzer Hara), as a challenge to free will, tests our ability to choose between obedience to divine will and the pursuit of knowledge or our own licentiousness.

The process of restoration, represented in the fall of Adam as a cosmic rupture, needs to be rectified (tikkun). This is the purpose of human life, which calls us to work diligently to correct this rupture, restoring the original harmony between man and creation, and between the human being and the Creator, a spiritual journey that each person undertakes to return to a state of union with the divine.

MIS NOTAS

וַתֵּרֶא הָאִשָּׁה כִּי טוֹב הָעֵץ לְמַאֲכָל וְכִי תַאֲוָה הוּא לָעֵינַיִם וְנֶחְמָד הָעֵץ לְהַשְׂכִּיל וַתִּקַּח מִפִּרְיוֹ וַתֹּאכַל וַתִּתֵּן גַּם לְאִישָׁהּ עִמָּהּ וַיֹּאכַל׃

Va'tere ha'isha ki tov ha'etz lema'achal ve'ki tava hu le'einayim ve'nechmad ha'etz lehaskil, va'tikach mipiryo va'tochal, va'titen gam le'ishah ima va'yochal.

«Y la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y un árbol deseable para adquirir sabiduría; tomó de su fruto y comió, y también dio a su marido con ella, y él comió.»

"And the woman saw that the tree was good for food, and that it was pleasant to the eyes, and a tree desirable to make one wise; she took of its fruit and ate, and also gave to her husband, who was with her, and he ate."

REFLEXIÓN

La narración Bíblica nos habla que en el Jardín del Edén había dos árboles centrales, el Árbol de la Vida (Etz HaJaim / עץ החיים), que representa la unidad divina, la sabiduría espiritual directa, la vida eterna, y la conciencia que no está fragmentada en dualidades, para nosotros los creyentes nuestro Salvador y redentor Jesucristo.

Y que desde la cábala en las sefirot, ese Árbol representa Tiféret (armonía) y la sabiduría superior (Jojmá) su máxima expresión, pero por otro lado se nos habla del árbol del Conocimiento del Bien y del Mal (Etz HaDaat Tov veRa / עץ הדעת טוב ורע), que representa la conciencia dual, la mezcla entre luz y oscuridad, la confusión entre lo sagrado y lo impuro y se asocia con la sefirá Daat, que une intelectualmente Jojmá y Biná, pero cuando no está rectificada, crea separación y juicio.

Entendiendo esto es más fácil de asimilar que la Astucia (עָרוּם) de la serpiente y el Árbol del Conocimiento, están estrechamente concatenados, ya que: עָרוּם (arum), astuto, aparece justo antes de la transgresión del fruto del conocimiento. Curiosamente, esta palabra tiene la misma raíz que עֵרוֹם (erom), desnudo, usada para describir al hombre y la mujer justo antes del pecado.

Lo que nos reitera que la astucia y el conocimiento van juntos. La serpiente (representación del ego, del deseo separado) utiliza el conocimiento como herramienta para seducir, la astucia no es sabiduría divina: es intelecto desconectado de la luz espiritual, que sirve al interés propio.

עץ הדעת (Árbol del Conocimiento): עץ (árbol) = 160, הדעת (del conocimiento) = 479, Total: 639. עץ החיים (Árbol de la Vida), עץ (árbol) = 160, החיים (de la vida) = 98, Total: 258. Observa que el Árbol del Conocimiento tiene un valor más elevado, pero está "inflado" por dualidad (bien + mal). Es más complejo, pero más confuso.

La guematría de נחש (serpiente) = 358, es la misma que משיח (Mesías) = 358, esto implica que el poder de caída y de redención están en el mismo punto. La clave es cómo se usa ese conocimiento. Y es que asi como por un hombre entro el pecado al mundo, por uno, nuestro Salvador nos sobrevendrá la gracia.

La aparente oposición entre los árboles por ende es no absoluta. Simplemente son dos vías distintas de adquirir conciencia, el Árbol de la Vida es una vía directa y luminosa, acceso al conocimiento puro sin mezcla. El Árbol del Conocimiento es la vía indirecta y experiencial, que implica caída, discernimiento, y retorno. El alma se "mancha" pero puede rectificar.

Después del pecado, el conocimiento se volvió una mezcla peligrosa de verdad y falsedad, por eso Dios expulsa al hombre, no como castigo, sino por misericordia: “...no sea que extienda su mano, tome también del árbol de la vida, y viva para siempre...” Génesis 3:22, lo que nos explica que si el ser humano accede al árbol de la vida en un estado de confusión dual (después del pecado), perpetuaría una existencia eterna en error, se quedaría esclavo de un mundo donde bien y mal son indistinguibles para siempre. Sería una forma de inmortalidad corrupta.

A partir de ese momento somos el producto de nuestras decisiones, aunque no midamos los efectos de las mismas. Además, con estas elecciones afectamos no solo nuestras experiencias sino también las de aquellos con los cuales coexistimos.

Por lo tanto, el concepto de apreciar "וַתֵּ֣רֶא" (Va'tere - "Y vio") está directamente relacionado con el de entender "רָאָה" ("ver"), que está relacionado con la percepción y el entendimiento, ya que, aunque se supone que vemos con los ojos, realmente estamos capturando el reflejo de la luz exterior que, procesada por nuestro sistema óptico y luego por nuestros lóbulos cerebrales, proyecta en nuestra conciencia una imagen, la cual, a través de nuestras denominaciones, nos reproduce una identidad que da sentido o no a nuestras realidades y, por lo tanto, un reconocimiento a dicha vivencia.

Como ya hemos venido comprendiendo, las palabras tienen no solo distintas interpretaciones, sino a la vez traducciones sesgadas acordes con quien está recibiendo dicha información y adaptándola a sus propios conocimientos. Esto implica que entender a Eva como esa "הָאִשָּׁה" (Ha'isha - "La mujer"), que nos representa a todos como humanidad por su esencia femenina, la cual espiritualmente está relacionada con conceptos como la receptividad, nuestras intenciones, nuestra intuición y, por ende, el uso de esas herramientas para obtener o no una conexión directa con nuestra esencia, explica desde otras perspectivas que, aunque es Eva quien inicia el proceso que lleva al conocimiento del bien y del mal, este se encontraba dentro del plan divino para que pudiéramos aprender a coordinar mejor nuestros conocimientos y, por ende, nuestro libre albedrío.

El concepto de Árbol en este caso, con frutos que nos generan deseos, "כִּי טוֹב הָ עֵץ לְ מַ אֲכָל " (Ki tov ha'etz lema'achal - "que el árbol era bueno para comer"), nos traslada desde nuestra dimensión simbólica e imaginaria al Árbol de la Vida (עץ החיים), nuestro Señor Jesucristo, estructura espiritual del universo y sabiduría. Esto significa que la percepción de Eva de que el árbol era "bueno para comer" denota esa atracción natural hacia el conocimiento, sin embargo, en este caso, obviando que estaba prohibido y que, por lo tanto, debía abstenerse, cumpliendo la voluntad del Padre por encima del deseo primario que hoy nos llama a trascender, respetando los límites impuestos por el Creador.

Desde la gematría, el valor de la palabra "הָ עֵץ" (Ha'etz - "El árbol"), 165, nos llama a retroalimentarnos de los frutos que nos otorguen esa sabiduría divina y no conocimientos mundanos y egoístas que, aunque motivan nuestras percepciones y deseos, no son útiles ni buenos para nuestras vidas. Por lo tanto, comprender la naturaleza de nuestros conocimientos y cómo estos generan unas consecuencias, así sean de frutos que inicialmente consideramos placenteros, sigue siendo una de nuestras tareas diarias.

Son nuestras decisiones y sus efectos, aunque inconscientemente no los midamos, las que determinan nuestro grado de cercanía o lejanía con el Creador y su obra. Y, aunque como Eva seguimos dejándonos guiar por deseos prohibidos, lo cierto es que no podemos confundir los frutos "buenos" con los "deseables" y menos dejarnos guiar por impulsos emocionales que van en contra de los mandatos divinos, ya que no solo estamos transgrediendo a Él, sino cayendo en los efectos y consecuencias de dichas elecciones equivocadas.

Aprender a discernir entre los deseos egoístas y las verdaderas necesidades espirituales tiene que ver con dejarnos guiar por la única sabiduría, la divina, y no por los conocimientos humanos que, en buena parte de los casos, desinforman, desorientan, confunden y nos distraen de la coherencia que nos vislumbran los preceptos divinos.

Cada intención que toca nuestro ser inconsciente, al igual que a Eva, tiene un impacto profundo tanto en nuestro entorno como en nuestra alma, debiendo alinear nuestros deseos y decisiones con los propósitos del Creador y no con los nuestros. Este autoconocimiento nos posibilita crecer en nuestra relación con el Creador y con nosotros mismos.

REFLECTION

The Biblical narrative tells us that in the Garden of Eden there were two central trees, the Tree of Life (Etz HaJaim / עץ החיים), which represents divine unity, direct spiritual wisdom, eternal life, and consciousness that is not fragmented into dualities, for us believers our Savior and redeemer Jesus Christ. And from the Kabbalah in the sefirot, this Tree represents Tiferet (harmony) and higher wisdom (Chochmah), its highest expression.

On the other hand, we are told about the Tree of the Knowledge of Good and Evil (Etz HaDaat Tov veRa / עץ הדעת טוב ורע), which represents dual consciousness, the mixture of light and darkness, the confusion between the sacred and the impure, and is associated with the sefirah Daat, which intellectually unites Chochmah and Bina, but when not rectified, creates separation and judgment.

Understanding this makes it easier to assimilate that the Cunning (עָרוּם) of the serpent and the Tree of Knowledge are closely linked, since: עָרוּם (arum), cunning, appears just before the transgression of the fruit of knowledge. Interestingly, this word has the same root as עֵרוֹם (erom), naked, used to describe men and women just before they sin.

This reiterates that cunning and knowledge go together. The serpent (representing the ego, separate desire) uses knowledge as a tool to seduce. Cunning is not divine wisdom: it is intellect disconnected from spiritual light, serving self-interest.

Tree of Knowledge: Tree = 160, of knowledge = 479, Total: 639. Tree of Life: Tree = 160, of life = 98, Total: 258. Note that the Tree of Knowledge has a higher value, but is "inflated" by duality (good + evil). It is more complex, but more confusing.

The gematria of serpent = 358 is the same as Messiah = 358, implying that the power of the fall and the power of redemption are at the same point. The key is how that knowledge is used. Just as sin entered the world through one man, grace will come to us through one.

The apparent opposition between the trees is therefore not absolute. They are simply two distinct paths to acquiring consciousness. The Tree of Life is a direct and luminous path, access to pure, unmixed knowledge. The Tree of Knowledge is the indirect and experiential path, which involves fall, discernment, and return. The soul is "tainted" but can rectify.

After sin, knowledge became a dangerous mixture of truth and falsehood, which is why God expels man, not as punishment, but out of mercy: "Lest he put forth his hand and take also from the tree of life, and live forever..." Genesis 3:22 explains that if human beings access the tree of life in a state of dual confusion (after sin), they would perpetuate an eternal existence in error, remaining enslaved to a world where good and evil are forever indistinguishable. It would be a form of corrupt immortality.

From that moment on, we are the product of our decisions, even if we don't measure their effects. Furthermore, with these choices, we affect not only our experiences but also those of those with whom we coexist.

Therefore, the concept of appreciating "וַתֵּ֣רֶא " (Va'tere - "And saw") is directly related to understanding "רְאֹ֔ה" ("seeing"), which is connected to perception and understanding, since although we assume that we see with our eyes, we are actually capturing the reflection of external light, which is processed by our optical system and then by our brain's lobes, projecting an image onto our consciousness. This image, through our interpretations, reproduces an identity that either gives meaning or not to our realities, and therefore, recognizes that experience.

As we have already come to understand, words have not only different interpretations but also biased translations according to the one who receives the information and adapts it to their own knowledge. This implies that understanding Eve as that "הָ אִ שָּׁ ה " (Ha'isha - "The woman"), who represents all of us as humanity through her feminine essence, which spiritually is related to concepts such as receptivity, our intentions, our intuition, and therefore, the use of these tools to obtain or not a direct connection with our essence, explains from other perspectives that although Eve is the one who initiates the process that leads to the knowledge of good and evil, this was within the divine Plan so that we could learn to better coordinate our knowledge and therefore our free will.

The concept of the Tree in this case, with fruits that generate desires, "כִּי טוֹב הָ עֵץ לְ מַ אֲכָל " (Ki tov ha'etz lema'achal - "that the tree was good for food"), transports us from our symbolic and imaginary dimension to the Tree of Life (עץ החיים), our Lord Jesus Christ, the spiritual structure of the universe and wisdom. This means that Eve's perception that the tree was "good for food" denotes that natural attraction to knowledge, but in this case, ignoring that it was forbidden and that, therefore, she should have abstained, fulfilling the Father's will above the primary desire that today calls us to transcend while respecting the limits imposed by the Creator.

From gematria, the value of the word "הָ עֵץ" (Ha'etz - "The tree"), 165, calls us to feed on the fruits that provide us with divine wisdom and not worldly, selfish knowledge that, although it motivates our perceptions and desires, is neither useful nor good for our lives. Therefore, understanding the nature of our knowledge and how it generates consequences, even from fruits that we initially consider pleasurable, remains one of our daily tasks.

It is our decisions and their effects, even if unconsciously we do not measure them, that determine our degree of closeness or distance from the Creator and His work. And although, like Eve, we continue to be guided by forbidden desires, the truth is that we cannot confuse "good" fruits with "desirable" ones, and even less let ourselves be guided by emotional impulses that go against divine mandates, as we are not only transgressing against Him but also falling into the effects and consequences of such wrong choices.

Learning to discern between selfish desires and true spiritual needs involves letting ourselves be guided by the only wisdom, the divine one, and not by human knowledge, which in many cases misinforms, disorients, confuses, and distracts us from the coherence that divine precepts envision for us.

Every intention that touches our unconscious being, just like Eve, has a profound impact on both our surroundings and our soul, and we must align our desires and decisions with the Creator's purposes and not our own. This self-awareness enables us to grow in our relationship with the Creator and with ourselves.

MIS NOTAS

וּמִפְּרִי הָעֵץ אֲשֶׁר בְּתוֹךְ הַגָּן אָמַר אֱלֹהִים לֹא תֹאכְלוּ מִמֶּנּוּ וְלֹא תִגְּעוּ בּוֹ פֶּן תְּמוּתוּן׃

U'mip'ri ha'etz asher betoch ha'gan amar Elohim lo toch'lu mimenu ve'lo tig'u bo pen temutun.

«Pero del fruto del árbol que está en medio del jardín, dijo Dios: "No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis.»

"But from the fruit of the tree that is in the middle of the garden, God said, "You shall not eat of it, nor shall you touch it, lest you die.""

REFLEXIÓN

Estamos presos del mundo de las percepciones, de los deseos, de las ilusiones, del conocimiento, corto proceso de vida terrenal en donde nos debemos reconocer como sus hijos, sin embargo, parece vivimos desconectados de esa realidad enfocándonos solo en lo que si podemos ver, tocar.

Desde el momento en que la serpiente empujó a Eva contra el árbol, ella lo tocó y no murió. Entonces le dijo: "¿Ves? No pasa nada. Así como no moriste al tocar, tampoco morirás al comer". Tocar (נגוע - noga): Significa acercarse a algo, coquetear con el límite, sin necesariamente hacerlo completamente. Es símbolo de deseo potencial, pero aún controlado. En Cábala, esto se vincula con la realidad de Noga (קליפת נוגה) — la cáscara mixta entre bien y mal. Es el estado intermedio entre luz y oscuridad. No es maldad pura, pero tampoco santidad plena.

Por su parte Comer (אכל - akhal): Significa internalizar, hacer parte de uno mismo. En el lenguaje cabalístico, comer es absorber una energía espiritual. Cuando Eva y luego Adán comieron, fusionaron el mal dentro de sí mismos. Ya no era externo, sino interno. Comer = convertir una idea externa en parte de tu conciencia

Comer (אכל - akhal): 30= ל, 20= כ, 1= א, Total: 51. Tocar (נגע - naga): 70= ע, 3= ג, 50= נ, Total: 123 Diferencia: 123 - 51 = 72, que es el valor de uno de los Nombres Divinos más elevados (שם ע"ב - Shem Ayin-Bet), usado en la mística cabalística para canalizar luz divina pura. Esto sugiere que el salto entre tocar y comer implica cruzar un umbral espiritual que solo puede manejarse con un nivel divino elevado. Pero el ser humano en su estado inicial no estaba listo para esa absorción interna.

Según la Cábala, Muerte = pérdida de conexión directa con la luz divina, implica que antes del pecado, el ser humano vivía en un estado de unidad pura con Dios. Pero al Comer del fruto consolidó la separación entre el Yo y el Creador, creando dualidad. Muerte espiritual = caída en los mundos

inferiores

El alma cayó desde el mundo de Atzilut (emanación pura) hacia Beriyá, Yetzirá y Asiyá — los mundos de separación, forma, juicio, y acción. Esto introdujo el tiempo, la corrupción, el sufrimiento y la muerte biológica como manifestación externa de esa muerte espiritual.

La muerte se volvió temporal: En la tradición cabalística, la “muerte” no es el final, sino un estado temporal de ocultamiento. La rectificación (tikún) traerá nuevamente la inmortalidad (ver Isaías 25:8). Por eso, en el futuro mesiánico, se dice que: "La muerte será tragada para siempre" (ישעיהו כה:ח)

En la visión cabalística más profunda, el pecado del Edén fue necesario. La caída permitió al alma adquirir conciencia del mal, para luego elegir el bien desde un lugar de libertad y mérito. El objetivo no era evitar la caída, sino hacer del descenso una ascensión mayor (yeridá letzórej aliá).

Debe quedarnos claro que todo fue creado para coexistir en armonía, un orden que implica reglas y leyes. En el caso de nosotros, los humanos, se trata de acuerdos que deben atender las recomendaciones del Creador, pero sobre todo Su voluntad, la cual conlleva prohibiciones, ya que, como nuestro creador, Él sabe perfectamente qué nos hace bien o no. Por lo tanto, no atender sus advertencias, que en el caso de Eva no solo le pedían no comer del fruto, sino también no tocarlo, proyecta esa alerta celestial para que tomemos decisiones, por pequeñas e insignificantes que nos parezcan, acordes con Sus propósitos.

Está claro que los frutos de todo lo que pensamos, decimos, sentimos y hacemos parten de semillas, las cuales contienen una esencia que, en el caso del árbol prohibido, significaban nuestro alejamiento de Él. "וּמִ פְּ רִ י הָ עֵ ץ" (U'mip'ri ha'etz - "Pero del fruto del árbol"): En este contexto, el fruto no es solo un objeto físico sino un símbolo profundo, frutos que tienen que ver con las consecuencias de nuestras decisiones y, por ende, de las acciones que estas reproducen. Por lo tanto, cada semilla en sí contiene ese recordatorio de que lo que cultivamos en nuestras vidas es lo que finalmente cosecharemos.

Y aunque tenemos la tendencia de pedir bendiciones que a su vez terminan generándonos decisiones egoístas, lo cierto es que debemos aprender a hacernos responsables de nuestras decisiones, por inconscientes, impulsivas o incoherentes con respecto a nuestras expectativas que nos parezcan, ya que son los frutos de estas, de nuestros entornos e incluso de nuestros ancestros, los que siguen generándonos ese distanciamiento con la sabiduría divina.

Nos retroalimentamos de nuestros desconocimientos, sesgos, desinformaciones, ignorancias, especulaciones y desorientaciones, pero esperamos resultados distintos. Quizá por ello, el árbol que está en medio del jardín, "אֲשֶׁ ר בְּ תוֹךְ הַ גָּן" (Asher betoch ha'gan), sigue siendo tan esquivo para nosotros, ya que el eje central de nuestras vidas debería ser vivir para nuestro Creador, pero a diario

coexistimos tras nuestros egoísmos mercantiles competitivos, lo que hace que vivamos incluso alejados de nuestro ser interior y, por ende, el estado interno de nuestra alma continúe, como desde Eva, confundido, aislado y esclavo del pecado.

Lo que colocamos en el "centro" de nuestras vidas es lo que define nuestro camino espiritual; sin embargo, seguimos alimentándonos de pensamientos egoístas, de relaciones conflictivas e incluso de comida chatarra que nos enferma, en contravía de su mandato: "לֹא תֹאכְלוּ מִמֶּנּוּ " (Lo toch'lu mimenu - "No comeréis de él"), yendo más allá de los límites que Él estableció para preservar ese equilibrio y esa armonía que forman parte del orden de lo creado.

Todas las prohibiciones, normas y leyes deberían ser vistas por nosotros como medidas protectoras; sin embargo, las descalificamos porque coartan nuestros libertinajes, obviando que estas nos ayudan a mantener nuestra conexión con lo divino, sin caer en el caos o el desorden. Es por ello que el concepto "עֵץ" (etz - "árbol") y su valor gemátrico de 160 nos llaman a evitar la tentación de trascender todos esos límites que, aunque nos parezcan sin sentido, constituyen recomendaciones trasladadas al manual de vida por quien nos creó.

Nuestra propia realidad nos denota que hay límites y que estos deben ser respetados, e incluso que dejarnos guiar por esas leyes implica en esencia asumir un crecimiento espiritual guiado por Él mismo. Por lo tanto, no comer ni tocar esos frutos codiciosos de nuestros conocimientos no es otra cosa que establecer y reconocer esos límites, manteniéndonos dentro de los parámetros de Su voluntad, ya que la transgresión de los mismos tiene efectos complejos.

La autodisciplina nos debe llevar a respetar las leyes, incluso las humanas, para evitar las consecuencias negativas de nuestras acciones, ya que cada decisión que tomamos tiene un impacto, no solo en nuestra vida sino también en nuestro entorno y en nuestra conexión con lo divino. Esta guía, gracias al Espíritu Santo, nos permite vivir de manera que nuestra alma permanezca alineada con esos propósitos, evitando el caos y promoviendo la armonía en nuestras vidas.

REFLECTION

We are prisoners of the world of perceptions, desires, illusions, and knowledge, a short process of earthly life in which we should recognize ourselves as His children. However, it seems we live disconnected from that reality, focusing only on what we can see and touch.

From the moment the serpent pushed Eve against the tree, she touched it and did not die. Then he said to her: "See? It's okay. Just as you didn't die from touching, neither will you die from eating." To touch (נגוע - noga): It means to approach something, to flirt with the limit, without necessarily doing so completely. It is a symbol of potential desire, but still controlled. In Kabbalah, this is linked to the reality of Noga (קליפת נוגה) — the mixed shell between good and evil. It is the intermediate state between light and darkness. It is not pure evil, but neither is it complete holiness.

For its part, Eating (אכל - akhal): It means to internalize, to make part of oneself. In Kabbalistic language, eating is to absorb spiritual energy. When Eve and then Adam ate, they merged the evil within themselves. It was no longer external, but internal. Eating = making an external idea part of your consciousness

Eating (אכל - akhal): 30= ל, 20= כ, 1= א, Total: 51. Touching (נגע - naga): 70= ע, 3= ג, 50= נ, Total: 123 Difference: 123 - 51 = 72, which is the value of one of the highest Divine Names (שם ע"ב - Shem Ayin-Bet), used in Kabbalistic mysticism to channel pure divine light. This suggests that the leap from touching to eating involves crossing a spiritual threshold that can only be managed at a high divine level. But the human being in their initial state was not ready for such internal absorption.

According to Kabbalah, death = loss of direct connection with divine light, implying that before sin, the human being lived in a state of unity. Pure with God. But by eating the fruit, she consolidated the separation between the Self and the Creator, creating duality. Spiritual death = fall into the lower worlds

The soul fell from the world of Atzilut (pure emanation) to Beriya, Yetzira, and Asiya—the worlds of separation, form, judgment, and action. This introduced time, corruption, suffering, and biological death as an external manifestation of that spiritual death.

Death became temporary: In the Kabbalistic tradition, “death” is not the end, but a temporary state of concealment. Rectification (tikkun) will bring immortality again (see Isaiah 25:8). Therefore, in the messianic future, it is said that: “Death will be swallowed up forever” (ישעיהו כה:ח)

In the deeper Kabbalistic vision, the sin of Eden was necessary. The fall allowed the soul to become aware of evil, and then choose good from a place of freedom and merit. The goal was not to avoid the fall, but to make the descent a greater ascent (yerida letzorech aliyah).

It must be clear to us that everything was created to coexist in harmony, an order that implies rules and laws. In the case of us humans, it involves agreements that must heed the Creator's recommendations, but above all, His will, which entails prohibitions because, as our creator, He knows perfectly what is good or not for us. Therefore, not heeding His warnings, which in the case of Eve not only asked her not to eat the fruit but also not to touch it, projects that celestial alert for us to make decisions, however small and insignificant they may seem to us, in accordance with His purposes.

It is clear that the fruits of everything we think, say, feel, and do stem from seeds, which contain an essence that, in the case of the forbidden tree, symbolized our separation from Him. "וּמִפְּרִי הָעֵץ" (U'mip'ri ha'etz - "But from the fruit of the tree"): In this context, the fruit is not just a physical object but a deep symbol, fruits that relate to the consequences of our decisions and, therefore, the actions they reproduce. Thus, each seed in itself contains that reminder that what we cultivate in our lives is what we will ultimately reap.

And although we tend to ask for blessings that in turn end up generating selfish decisions, the truth is that we must learn to take responsibility for our decisions, no matter how unconscious, impulsive, or inconsistent they may seem with respect to our expectations, because it is the fruits of these, of our environments, and even of our ancestors that continue to create that distance from divine wisdom.

We feed on our ignorance, biases, misinformation, lack of knowledge, speculations, and disorientation, but we expect different results. Perhaps this is why the tree that is in the middle of the garden, "אֲשֶׁ ר בְּ תוֹךְ הַ גָּן "

(Asher betoch ha'gan), remains so elusive to us, since the central axis of our lives should be to live for our Creator, but daily we coexist driven by our mercantile competitive egos, which makes us live even distant from our inner being and, therefore, the internal state of our soul continues, as it did with Eve, confused, isolated, and enslaved by sin.

What we place in the "center" of our lives is what defines our spiritual path; however, we continue feeding on selfish thoughts, conflicting relationships, and even junk food that makes us sick, contrary to His command: "לֹא תֹאכְלוּ מִ מֶּ נּוּ" (Lo toch'lu mimenu - "You shall not eat of it"), going beyond the limits that He established to preserve the balance and harmony that are part of the order of creation.

All prohibitions, norms, and laws should be seen by us as protective measures; however, we disqualify them because they curtail our libertinism, ignoring that they help us maintain our connection with the divine without falling into chaos or disorder. That is why the concept "עֵץ" (etz - "tree") and its gematria value of 160 call us to avoid the temptation to transcend all those limits that, although they may seem meaningless to us, constitute recommendations passed down in the manual of life by the One who created us.

Our own reality shows us that there are limits and that these must be respected, and even that letting ourselves be guided by these laws essentially involves assuming spiritual growth guided by Him. Therefore, not eating or touching those greedy fruits of our knowledge is nothing more than establishing and recognizing those limits, keeping ourselves within the parameters of His will, since transgressing them has complex effects.

Self-discipline should lead us to respect laws, even human ones, to avoid the negative consequences of our actions, as every decision we make has an impact, not only on our life but also on our environment and our connection with the divine. This guidance, thanks to the Holy Spirit, allows us to live in such a way that our soul remains aligned with those purposes, avoiding chaos and promoting harmony in our lives.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר הַנָּחָשׁ אֶל הָאִשָּׁה לֹא מוֹת תְּמֻתוּן׃

Va'yomer ha'nachash el ha'isha lo mot temutun.

«Y la serpiente dijo a la mujer: "No moriréis.»

"And the serpent said to the woman: "You will not die.""

REFLEXIÓN

Es claro que la Biblia nos presenta alegorías, analogías, visiones que podamos interpretar desde nuestro lenguaje finito y limitado, es por ello que la cábala, nos recuerda que la serpiente (נָּחָשׁ, najash) no es simplemente un animal físico, sino una representación de fuerzas espirituales más profundas.

El Najash representa al Sitra Ajra ("el otro lado"), es decir, el lado oscuro o el sistema de impureza que se opone a la luz divina. Se identifica también con el Yetzer Hará (la inclinación al mal) que surge tras el contacto con el árbol del conocimiento del bien y del mal. En algunas fuentes cabalísticas, la serpiente está relacionada con Samael, un ángel caído o entidad que actúa como el fiscal celestial (el Satán).

נחש (Najash) = 358. Esta cifra es idéntica a la guematria de משיח (Mashíaj), el Mesías. Lo que indica una relación paradójica entre el mal y el bien: el mismo poder que puede destruir, redimido, puede liberar.

Desde esa lectura el Midrash (Bereshit Rabá 19:1) aborda el tema del dialogo de Eva con la serpiente afirmándonos que antes de la caída, los animales poseían una mayor consciencia, incluso la capacidad de hablar. La serpiente, en particular, era considerada una criatura elevada, erguida y con inteligencia.

El mis término “astuta” (arúm) implica una inteligencia especial, que nos vislumbra que esa serpiente poseían una entidad espiritual, siendo un canal para una fuerza espiritual más elevada (como Samael o el Satán), que usó la boca de la serpiente para tentar a Eva.

Similar a cómo en la Torá, Dios hace hablar a la burra de Bilam (Números 22), en este caso, un poder espiritual hizo hablar a la serpiente. Según el Zóhar, esta conversación representa una batalla espiritual interior en Eva: la voz externa de la serpiente es en realidad una manifestación de su propia lucha interna entre su deseo espiritual y sus deseos materiales.

El diálogo entre Eva y la serpiente es una alegoría del despertar de la conciencia dual: la conciencia del bien y del mal, que antes no existía en la humanidad. El Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal (עץ הדעת טוב ורע) representa la entrada al mundo de la dualidad, lo cual incluye la habla, la elección, el juicio y la ilusión. La capacidad de hablar está íntimamente ligada al poder creativo divino (el habla de Dios crea el mundo). Al permitirle a la serpiente hablar, el relato señala que el mal también puede crear, seducir y convencer.

En el estado pre-caída, Eva y Adán estaban en un nivel espiritual muy elevado, donde la comunicación con otras entidades espirituales (incluyendo animales elevados) podía ser algo natural. El Midrash también dice que la serpiente era originalmente una criatura con piernas, parecida al hombre, y solo fue "maldita" y rebajada después del pecado.

La serpiente no era entonces simplemente un animal parlante: era la manifestación simbólica de una fuerza espiritual que representa el ego, la separación y la ilusión. Su capacidad de hablar refleja que el mal puede disfrazarse de sabiduría y que el lenguaje puede ser tanto herramienta de creación como de engaño.

Pero entre las diferentes inquietudes que nos surgen frente a las revelaciones divinas, quizá una de las más complejas de explicar es por qué, según la interpretación convencional que damos al relato del Génesis, la serpiente, como criatura creada, contradice directamente la advertencia del Creador al insinuarle a Eva que el castigo divino no se cumplirá.

Sin embargo, está claro que, dentro de la visión de armonía universal, la dualidad en la que estamos hoy presos cumple un rol preponderante, y dentro de ella, seres aparentemente oscuros, malos, engañadores, deben ser los generadores de tentaciones para que decidamos si obedecemos o no y, a la vez, comprendamos los efectos de romper el orden y no acoger la voluntad divina.

El contexto en el que la serpiente dijo, "וַיֹּאמֶר הַנָּחָשׁ " (Va'yomer ha'nachash), nos lleva a comprender que las fuerzas del mal, que hacen parte de la dualidad coexistente, contienen en sí mismas una serie de elementos que, en el caso del libre albedrío humano, conllevan sensaciones como el egoísmo y, por lo tanto, nuestra inclinación negativa (Yetzer Hara), que nos lleva a ir en contra, en ocasiones, hasta de nosotros mismos.

Al comer de los frutos del árbol prohibido, esas semillas se sembraron en nosotros y, por ende, esos impulsos moran dentro de nosotros, lo que implica que esas fuerzas co-gobiernan nuestro ser inconsciente y, en algunos momentos, nos inducen a querer separarnos aún más, tanto de nosotros mismos como del Creador, desconectándonos de su sabiduría, que llena nuestras mentes de ruidos, voces, imágenes y pensamientos oscuros.

Pero todo ello estaba ya previsto en el Plan divino, ya que necesitábamos formar nuestro libre albedrío. Por ello, se debe leer con mucho cuidado ese acto de hablar por parte de la serpiente, ya que está claro que la única criatura creada con capacidad verbal es el hombre, por lo cual esa

serpiente que habla simboliza la influencia verbal y psicológica que estas fuerzas oscuras tienen y cómo sus impulsos emocionales afectan no solo nuestras percepciones, sino también nuestro sistema nervioso, llevándonos a actuar en contra de las recomendaciones divinas, desobedeciendo sus leyes sin medir las consecuencias de ello. La más importante de estas consecuencias es nuestra muerte física, "לֹא מוֹת תְּמֻתוּן " (Lo mot temutun - "No moriréis").

La serpiente promete algo contrario a la advertencia de Dios, sugiriendo que la transgresión no traerá muerte, sino una especie de empoderamiento. Este engaño se relaciona con la ilusión que muchas veces acompaña nuestras malas decisiones, haciéndonos creer que no habrá repercusiones negativas, cuando en realidad estamos entrando en un camino de separación y oscuridad.

Es importante advertir que la muerte no se considera un fin definitivo, sino una transición o transformación, ya que el alma no muere; es por ello que la serpiente insistía en ello. Sin embargo, dicho paso de un estado de existencia a otro dentro de nuestro ciclo de vida sí ofrece la posibilidad de evolución y elevación a planos superiores de existencia, o por el contrario, una mayor caída que la que enfrentamos terrenalmente.

El cuerpo es la envoltura física del alma durante su tiempo en el mundo material; llega a su fin, y el alma se separa para regresar a su fuente divina, en un viaje espiritual hacia una mayor cercanía con el Creador.

Por lo tanto, la misma muerte debería interpretarse como una oportunidad para que el alma complete su proceso de corrección o "Tikun".

Quienes creen en la regresión nos hablan de varias vidas, en las que el alma trabaja para corregir sus defectos y alcanzar un estado de perfección espiritual, obviando la muerte como castigo. Sin embargo, quienes atendemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo sabemos que ella marca el final de los tiempos y la resurrección para quienes se nutrieron del Árbol de la Vida.

Redención que se dará con el retorno de Él como Mesías en cumplimiento del propósito último del Creador para la humanidad. Sin embargo, la gematría nos advierte que la "muerte" "מָוֶת" (Mavet), valor 446, contrasta con "vida" "חַיִים " (Chaim), valor numérico de 68, llamando nuestra atención para que comprendamos que los cambios en nuestros ciclos tienen que ver con distanciamientos definitivos o acercamientos eternos, por lo que si no atendemos dicha transformación, no podemos ni imaginarnos el final que nos espera.

Si nuestra alma no se purifica, no evoluciona ni se acerca cada vez más a la unidad con lo divino, ese tránsito, que debe preparar al alma para nuevas etapas de crecimiento espiritual y de redención, nos debe conducir a escenarios que no logramos siquiera describir. Por ello, el concepto de serpiente "נָחָשׁ" (nachash) y su valor numérico de 358 nos habla de la importancia del "משיח " (Mashíaj – Mesías) para rescatarnos de ese abismo.

Es mejor enfocarnos en el poder redentor que surge incluso del enfrentamiento con nuestras propias tentaciones y errores, lo que quiere decir que en la tentación y en el pecado podemos encontrar oportunidades para la redención y el retorno a la pureza original. Eso sí, debemos aprender a discernir las voces interiores que guían nuestras decisiones, para que esos impulsos nerviosos inconscientes no afecten nuestros pensamientos y nos lleven a cuestionar o minimizar las consecuencias de los mismos.

Seguir justificando nuestras malas decisiones y convencernos de que no tendrán consecuencias es quizá la peor decisión. Por ende, debemos estar alertas a las influencias que nos alejan de nuestra verdadera esencia espiritual y de los mandatos divinos, que, como la serpiente, nos hacen promesas que solo son trampas, ilusiones que seducen a actuar contra lo que sabemos que no es correcto, bajo la falsa creencia de que podemos evitar las repercusiones.

El reconocimiento de nuestros errores y la lucha contra nuestras inclinaciones negativas pueden llevarnos a un nivel más profundo de conexión con lo divino, tal como lo sugiere el valor numérico compartido entre "serpiente" y "Mesías". Este paralelo nos enseña que incluso nuestras caídas pueden ser un camino hacia el crecimiento y la redención si aprendemos de ellas y nos esforzamos por alinear nuestras vidas con los propósitos divinos.

Nuestro Salvador vence la muerte, baja a los mismos confines del inframundo, a llamar a vivos y a muertos, a redimirnos, a hablarnos ahora de nuestra redención para la cual solo necesitamos la fe.

REFLECTION

It is clear that the Bible presents us with allegories, analogies, and visions that we can interpret from our finite and limited language. This is why Kabbalah reminds us that the serpent (נָחָשׁ , nachash) is not simply a physical animal, but a representation of deeper spiritual forces.

The Nachash represents the Sitra Achra ("the other side"), that is, the dark side or the system of impurity that opposes divine light. It is also identified with the Yetzer Hara (the evil inclination) that arises after contact with the Tree of the Knowledge of Good and Evil. In some Kabbalistic sources, the serpent is associated with Samael, a fallen angel or entity who acts as the heavenly prosecutor (Satan).

נחש (Nachash) = 358. This number is identical to the gematria of משיח (Mashiach), the Messiah. This indicates a paradoxical relationship between evil and good: the same power that can destroy, once redeemed, can liberate.

From this reading, the Midrash (Bereishit Rabbah 19:1) addresses the topic of Eve's dialogue with the serpent, affirming that before the Fall, animals possessed heightened consciousness, even the ability to speak. The serpent, in particular, was considered a high, upright, and intelligent creature.

The term "crafty" (arum) implies a special intelligence, which suggests that this serpent possessed a spiritual entity, being a channel for a higher spiritual force (like Samael or Satan), who used the serpent's mouth to tempt Eve.

Similar to how in the Torah, God makes Balaam's donkey speak (Numbers 22), in this case, a spiritual power made the serpent speak. According to the Zohar, this conversation represents an inner spiritual battle within Eve: the serpent's external voice is actually a manifestation of her own internal struggle between her spiritual desire and her material desires.

The dialogue between Eve and the serpent is an allegory of the awakening of dual consciousness: the awareness of good and evil, which previously lacked humankind. The Tree of the Knowledge of Good and Evil (עץ הדעת טוב ורע) represents the entrance to the world of duality, which includes speech, choice, judgment, and illusion. The ability to speak is intimately linked to divine creative power (God's speech creates the world). By allowing the serpent to speak, the story indicates that evil can also create, seduce, and convince.

In the pre-Fall state, Eve and Adam were at a very high spiritual level, where communication with other spiritual entities (including higher animals) could be natural. The Midrash also says that the serpent was originally a creature with legs, similar to man, and was only "cursed" and degraded after sin.

The serpent was not simply a talking animal: it was the symbolic manifestation of a spiritual force that represents ego, separation, and illusion. Its ability to speak reflects that evil can disguise itself as wisdom and that language can be both a tool of creation and of deception.

But among the various concerns that arise in the face of divine revelations, perhaps one of the most complex to explain is why, according to the conventional interpretation we give to the Genesis account, the serpent, as a created creature, directly contradicts the Creator's warning by insinuating to Eve that divine punishment will not be fulfilled.

Among the various concerns that arise in us regarding divine revelations, perhaps one of the most complex to explain is why, according to the conventional interpretation we give to the Genesis story, the serpent, as a created creature, directly contradicts the Creator's warning by insinuating to Eve that the divine punishment would not be fulfilled.

However, it is clear that within the vision of universal harmony, the duality in which we are currently trapped plays a predominant role, and within it, seemingly dark, evil, deceitful beings must be the generators of temptations so that we can decide whether to obey or not, and at the same time understand the effects of breaking the order and not embracing the divine will.

The context in which the serpent said, "וַיֹּאמֶר הַנָּחָשׁ " (Va'yomer ha'nachash), leads us to understand that the forces of evil, which are part of the coexisting duality, contain within themselves a series of elements that, in the case of human free will, lead to sensations like selfishness and therefore our

negative inclination (Yetzer Hara), which sometimes drives us to act against even ourselves.

By eating from the fruits of the forbidden tree, those seeds were sown in us, and therefore those impulses dwell within us, which implies that these forces co-govern our unconscious being and, at times, induce us to want to separate even further, both from ourselves and from the Creator, disconnecting us from His wisdom, which fills our minds with noises, voices, images, and dark thoughts.

But all this was already foreseen in the Divine Plan, as we needed to develop our free will. That is why the act of the serpent speaking must be read with great care, as it is clear that the only created being with verbal capacity is man. Therefore, that talking serpent symbolizes the verbal and psychological influence these dark forces have and how their emotional impulses affect not only our perceptions but also our nervous system, leading us to act against divine recommendations, disobeying His laws without considering the consequences.

The most important of these consequences is our physical death, "לֹא מוֹת תְּמֻתוּן" (Lo mot temutun - "You will not die"). The serpent promises something contrary to God's warning, suggesting that the transgression will not bring death but rather a kind of empowerment. This deception is related to the illusion that often accompanies our bad decisions, making us believe there will be no negative repercussions, when in reality we are entering a path of separation and darkness.

It is important to note that death is not considered a definitive end but rather a transition or transformation since the soul does not die; this is why the serpent insisted on it. However, that passage from one state of existence to another within our life cycle does offer the possibility of evolution and elevation to higher planes of existence, or on the contrary, a greater fall than the one we face on earth.

The body is the physical shell of the soul during its time in the material world; it comes to an end, and the soul separates to return to its divine source, in a spiritual journey towards greater closeness with the Creator. Therefore, death itself should be interpreted as an opportunity for the soul to complete its process of correction or "Tikun."

Those who believe in regression speak of several lives in which the soul works to correct its defects and achieve a state of spiritual perfection, disregarding death as punishment. However, those of us who heed the words of our Lord Jesus Christ know that it marks the end of time and the resurrection for those who were nourished by the Tree of Life.

Redemption will come with His return as the Messiah, fulfilling the Creator's ultimate purpose for humanity. However, gematria warns us that "death" "מָוֶת" (Mavet), with a value of 446, contrasts with "life" "חַיִים " (Chaim), with a numerical value of 68, drawing our attention to the fact that the changes in our cycles have to do with definitive distancing or eternal closeness, so if we do not heed this transformation, we cannot even imagine the end that awaits us.

If our soul does not purify, evolve, or increasingly draw closer to unity with the divine, that transit, which should prepare the soul for new stages of spiritual growth and redemption, must logically lead us to scenarios that we cannot even describe. For this reason, the concept of the serpent "נָחָשׁ" (nachash) and its numerical value of 358 speak to us of the importance of the "משיח " (Mashiach – Messiah) to rescue us from that abyss.

It is better to focus on the redemptive power that arises even from confronting our own temptations and mistakes, which means that in temptation and sin, we can find opportunities for redemption and a return to original purity. However, we must learn to discern the inner voices that guide our decisions so that those unconscious nervous impulses do not affect our thoughts and lead us to question or minimize their consequences.

Continuing to justify our bad decisions and convincing ourselves that they will not have consequences is perhaps the worst decision. Therefore, we must be alert to the influences that distance us from our true spiritual essence and the divine mandates, which, like the serpent, make us promises that are only traps, illusions that seduce us into acting against what we know is not right, under the false belief that we can avoid the repercussions.

The recognition of our mistakes and the struggle against our negative inclinations can lead us to a deeper level of connection with the divine, as suggested by the shared numerical value between "serpent" and "Messiah." This parallel teaches us that even our falls can be a path to growth and redemption if we learn from them and strive to align our lives with the divine purposes.

Our Savior conquers death, descends to the very confines of the underworld, to call the living and the dead, to redeem us, to speak to us now of our redemption for which we only need faith.

MIS NOTAS

כִּי יֹדֵעַ אֱלֹהִים כִּי בְיוֹם אֲכָלְכֶם מִמֶּנּוּ וְנִפְקְחוּ עֵינֵיכֶם
וִהְיִיתֶם כֵּאלֹהִים יֹדְעֵי טוֹב וָרָע.

Ki yode'a Elohim ki b'yom akhal'khem mimennu v'nifk'chu eineikhem vihyitem k'Elohim yod'ei tov vara.

«Porque Dios sabe que el día en que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal.»

"Because God knows that on the day you eat from it, your eyes will be opened, and you will be like God, knowing good and evil."

REFLEXIÓN

Para interpretar este versículo desde una perspectiva más amplia, es útil comenzar reflexionando sobre los valores numéricos que la gematría asigna a las palabras: אֱלֹהִ ים (Elohim): Valor numérico 86, טוֹב (Tov, Bien): Valor numérico 17, רָ ע (Ra, Mal): Valor numérico 270 y עֵינֵיכֶם (Eineikhem, Vuestros ojos): Valor numérico 346. Gracias a los equivalentes que nos proporcionan estas cifras, podemos realizar un análisis de otras expresiones que, teniendo el mismo valor gemátrico, son fundamentales para entender la enseñanza bíblica.

Nuestra actual conciencia es dual, ya que se alimentó del árbol prohibido, lo que hace que nuestras visiones sobre la vida contengan esa transgresión que no logra compenetrarse plenamente con el orden divino. Esa dualidad es el eje central de nuestras perspectivas de vida, por lo cual nuestro libre albedrío vive en una constante lucha con dichas fuerzas para alcanzar su equilibrio.

El concepto de "עֵינֵיכֶם " (Eineikhem, "vuestros ojos") nos lleva a comprender que debemos ir más allá de nuestros sentidos para abrir nuestra percepción, ya no al reflejo de la luz solar, sino al de la luz divina, fuente primaria que hace que todos los astros la reflejen. Esa apertura espiritual a las dualidades del bien y del mal, que no se habían experimentado hasta que esa semilla fue introducida en nosotros, generó toda una transformación e incluso involución que hoy debemos reparar.

Para volver a estar en la armonía divina, siendo parte del equilibrio de todas las fuerzas, "אֱלֹהִ ים " (Elohim) debemos consumir del fruto del Árbol de la Vida, que hoy cuidan los querubines, hasta nuestro retorno, de la mano de nuestro Mesías, quien es el único que puede ayudarnos a superar la influencia de estos campos electromagnéticos que contaminan nuestra voluntad y nos llevan a percibir la complejidad de la creación, esas fuerzas duales, pero no la naturaleza de la justicia divina.

El valor gemátrico de "(346) "עֵינֵיכֶם nos lleva a la raíz "ענן" (Anan, nube), que tiene un valor de 120, para que aceptemos ese estado de confusión u ocultamiento, que contiene una revelación gradual, siempre y cuando no sigamos inclinándonos a percepciones que nos alejan de Él y nos quitan la claridad necesaria para atenderle y entenderle.

Y aunque podríamos seguir tomando otras referencias de la gematría y sus simbolismos para que, con la palabra "אֱלֹהִים" con un valor de 86, que se puede descomponer en 8 (chet) y 6 (vav), logremos asociar estos conceptos a otros términos como vida (chai), es importante comprender que nuestro sesgo sensorial, que nos mantiene presos del conocimiento del bien y el mal, puede llevarnos a una apertura gracias a un vínculo más íntimo, en donde además visionemos las consecuencias de nuestras decisiones, siempre teniendo en cuenta nuestra relación con lo divino.

Al abrir los ojos, Adán y Eva no solo adquirieron la capacidad de discernir, sino que también asumieron la responsabilidad de sus acciones. Este conocimiento dual del bien y del mal es tanto un don como una carga, que nos permite participar en el diseño de nuestro destino, al mismo tiempo que nos expone a las consecuencias de la desobediencia. Así que depende de nosotros acercarnos o alejarnos de la unidad con lo divino.

La cábala entiende que antes del pecado, el ser humano vivía en un estado de conciencia superior, llamado “mojín de gadlut” (intelecto expandido), donde la percepción espiritual era directa, en donde los sentidos físicos no dominaban la experiencia ya que el ser humano veía la realidad desde la perspectiva divina, sin dualidad, sin vergüenza, sin ego.

El cuerpo no era objeto de deseo ni de ocultación, sino una vasija luminosa, pero cuando comieron del árbol del conocimiento del bien y del mal, la conciencia cayó: Se abrió la percepción hacia el mundo de la dualidad. Apareció la vergüenza, el yo separado, el juicio entre “bueno” y “malo”. El cuerpo fue visto como algo “otro” y nació la percepción de ocultamiento (הסתר – hester).

עֵינַיִם (einaim – ojos). Guematria de 170= עֵינַיִם. Esto es el mismo valor que la palabra עץ (etz – árbol) + טוב (tov – bueno): 9= טוב, 160= עץ, Total = 169 (muy cercano a 170, y con una diferencia simbólica mínima, como un "velo"). Lo que sugiere que al abrirse los ojos, lo que se percibió fue el bien limitado, fragmentado. Faltaba aún la percepción del Todo.

El Zóhar (Bereshit, vol. 1) enseña que antes del pecado: “Adam veía desde un extremo del mundo al otro”— es decir, su visión espiritual abarcaba toda la realidad, incluso las esferas superiores (Olamot Elyonim). Tras el pecado: La luz de los ojos espirituales se oscureció. Ya no perciben con claridad las emanaciones divinas. Se ven limitados a lo que ahora llamamos realidad sensorial. El Zóhar dice que la serpiente introdujo una forma de “mezcla” (tov verá – bien y mal), y esa mezcla empañó el lente espiritual.

En la cábala, conocer (ידע) es un acto de fusión: une sujeto y objeto. Pero tras el pecado, el "conocimiento" se volvió externo, dividido. En vez de ser sabiduría directa (da'at elyón), se volvió da'at tachton, es decir, conocimiento "de abajo". Así comenzó el reino de la klipá (cáscara): una realidad externa que oculta la luz interior.

Antes del pecado: El cuerpo estaba lleno de luz. No se percibía como "otro" que debía ocultarse. La energía sexual era completamente alineada con la Divinidad. Después: La conciencia se fragmenta. La luz se retira. La sexualidad se vuelve una fuerza ambivalente: capaz de conectar con lo divino, pero también con el deseo egoísta. Por eso se "dan cuenta que están desnudos" → se despierta la conciencia del ego, del yo separado, del deseo como algo personal.

Cuando "se abrieron sus ojos", no fue una ganancia, sino una caída: pasaron de la percepción unitaria y luminosa del Ein Sof (Infinito Divino) a una percepción dual, fragmentada y sensorial. Lo que hoy llamamos "realidad" es en gran parte una ilusión, construida por los sentidos y la mente caída. El trabajo espiritual, según la Cábala, es volver a cerrar esos "ojos del juicio" y abrir los "ojos del alma".

REFLECTION

To interpret this verse from a broader perspective, it is worth starting by reflecting on the numerical values that gematria assigns to the words: אֱלֹהִ֣ים (Elohim): Numerical value 86, טֹ֖וב (Tov, Good): Numerical value 17, רָ֑ע (Ra, Evil): Numerical value 270, and עֵינֵיכֶ֔ם (Eineikhem, Your eyes): Numerical value 346. Thanks to the equivalents that these figures provide, we can analyze other expressions with the same gematric value, which are fundamental for understanding the Biblical teaching.

Our current consciousness is dual because it was nourished by the forbidden tree, which causes our views on life to contain that transgression that cannot fully integrate with divine order. This duality is the central axis of our life perspectives, which is why our free will constantly struggles with these forces to achieve balance.

The concept of "עֵינֵיכֶ֔ם " (Eineikhem, "your eyes") leads us to understand that we must go beyond our senses to open our perception, not to the reflection of sunlight, but to the divine light, the primary source that makes all the stars reflect it. This spiritual opening to the dualities of good and evil, which had not been experienced until that seed was introduced into us, generated a transformation and even an involution that we must repair today.

To return to divine harmony, being part of the balance of all forces, "אֱלֹהִ֣ים " (Elohim) we must consume the fruit from the Tree of Life, which is now guarded by cherubim, until our return, guided by our Messiah, who is the only one who can help us overcome the influence of these electromagnetic fields that pollute our will and lead us to perceive the complexity of creation, these dual forces, but not the nature of divine justice.

The gematric value of "(346) "עֵינֵיכֶם leads us to the root "ענן" (Anan, cloud), which has a value of 120, to accept that state of confusion or concealment, which contains a gradual revelation, as long as we do not continue inclining towards perceptions that distance us from Him and take away the clarity necessary to attend to and understand Him.

And although we could continue taking other references from gematria and its symbolism, so that with the word "אֱלֹהִים" with a value of 86, which can be broken down into 8 (chet) and 6 (vav), we associate these concepts with other terms like life (chai), it is important to understand that our sensory bias, which keeps us trapped in the knowledge of good and evil, can lead us to an opening through a more intimate connection, where we also envision the consequences of our decisions, always considering our relationship with the divine.

When their eyes were opened, Adam and Eve not only acquired the ability to discern, but they also assumed responsibility for their actions. This dual knowledge of good and evil is both a gift and a burden, allowing us to participate in designing our destiny, while also exposing us to the consequences of disobedience. Thus, it depends on us whether we draw closer to or move away from unity with the divine.

Kabbalah understands that before sin, human beings lived in a higher state of consciousness, called "mochin de gadlut" (expanded intellect), where spiritual perception was direct, where the physical senses did not dominate experience, since human beings saw reality from a divine perspective, without duality, without shame, without ego.

The body was not an object of desire or concealment, but a luminous vessel. But when they ate from the tree of the knowledge of good and evil, their conscience fell: perception opened to the world of duality. Shame, the separate self, and the judgment between "good" and "evil" appeared. The body was seen as something "other," and the perception of concealment (הסתר – hester) was born.

עֵינַיִם (einaim – eyes). Gematria of 170= עֵינַיִם. This is the same value as the word עץ (etz – tree) + טוב (tov – good): 9= טוב, 160= עץ, Total = 169 (very close to 170, and with a minimal symbolic difference, like a "veil"). This suggests that when the eyes were opened, what was perceived was the limited, fragmented good. The perception of the Whole was still lacking.

The Zohar (Beresheet, vol. 1) teaches that before the sin: "Adam saw from one end of the world to the other"—that is, his spiritual vision encompassed all of reality, even the higher spheres (Olamot Elyonim). After the sin: The light of the spiritual eyes was darkened. They no longer clearly perceive divine emanations. They are limited to what we now call sensorial reality. The Zohar says that the serpent introduced a form of “mixture” (tov vea – good and evil), and that mixture clouded the spiritual lens.

In Kabbalah, knowing (ידע) is an act of fusion: it unites subject and object. But after the sin, “knowledge” became external, divided. Instead of being direct wisdom (da’at elyon), it became da’at tachton, that is, knowledge “from below.” Thus began the reign of the klipah (shell): an external reality that hides the inner light.

Before the sin: The body was full of light. It was not perceived as “other” that needed to be hidden. Sexual energy was completely aligned with Divinity. After: Consciousness fragments. The light withdraws. Sexuality becomes an ambivalent force: capable of connecting with the divine, but also with selfish desire. This is why they "realize they are naked" → the awareness of the ego, of the separate self, of desire as something personal, awakens.

When "their eyes were opened," it was not a gain, but a fall: they passed from the unitary and luminous perception of the Ein Sof (Divine Infinity) to a dual, fragmented, and sensorial perception. What we call "reality" today is largely an illusion, constructed by the senses and the fallen mind. Spiritual work, according to Kabbalah, is to close those "eyes of judgment" and open the "eyes of the soul."

MIS NOTAS

וַתֵּרֶא הָאִשָּׁה כִּי טוֹב הָעֵץ לְמַאֲכָל וְכִי תַאֲוָה הוּא לָעֵינַיִם וְנֶחְמָד הָעֵץ לְהַשְׂכִּיל וַתִּקַּח מִפִּרְיוֹ וַתֹּאכַל וַתִּתֵּן גַּם־לְאִישָׁהּ עִמָּהּ וַיֹּאכַל.

Vate're ha'ishá ki tov ha'etz l'ma'achal v'ki ta'avah hu la'einayim v'nechmad ha'etz lehaskil vatikach mipiryó vatochal vattiten gam-le'isháh imáh vayóchal.

«Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar sabiduría; y tomó de su fruto, y comió, y dio también a su marido, el cual comió así como ella.»

"And the woman saw that the tree was good for food, and that it was pleasant to the eyes, and a tree to be desired to make one wise; and she took of its fruit, and ate, and gave also to her husband with her, and he ate."

REFLEXIÓN

Varios conceptos deben captar nuestra atención dentro de este estudio: la tentación y la caída, una transición que para algunos implica pasar de una percepción espiritual pura a una material y sensorial, lo que significa, como ciclo posterior, pasar del atractivo mundo material que nos desconecta de la percepción espiritual a ese entorno natural y real al que pertenecemos.

Es por ello que la palabra עֵץ (Etz, Árbol) nos ilumina sobre otro concepto, "Eitz Chaim" (Árbol de la Vida), que contrasta con "Eitz HaDa'at Tov V'Ra" (Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal), y que, por su valor gemátrico de 160, nos sugiere ideas asociativas como juicio y discernimiento, fundamentales para la comprensión de la dualidad en la que coexistimos.

A partir de este contexto, llegan otras palabras como טוֹב (Tov, Bueno), con un valor de 17, que representa ese equilibrio que existe en toda la creación y que podemos afectar con nuestras decisiones. De ahí la importancia de conocer el mal, para poder equilibrar esas fuerzas desde nuestro ser interior hacia el exterior. Y aunque con esa apertura sensorial nacieron nuestros deseos cual tentaciones, está claro que dicha codicia también puede verse como algo divino, ya que nos lleva a transformar ese deseo egoísta que nace de identificarnos con lo que nombramos y no con el único nombre que da nombre a todo.

Es por ello que la palabra עֵינַיִם (Einayim, Ojos), con un valor de 180, se usa para que comprendamos todo lo que significa nuestra percepción, la cual simplemente es un reflejo de la luz exterior que, en nuestro caso, se proyecta de manera invertida. Aunque supongamos que está al derecho, para recordarnos que estamos de espaldas a Él, percibiendo la oscuridad y solo reflejos de su luz, que el sabernos solos y sin Él nos llena de miedos y dudas, siendo necesario que reorientemos nuestras mentes distorsionadas y nos enfoquemos en Él y en su guía.

Seguir alimentándonos de otros frutos פִּ רְ יוֹ (Piryo) con valor 306, distintos al del Árbol de la Vida, nos quita la: אֶשֶׁ ר (Asher, Felicidad o Bendición) y nos lleva a la dimensión en donde nuestras propias expresiones están llenas de רֵ עַ (Rea, Compañero o Mal), con un valor de 270, desperdiciando nuestras potencialidades y dejándonos mezclar y confundir con aparentes bendiciones terrenales, temporales y egoístas que tienen un potencial destructivo. Esto implica que todo depende de cómo utilizamos el conocimiento obtenido.

Nuestra felicidad es un estado interior que depende de irradiar su luz, por ello el número 306 también nos conecta con expresiones como יֵצֶר (Yetzer, Inclinación), destacando que hay una batalla interna o guerra espiritual entre dichas fuerzas del bien o del mal (Yetzer HaTov y Yetzer Hara), pero que depende siempre de nosotros qué alimentamos: si las vibraciones de la Palabra del Creador y sus frutos, o los ruidos discordantes que confundimos con voces.

Son nuestras decisiones las que influyen en nuestras percepciones sensoriales y en los resultados que evaluamos como materiales, siendo nuestras alucinaciones revestidas de atracciones y tentaciones las que dominan nuestras emociones y, por lo tanto, la interpretación que hacemos de las proyecciones mentales que nos arroja la percepción de lo que creemos que sucede en el exterior. Si ampliáramos nuestra percepción espiritual y condujéramos nuestras decisiones hacia la conexión con lo divino, descubriríamos otra realidad.

La dualidad introducida por el acto de comer del árbol es una prueba de nuestra capacidad para discernir y elegir correctamente, ya que cada acción tiene consecuencias que pueden acercarnos o alejarnos de la armonía con el Creador. Por ello, la búsqueda de la sabiduría y del conocimiento debe estar siempre guiada por una intención pura y alineada con los preceptos divinos, evitando la trampa del deseo egoísta y la distorsión de la realidad espiritual.

Uno de los grandes misterios del Árbol del Conocimiento tiene que ver con entender que en su raíz está la chispa del bien más alto, pero envuelta en klipot (cáscaras) que la distorsionan, allí se mezcla de bien y mal, ese que representa: Una fusión confusa entre luz y oscuridad, la misma que hace que lo que parece sabiduría, tenga una motivación impura o egoísta. Todo un sistema que contiene chispas sagradas atrapadas (nitzotzot) dentro de cáscaras egoicas.

No perdamos de vista que el mal no tiene existencia propia. Solo vive parasitando la luz que roba del bien. עֵץ הַ דַ עַת (etz hada'at) = 474. Que nos habla de esa: דעה רע (conciencia malvada / falsa sabiduría) lo cual nos indica que el árbol no solo da sabiduría, sino una forma torcida de sabiduría:

una conciencia intelectual desconectada de la luz del Ein Sof (Infinito).

En el lenguaje cabalístico: la sabiduría caída (chojmá she'nofla) todavía emite un reflejo de la luz divina. Lo que significa que el mal simula lo divino, pero lo presenta de forma distorsionada: Nos seduce con la ilusión de independencia, como si pudiéramos ser como Dios por nuestros propios medios (Génesis 3:5: "serán como Elohim, conocedores del bien y del mal").

Nos hace sentir que el yo separado puede poseer sabiduría, lo que en realidad es una forma de idolatría del ego. En realidad, el alma humana ansía regresar a su fuente divina, pero atrapada en el sistema del bien y el mal, canaliza ese deseo hacia la codicia, el control, el saber por saber, sin humildad ni conexión con la Fuente.

El Zóhar, en Bereshit 27a, explica que: "El deseo de Eva por el fruto era el deseo de adquirir una luz superior... pero se invirtió en oscuridad al tomarla sin la guía del Árbol de la Vida." Eva (el alma) anhela lo divino. La serpiente (el ego) le dice: "tómalo por ti misma". El error no fue el deseo, sino el canal. Así, la codicia por sabiduría nace cuando el deseo espiritual se desorienta. Es una luz superior canalizada mal.

En la Cábala de Luria (el Arí), se enseña que toda la creación nace del Deseo de recibir (Ratzon Lekabel), que es: Neutral en esencia. Puede ser santo (cuando desea recibir para dar) o impuro (cuando desea recibir para sí mismo). La codicia espiritual no es mala si se rectifica: si el deseo de sabiduría es para conectarse con el Creador, no para engrandecer el ego. Pero si se canaliza mal, el mal lo utiliza para construir sus sistemas: idolatrías, sabiduría sin ética, manipulación espiritual.

El Tikún (rectificación): De la codicia a la anulación. El camino cabalístico es convertir la codicia por sabiduría en anhelo puro por unirse al Ein Sof. Esto se logra mediante: Bitul (anulación del ego): reconocer que la sabiduría no es "mía", sino una luz que pasa a través. Dvekut (adhesión): buscar sabiduría solo como un medio de conexión con Dios. Torá Lishmá (Torá por el nombre de Dios): estudiar no por poder o estatus, sino por amor a la verdad.

La codicia de sabiduría que nace del conocimiento del mal es el anhelo distorsionado de volver a la Unidad. El mal despierta ese deseo porque simula la luz. El trabajo espiritual es recuperar ese deseo y purificarlo, elevándolo desde el ego hacia la conexión con el Ein Sof.

REFLECTION

Many concepts should capture our attention in this study: temptation and the fall, a transition that for some implies moving from a pure spiritual perception to a material and sensory one, which means, as a subsequent cycle, moving from the attractive material world that disconnects us from spiritual perception to the natural and real environment to which we belong.

This is why the word עֵץ (Etz, Tree) sheds more light on another concept, "Eitz Chaim" (Tree of Life), which contrasts with "Eitz HaDa'at Tov V'Ra" (Tree of the Knowledge of Good and Evil), and which, by its gematric value of 160, suggests associative ideas such as judgment and discernment, fundamental to understanding the duality in which we coexist.

From this context, other words emerge, such as טוֹב (Tov, Good), with a value of 17, representing that balance that exists in all of creation and which we can affect with our decisions. Hence the importance of knowing evil, to be able to balance these forces from within ourselves outward. And although with this sensory opening our desires were born as temptations, it is clear that this covetousness can also be seen as something divine, as it leads us to transform that selfish desire born from identifying with what we name and not with the only name that names everything.

This is why the word עֵינַיִם (Einayim, Eyes), with a value of 180, is used to help us understand everything that our perception means, which is simply a reflection of external light that, in our case, projects everything upside down. Even though we assume it is upright, it reminds us that we are turned away from Him, perceiving darkness and only reflections of His light, and that knowing ourselves alone and without Him fills us with fears and doubts, making it necessary to reorient our distorted minds and focus on Him and His guidance.

Continuing to feed on other fruits, פִּ רְ יוֹ (Piryo) value 306, different from the Tree of Life, takes away our אֶשֶׁ ר (Asher, Happiness or Blessing) and leads us to the dimension where our own expressions are filled with רֵ עַ (Rea, Companion or Evil), with a value of 270, wasting our potential and allowing ourselves to be mixed and confused with apparent temporary, selfish, earthly blessings that have a destructive potential. This implies that everything depends on how we use the knowledge obtained.

Our happiness is an inner state that depends on radiating His light; hence the number 306 also connects us with expressions like יֵצֶר (Yetzer, Inclination), highlighting that there is an internal battle or spiritual war between these forces of good or evil (Yetzer HaTov and Yetzer Hara), but it always depends on us what we feed: the vibrations of the Creator's Word and its fruits or the discordant noises we mistake for voices.

It is our decisions that influence our sensory perceptions and the results we evaluate as material, with our hallucinations wrapped in attractions and temptations dominating our emotions and, therefore, the interpretation we make of the mental projections that our perception of what we assume happens externally throws at us. If we were to expand our spiritual perception and direct our decisions toward a connection with the divine, we would discover another reality.

The duality introduced by the act of eating from the tree is a test of our ability to discern and choose correctly, as every action has consequences that can bring us closer to or further away from harmony with the Creator. This is why the pursuit of wisdom and knowledge must always be guided by a pure intention and aligned with divine precepts, avoiding the trap of selfish desire and the distortion of spiritual reality.

One of the great mysteries of the Tree of Knowledge has to do with understanding that at its root lies the spark of the highest good, but wrapped in klipot (husks) that distort it. There, good and evil mingle, which it represents: A confusing fusion of light and darkness, which makes what appears to be wisdom have an impure or selfish motivation. An entire system that contains trapped sacred sparks (nitzotzot) within egoic husks.

Let us not lose sight of the fact that evil has no existence of its own. It only lives by parasitizing the light it steals from good. עֵץ הַ דַ עַת (etz hada'at) = 474. Which speaks to us of that: דעה רע (evil conscience / false wisdom), which indicates to us that the tree not only gives wisdom, but a distorted form of wisdom: an intellectual consciousness disconnected from the light of the Ein Sof (Infinite).

In Kabbalistic language: fallen wisdom (chochmah she'nofla) still emits a reflection of divine light. This means that evil simulates the divine, but presents it in a distorted way: It seduces us with the illusion of independence, as if we could be like God on our own (Genesis 3:5: "they will be like Elohim, knowing good and evil").

It makes us feel that the separate self can possess wisdom, which is actually a form of ego idolatry. In reality, the human soul yearns to return to its divine source, but trapped in the system of good and evil, it channels that desire into greed, control, and knowledge for the sake of knowledge, without humility or connection to the Source.

The Zohar, in Beresheet 27a, explains that: "Eve's desire for the fruit was the desire to acquire a higher light... but it turned into darkness when she took it without the guidance of the Tree of Life." Eve (the soul) yearns for the divine. The serpent (the ego) tells her: "Take it for yourself." The error was not the desire, but the channel. Thus, the greed for wisdom is born when the spiritual desire becomes disoriented. It is a higher light mischanneled.

In the Kabbalah of Luria (the Ari), it is taught that all creation is born from the Desire to Receive (Ratzon Lekabel), which is: Neutral in essence. It can be holy (when it desires to receive in order to give) or impure (when it desires to receive for itself). Spiritual greed is not evil if it is rectified: if the desire for wisdom is to connect with the Creator, not to aggrandize the ego. But if it is misdirected, evil uses it to build its systems: idolatries, unethical wisdom, spiritual manipulation.

Tikun (rectification): From greed to nullification. The Kabbalistic path is to transform the greed for wisdom into a pure longing to unite with the Ein Sof. This is achieved through: Bitul (nullification of the ego): recognizing that wisdom is not "mine," but a light that passes through. Dvekut (adherence): seeking wisdom only as a means of connection with God. Torah Lishma (Torah by the name of God): studying not for power or status, but for the love of truth.

The greed for wisdom born from the knowledge of evil is the distorted longing to return to Oneness. Evil awakens this desire because it simulates light. The spiritual work is to recover that desire and purify it, elevating it from the ego to the connection with the Ein Sof.

MIS NOTAS

וַתִּפָּקַחְנָה עֵינֵי שְׁנֵיהֶם וַיֵּדְעוּ כִּי עֵירֻמִּם הֵם וַיִּתְפְּרוּ עֲלֵה תְאֵנָה וַיַּעֲשׂוּ לָהֶם חֲגֹרוֹת.

Vattipakachnah einei sh'neihem vayyedu ki eirummim hem vayyitperu alei te'enah vayya'asu lahem chagorot.

«Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y supieron que estaban desnudos; y cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales.»

"Then the eyes of both of them were opened, and they realized they were naked; so they sewed fig leaves together and made coverings for themselves."

REFLEXIÓN

Enfocarnos en una conciencia universal nos lleva a entender que o nos conectamos a ella plenamente y somos conscientes de otra realidad, o simplemente, al estar medio desconectados, coexistimos en un mundo de fantasías inconscientes, que, aunque lo reconozcamos como real, no lo es.

La conciencia es mucho más que la simple percepción de la realidad física; es la capacidad de conectarnos con la sabiduría divina, para, con esa Luz, poder discernir la verdad espiritual y participar así en la corrección del mundo. A medida que uno eleva su conciencia a través del estudio, la meditación y las acciones éticas, se acerca más a la unidad con el Creador y la realización del propósito espiritual de la vida.

Quienes confunden los conceptos de alma y conciencia obvian que esta es solo una herramienta divina esencial para nuestro Tikun, llevándonos con su Luz a un proceso de corrección y elevación espiritual, gracias a su expansión y purificación. Así, podemos rectificar errores pasados y avanzar hacia la redención personal y colectiva.

Sin embargo, nuestra inconsciencia humana opera dentro de una dualidad: la lucha entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, lo espiritual y lo material, como resultado del "pecado original" y la "caída", que introdujo la separación entre la humanidad y lo divino. Con todo y ello, es a través de la conciencia que nuestra alma se reencuentra con el poder de discernir y elegir entre estos opuestos.

Es la conciencia la clave para percibir la realidad espiritual que subyace en el mundo físico. Por ello, su desarrollo nos permite percibir los mundos superiores y entender las fuerzas espirituales que influyen en nuestra vida diaria, ya que es ella la que percibe la verdadera naturaleza de la existencia y la presencia del Creador en todas las cosas.

Conciencia que está estrechamente relacionada con la Luz Divina (Or Ein Sof), por lo cual, al conectarnos con ella, expandimos nuestros conocimientos al absorber más de esta Luz, lo que permite una mayor comprensión y conexión con lo divino. En el Árbol de la Vida, Keter, la sefirá (emanación divina) más alta, representa la voluntad divina y la conciencia suprema; por lo tanto, es la fuente de toda conciencia, tanto divina como humana.

Así las cosas, cuando Adán y Eva toman conciencia de su estado de desnudez, perdiendo su plena conexión con la conciencia divina para acogerse al inconsciente dualista, se abren sus ojos a un reflejo עֵינֵי (Einei), valor de 130, a una nueva percepción menos consciente y más ajustada a conocimientos tomados del reflejo de la luz que se proyecta como exterior.

Y es que, si asociamos este valor con el de la palabra סולם (Sulam, Escalera), podremos entender, como en la escalera de Jacob, que nuestro ascenso espiritual requiere acceder a ese vínculo entre el cielo y la tierra, el Árbol de la Vida, nuestro Señor Jesucristo, quien descendió haciéndose a nuestra imagen para que nuestra desnudez עֵירֻ מִ ם (Eirummim), valor de 366, no siga haciéndonos presos de la vulnerabilidad y la exposición al mal.

Al separarnos de la protección divina, quedamos expuestos a las fuerzas del mal, que nos llenan de temor e incertidumbre, por lo que esa necesidad de cubrirnos, como tantas otras, es solo un reflejo de no sabernos parte de Él y de todo lo que nos otorga.

Como la higuera תְּ אֵנָה (Te'enah), valor de 456, debemos asumir nuestra corrección תיקון (Tikun) para poder florecer. Esto también nos indica que cubrirnos del mal y los temores, volviendo a confiar en el Creador y su guía, es el primer paso dentro de ese proceso de corrección (Tikun).

Incluso expresiones como delantal, חֲגֹרוֹת (Chagorot), con un valor de 618, que parecen no tener ninguna conexión con todo lo que el versículo nos enseña, son de suma importancia para asociar estos términos, por sus valores, al concepto de כבוד (Kavod, Gloria o Honor), que tiene un valor de 32, para comprender que, al cubrirnos, también nos alejamos de la vergüenza de la desobediencia y recuperamos la dignidad perdida al confiar en su misericordia y perdón.

Tomar conciencia de nuestra dualidad y vulnerabilidad era un proceso necesario para que esa apertura de los ojos nos permitiera asumir nuestra transición de un estado de unidad con lo divino a uno de separación y autoconciencia, dentro de un ciclo que nos llama a cubrirnos con las hojas de higuera en un intento de comenzar a corregir y enmendar voluntariamente los efectos de dicha separación.

Al reflexionar sobre cómo alimentamos nuestras percepciones y conocimientos, también podemos entender los efectos de estos frutos que nos pueden llevar tanto a la caída como a la corrección. Es quizá por ello que nuestras respuestas al pecado y a la vulnerabilidad que este significa implican un proceso o Tikun, en el que buscamos restaurar nuestra conexión con lo divino.

El camino hacia la redención y la reintegración con lo divino pasa por aceptar nuestras fallas y trabajar activamente en nuestra corrección interior, recordando que cada acto, por pequeño que sea, puede tener un impacto significativo en nuestro desarrollo espiritual, auto-reflexión y trabajo consciente en el camino hacia la armonía con el Creador a través de su obra.

REFLECTION

Focusing on a universal consciousness leads us to understand that either we connect fully to it and become aware of another reality, or we simply coexist in a world of unconscious fantasies, which, even though we recognize it as real, is not.

Consciousness is much more than the simple perception of physical reality; it is the ability to connect with divine wisdom, so that with this Light, we can discern spiritual truth and thus participate in the correction of the world. As one elevates their consciousness through study, meditation, and ethical actions, they come closer to unity with the Creator and the fulfillment of the spiritual purpose of life.

Those who confuse the concepts of soul and consciousness overlook that the latter is merely a divine tool essential for our Tikun, guiding us with its Light through a process of correction and spiritual elevation. Through its expansion and purification, we can rectify past mistakes and advance towards personal and collective redemption.

However, our human unconsciousness operates within a duality: the struggle between good and evil, light and darkness, the spiritual and the material, as a result of the "original sin" and the "fall," which introduced the separation between humanity and the divine. Despite this, it is through consciousness that our soul reconnects with the power to discern and choose between these opposites.

Consciousness is the key to perceiving the spiritual reality underlying the physical world. Therefore, its development allows us to perceive higher worlds and understand the spiritual forces that influence our daily lives, as it is consciousness that perceives the true nature of existence and the presence of the Creator in all things.

Consciousness, closely related to the Divine Light (Or Ein Sof), enables us to expand our knowledge by absorbing more of this Light, allowing for greater understanding and connection with the divine. In the Tree of Life, Keter, the highest sefirá (divine emanation), represents divine will and supreme consciousness; thus, it is the source of all consciousness, both divine and human.

Therefore, when Adam and Eve become aware of their nakedness, losing their full connection with divine consciousness and embracing dualistic unconsciousness, their eyes are opened to a reflection עֵינֵי (Einei), value 130, to a new perception less conscious and more aligned with knowledge derived from the reflection of the light projected as external.

If we associate this value with the word סולם (Sulam, Ladder), we can understand, like Jacob's ladder, that our spiritual ascent requires access to the link between heaven and earth, the Tree of Life, our Lord Jesus Christ, who descended, taking on our image so that our nakedness עֵירֻ מִ ם (Eirummim), value 366, would no longer make us unconsciously prisoners of vulnerability and exposure to evil.

By separating from divine protection, we are exposed to the forces of evil, which fill us with fear and uncertainty. Therefore, the need to cover ourselves, like so many others, is merely a reflection of not knowing ourselves as part of Him and all that He provides.

Like the fig tree תְּ אֵנָה (Te'enah), value 456, we must embrace our correction תיקון (Tikun) to be able to flourish. This also tells us that covering ourselves from evil and fears, by returning to trust in the Creator and His guidance, is the first step in this process of correction (Tikun).

Even expressions like apron, חֲגֹרוֹת (Chagorot), with a value of 618, which seem to have no connection with what the verse teaches us, are of utmost importance to associate these terms, by their values, with the concept of כבוד (Kavod, Glory or Honor), which has a value of 32, to understand that by covering ourselves, we also distance ourselves from the shame of disobedience and recover the lost dignity by trusting in His mercy and forgiveness.

Becoming aware of our duality and vulnerability was a necessary process for that opening of the eyes to allow us to assume our transition from a state of unity with the divine to one of separation and self-awareness within a cycle that calls us to cover ourselves with fig leaves in an attempt to begin correcting and voluntarily amending the effects of this separation.

By reflecting on how we feed our perceptions and knowledge, we can also understand the effects of these fruits, which can lead us to either the fall or correction. Perhaps this is why our responses to sin and the vulnerability it entails imply a process or Tikun, in which we seek to restore our connection with the divine.

The path to redemption and reintegration with the divine involves accepting our faults and actively working on our inner correction, remembering that each act, no matter how small, can have a significant impact on our spiritual development, self-reflection, and conscious work on the path to harmony with the Creator through His work.

MIS NOTAS

וַיִּשְׁמְעוּ אֶת־קוֹל יְהוָה אֱלֹהִים מִתְהַלֵּךְ בַּגָּן לְרוּחַ הַיּוֹם
וַיִּתְחַבֵּא הָאָדָם וְאִשְׁתּוֹ מִפְּנֵי יְהוָה אֱלֹהִים בְּתוֹךְ עֵץ הַגָּן.

Vayishme'u et-kol Adonai Elohim mithalekh bagan leruach hayom vayitchabeh ha'adam v'ishto mipnei Adonai Elohim betoch etz hagan.

«Y oyeron la voz de Yahvé Dios que se paseaba en el jardín al aire del día;
y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Yahvé Dios
entre los árboles del jardín.»

"And they heard the voice of Yahweh God walking in the garden in the cool of the day; and the man and his wife hid themselves from the presence of Yahweh God among the trees of the garden."

REFLEXIÓN

Adán y Eva escucharon la voz del Creador recorriendo el jardín, pero no lo percibieron de la misma manera que antes. Según la interpretación cabalística, esto simboliza un cambio en la conciencia de la humanidad después del pecado del árbol del conocimiento del bien y del mal. Antes de comer del fruto, Adán y Eva tenían una conexión directa y clara con Dios, sin las distorsiones de la dualidad que trae la conciencia del bien y el mal. La escucha de la voz de Dios representa una forma directa y pura de comunicación espiritual.

Pero, tras comer del fruto, la percepción humana se ve distorsionada. Este acto introduce la "dualidad" en la conciencia, separando al ser humano de la percepción directa de lo divino. Según los cabalistas, la percepción espiritual se opacó porque Adán y Eva comenzaron a ver el mundo a través del filtro de sus propios deseos, pensamientos y ego, es decir, ahora percibían el Creador de manera diferente, ya no con una conciencia pura, sino influenciada por el conocimiento del bien y el mal.

En la Gematría, que estudia el valor numérico de las palabras, la palabra "voz" (קוֹל , "Kol") tiene un valor numérico de 56. Esto puede interpretarse como una referencia a la capacidad humana de escuchar, pero cuando esa capacidad se ve alterada por el pecado, la conexión directa con lo divino se pierde o se debilita.

Después de cometer el pecado, Adán y Eva se dan cuenta de que están desnudos y se sienten avergonzados, por lo que se esconden entre los árboles del jardín (Génesis 3:8). Esto es simbólicamente importante en la Cábala. Los árboles en este contexto pueden verse como

representaciones de las esferas del Árbol de la Vida, que es un símbolo central en la Cábala. Al esconderse entre los árboles, Adán y Eva no solo intentan ocultar su desnudez física, sino también su nueva condición espiritual.

Según los cabalistas, la vergüenza que sienten proviene de haber perdido su pureza original y ahora perciben la separación entre ellos y el Creador. Antes del pecado, no conocían el concepto de "vergüenza", pero ahora, después de la transgresión, se vuelven conscientes de su propia fragilidad y limitaciones. La acción de esconderse entre los árboles simboliza este intento de escapar de su nueva conciencia de la dualidad, del ego y la separación.

En términos cabalísticos, el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal representa la "dualidad" en la creación. Antes de comer del fruto, Adán y Eva eran conscientes solo de la unidad y la pureza del Creador. Sin embargo, al comer del fruto, adquirieron un conocimiento dividido, la capacidad de discernir el bien del mal, lo que trajo consigo la separación de la unidad original y la entrada del "ego".

La vergüenza que sienten al darse cuenta de su desnudez puede entenderse como el descubrimiento del ego y la separación del estado puro de conciencia. En este contexto, el hecho de esconderse simboliza la dificultad que tiene el ser humano para enfrentar la realidad de su ego y su separación de lo divino.

La palabra "esconder" (הִסְתַּתֵּר, "Hista'ter") tiene un valor numérico de 616. Este número podría interpretarse como una referencia a la idea de ocultar algo que ya no es accesible de forma directa, simbolizando cómo la humanidad, después de este acto, ya no puede percibir a Dios en la misma cercanía e inmediatez.

En la Cábala, el pecado de Adán y Eva también se asocia con la pérdida de la luz espiritual. Antes de la caída, su relación con Dios era como la luz directa e ininterrumpida. Al comer del fruto, se separaron de esa luz y entraron en un estado de oscuridad espiritual, lo que se refleja en su incapacidad para reconocer la presencia divina con la misma claridad que antes.

Esta caída representa el descenso del alma desde un estado de unidad con Dios hacia un estado de fragmentación y oscuridad, que es un proceso necesario en el camino espiritual. Según la Cábala, este acto introduce la necesidad de tikkun (rectificación), un proceso en el cual la humanidad tiene que buscar y restaurar la conexión con lo divino.

En la Cábala y la Gematría, la historia de Adán y Eva se interpreta como una enseñanza profunda sobre la caída espiritual y la separación de la unidad original con Dios. El acto de ocultarse y no percibir la voz del Creador refleja la transición de la conciencia pura a la conciencia de dualidad, que es esencial para el desarrollo humano, pero también implica una ruptura con la percepción directa de lo divino. La historia de Adán y Eva simboliza la entrada del ego en el mundo humano y la necesidad de rectificación y restauración de la conexión divina a través del proceso espiritual del tikkun.

En nuestras mentes, como espacio contraído de nuestro universo temporal, se escucha la vibración, cual eco de varios sonidos, que, partiendo de la voz del Creador, generaron, al desobedecer, ruidos, los mismos que confundimos incluso con el sonido emisor de nuestra conciencia. Por ello, como Adán y Eva, no sabemos si escuchamos la voz del Creador desde el Jardín del Edén, o si, por el contrario, nuestra inconsciencia nos sigue lanzando ruidos ensordecedores y distractores.

La conciencia divina lógicamente todavía está presente y accesible en nosotros; sin embargo, no queremos atender su voz, aduciendo que nos da temor, cuando son los ecos de nuestras transgresiones los que dominan la oscuridad de nuestras mentes. La palabra קוֹל (Kol, Voz), con un valor gemátrico de 136, sugiere una conexión directa con la expresión סולם (Sulam, Escalera), para indicarnos que tenemos la oportunidad de una reconexión espiritual, tal como el patriarca Jacob lo describió al soñar con una escalera que conecta el cielo y la tierra.

El tetragramatón que da inicio a toda esta narración divina, y que malentendemos como el nombre יְהוָה (Yahvé), impronunciable de nuestro Creador, tiene un valor de 26, para recordarnos que su misericordia es infinita y que, por ende, aun estando de espaldas a Él, se encuentra en todas partes, incluso en esos momentos de juicio en donde nos confrontamos sobre nuestras propias decisiones.

Él nos formó y sabe de nuestras debilidades, así que como אֱלֹהִים (Elohim), valor de 86, esa justicia nos aporta para que podamos armonizar la multiplicidad de fuerzas que nos sofocan y que hacen que esa dualidad nos esclavice y domine. Por ende, su misericordia y justicia están presentes a través del amor, ese que se convierte en un vínculo perfecto para acercarnos entre nosotros y con Él.

Él es nuestro Árbol de la Vida, עֵץ (Etz, Árbol), por lo que esa dualidad es, a la vez, una posibilidad de discernimiento y crecimiento. El contexto de juicio ya no es un espacio para condenarnos, sino para crecer conscientemente en la coordinación de nuestra voluntad. Por ello, en vez de escondernos, Él espera que logremos, al estar de espaldas, una mayor introspección y, por ende, nuevas elecciones.

Debemos volver al jardín בַּגָּן (Bagan), valor 56, para reconectarnos חָנָה (Chanah, Acampar o Residir) con Él en esa morada celestial en donde Él reside, pudiendo experimentar nuevamente su voz קוֹל (Kol, Voz), que nos guía a través de su Santo Espíritu para ascender espiritualmente después de la transgresión.

Es una poderosa imagen que debemos preservar en nuestras mentes sobre lo que significa esa relación entre la humanidad y el Creador y que no cambió con nuestra caída. Por el contrario, a pesar de la transgresión, Su palabra continúa resonando en nosotros, manteniendo un hilo conductor con Él, por lo que la reacción instintiva de Adán y Eva de esconderse solo refleja que su conciencia sigue presente y accesible.

Al escuchar esa voz interna y reconectarnos con la fuente divina a través de la introspección y la corrección (Tikun), hallamos esa reconexión necesaria para nuestro crecimiento espiritual, arrepentimiento que se convierte a la vez en un medio para volver a alinearnos con lo divino, quien

nos llama a regresar al camino de la rectitud, recordándonos que, aunque nos escondamos, la presencia divina está siempre cerca, esperando que demos el primer paso hacia la reconciliación.

Adán y Eva escucharon la voz del Creador recorriendo el jardín, pero no lo percibieron de la misma manera que antes. Según la interpretación cabalística, esto simboliza un cambio en la conciencia de la humanidad después del pecado del árbol del conocimiento del bien y del mal. Antes de comer del fruto, Adán y Eva tenían una conexión directa y clara con Dios, sin las distorsiones de la dualidad que trae la conciencia del bien y el mal. La escucha de la voz de Dios representa una forma directa y pura de comunicación espiritual.

Pero, tras comer del fruto, la percepción humana se ve distorsionada. Este acto introduce la "dualidad" en la conciencia, separando al ser humano de la percepción directa de lo divino. Según los cabalistas, la percepción espiritual se opacó porque Adán y Eva comenzaron a ver el mundo a través del filtro de sus propios deseos, pensamientos y ego, es decir, ahora percibían el Creador de manera diferente, ya no con una conciencia pura, sino influenciada por el conocimiento del bien y el mal.

En la Gematría, que estudia el valor numérico de las palabras, la palabra "voz" (קוֹל , "Kol") tiene un valor numérico de 56. Esto puede interpretarse como una referencia a la capacidad humana de escuchar, pero cuando esa capacidad se ve alterada por el pecado, la conexión directa con lo divino se pierde o se debilita.

Después de cometer el pecado, Adán y Eva se dan cuenta de que están desnudos y se sienten avergonzados, por lo que se esconden entre los árboles del jardín (Génesis 3:8). Esto es simbólicamente importante en la Cábala. Los árboles en este contexto pueden verse como representaciones de las esferas del Árbol de la Vida, que es un símbolo central en la Cábala. Al esconderse entre los árboles, Adán y Eva no solo intentan ocultar su desnudez física, sino también su nueva condición espiritual.

Según los cabalistas, la vergüenza que sienten proviene de haber perdido su pureza original y ahora perciben la separación entre ellos y el Creador. Antes del pecado, no conocían el concepto de "vergüenza", pero ahora, después de la transgresión, se vuelven conscientes de su propia fragilidad y limitaciones. La acción de esconderse entre los árboles simboliza este intento de escapar de su nueva conciencia de la dualidad, del ego y la separación.

En términos cabalísticos, el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal representa la "dualidad" en la creación. Antes de comer del fruto, Adán y Eva eran conscientes solo de la unidad y la pureza del Creador. Sin embargo, al comer del fruto, adquirieron un conocimiento dividido, la capacidad de discernir el bien del mal, lo que trajo consigo la separación de la unidad original y la entrada del "ego".

La vergüenza que sienten al darse cuenta de su desnudez puede entenderse como el descubrimiento del ego y la separación del estado puro de conciencia. En este contexto, el hecho de esconderse simboliza la dificultad que tiene el ser humano para enfrentar la realidad de su ego y su separación

de lo divino.

La palabra "esconder" (הִסְתֵּר, "Hista'ter") tiene un valor numérico de 616. Este número podría interpretarse como una referencia a la idea de ocultar algo que ya no es accesible de forma directa, simbolizando cómo la humanidad, después de este acto, ya no puede percibir a Dios en la misma cercanía e inmediatez.

En la Cábala, el pecado de Adán y Eva también se asocia con la pérdida de la luz espiritual. Antes de la caída, su relación con Dios era como la luz directa e ininterrumpida. Al comer del fruto, se separaron de esa luz y entraron en un estado de oscuridad espiritual, lo que se refleja en su incapacidad para reconocer la presencia divina con la misma claridad que antes.

Esta caída representa el descenso del alma desde un estado de unidad con Dios hacia un estado de fragmentación y oscuridad, que es un proceso necesario en el camino espiritual. Según la Cábala, este acto introduce la necesidad de tikkun (rectificación), un proceso en el cual la humanidad tiene que buscar y restaurar la conexión con lo divino.

En la Cábala y la Gematría, la historia de Adán y Eva se interpreta como una enseñanza profunda sobre la caída espiritual y la separación de la unidad original con Dios. El acto de ocultarse y no percibir la voz del Creador refleja la transición de la conciencia pura a la conciencia de dualidad, que es esencial para el desarrollo humano, pero también implica una ruptura con la percepción directa de lo divino. La historia de Adán y Eva simboliza la entrada del ego en el mundo humano y la necesidad de rectificación y restauración de la conexión divina a través del proceso espiritual del tikkun.

REFLECTION

In our minds, as a contracted space of our temporal universe, the vibration is heard like the echo of several sounds that, originating from the Creator's voice, generated, through disobedience, noises, the same ones we confuse even with the emitting sound of our consciousness. Therefore, like Adam and Eve, we do not know whether we are hearing the Creator's voice from the Garden of Eden or if, on the contrary, our unconsciousness continues to cast distracting and deafening noises.

Divine consciousness is logically still present and accessible within us; however, we do not want to heed its voice, claiming that it frightens us, when it is the echoes of our transgressions that dominate the darkness of our minds. The word קוֹל (Kol, Voice), with a gematric value of 136, suggests a direct connection to the expression סולם (Sulam, Ladder), indicating that we have the opportunity for spiritual reconnection, just as the patriarch Jacob described when dreaming of a ladder that connects heaven and earth.

The Tetragrammaton that initiates this entire divine narrative, which we mistakenly understand as the name יְהוָה (Yahweh), the unpronounceable name of our Creator, has a value of 26, reminding us that His mercy is infinite and that, therefore, even when we turn away from Him, He is everywhere, even in those moments of judgment where we confront our own decisions.

He formed us and knows our weaknesses, so as אֱלֹהִ ים (Elohim), with a value of 86, His justice supports us so that we can harmonize the multiplicity of forces that overwhelm us and cause that duality to enslave and dominate us. Therefore, His mercy and justice are present through love, which becomes a perfect bond to bring us closer to each other and to Him.

He is our Tree of Life, עִיץ (Etz, Tree), so that duality is also a possibility for discernment and growth. The context of judgment is no longer a space for condemnation but for conscious growth in coordinating our will. Therefore, instead of hiding, He expects that, by turning away, we achieve greater introspection and, consequently, new choices.

We must return to the garden בַּגָּן (Bagan), value 56, to reconnect חָ נָה (Chanah, Camp or Reside) with Him in that heavenly dwelling where He resides, being able to experience His voice קוֹל (Kol, Voice) once again, guiding us through His Holy Spirit to ascend spiritually after the transgression.

It is a powerful image we must preserve in our minds about what that relationship between humanity and the Creator means and that our fall did not change. On the contrary, despite the transgression, His word continues to resonate within us, maintaining a thread of connection with Him, so Adam and Eve's instinctive reaction to hide only reflects that their conscience remains present and accessible.

By listening to that inner voice and reconnecting with the divine source through introspection and correction (Tikun), we find that reconnection necessary for our spiritual growth. Repentance becomes a means to realign ourselves with the divine, who calls us to return to the path of righteousness, reminding us that even if we hide, the divine presence is always near, waiting for us to take the first step toward reconciliation.

Parte de esta reflexión solo está disponible en español.

MIS NOTAS

וַיִּקְרָא יְהוָה אֱלֹהִים אֶל־הָאָדָם וַיֹּאמֶר לוֹ אַיֶּכָּה.

Vayikra Yahvé Elohim el-ha'adam vayomer lo ayeka.

«Y llamó Yahvé Dios al hombre y le dijo: ¿Dónde estás?»

"And Yahweh God called to the man and said to him: Where are you?"

REFLEXIÓN

Después de la transgresión, el Creador vuelve a comunicarse con Adán, lo que significa que no perdimos nuestra conexión directa entre lo divino y lo humano, gracias a Su misericordia. La palabra וַיִּקְרָא (Vayikra, Llamó), con un valor gemátrico de 317, es clave para entender esto, y por ello se relaciona con el concepto שלג (Sheleg, Nieve), para indicarnos que Él confía en nuestra pureza y sigue brindándonos la claridad de Su Palabra.

Por lo tanto, Su llamado es también un intento de restaurar la pureza original de nuestra relación, lo cual se hace más evidente al considerar las dos expresiones, יְהוָה (Yahvé) 26 y אֱלֹהִים (Elohim) 86, que resaltan esa combinación de misericordia y justicia.

Ante la multiplicidad de fuerzas que actúan en lo Creado, Él es consciente de la necesidad de restaurar el desequilibrio que se generó una vez se contrajo para crearnos, siendo necesario que llevemos a ese espacio universal esa misericordia y justicia, fuerzas fundamentales en el proceso de corrección (Tikun) que sigue a la transgresión.

La pregunta אַיֶּכָּה (Ayeka, ¿Dónde estás?), que usa el Creador, con su valor de 36, relacionado con ל (Lamed), letra que simboliza la enseñanza y la guía, nos ofrece una mayor comprensión, indicando que hay una invitación a la reflexión interna, a encontrar la ubicación espiritual y moral de uno mismo tras la transgresión. Quienes interpretan que el Creador se sorprendió o nos cuestionó, obvian que Él tenía claro lo que nos sucedería y cómo nos restauraría.

Al desglosar el término Adam אָדָם (Adam), con un valor de 45, por sus signos lingüísticos א (Alef), ד (Dalet) y מ (Mem), nos damos cuenta de que estos representan elementos fundamentales de la creación (espíritu, puerta, agua), lo cual prefigura que un segundo Adán se humanaría a nuestra imagen para demostrarnos que Él, como Espíritu, Puerta estrecha y Agua de vida, contiene elementos divinos pero también terrenales, recordándonos cuál es nuestra verdadera naturaleza.

El número 36, asociado con אַיֶּכָּה (Ayeka), también se conecta con el concepto de חַי (Chai, Vida), que tiene un valor de 18. Este doble 18 que suma 36 refuerza la idea de que la pregunta del Creador era una cuestión de vida, invitándonos, como sus hijos, a reencontrar el camino hacia la vida

verdadera.

Su voz aún resuena profundamente en nuestras experiencias mundanas, y su llamado divino nos impulsa a escucharle a través de nuestras oraciones, gracias a la guía del Espíritu Santo, para que entendamos dónde estamos y retornemos a nuestro estado espiritual a través de la relación con lo divino.

Ese llamado es una oportunidad para la reconexión con lo divino, quien, gracias a su misericordia y justicia, nos ofrece la redención, sin importar cuán lejos hayamos caído. Para ello, necesitamos encontrar el camino hacia la corrección (Tikun) que, como verdad y vida, representa nuestro Señor Jesucristo.

La fe es clave en nuestro proceso de introspección y corrección, para comprender ese llamado divino como una oportunidad para reorientar nuestras vidas, redescubrir nuestra verdadera naturaleza y restablecer nuestra conexión con la fuente divina. Al escuchar ese llamado en nuestra propia vida, debemos responder a la invitación divina de regresar a un camino de rectitud y comunión con el Creador.

Nuestra caída fruto del "pecado original" nos debe llevar del relato de "culpa y castigo" a la verdadera hoja de ruta para la evolución de nuestra conciencia: exilio del Edén que no es una tragedia accidental, sino el inicio del proceso de perfeccionamiento humano.

El Concepto de Jata'at (No es "Pecado", es "Errando el Blanco") Desde la etimología hebrea y el Talmud, la palabra pecado (Jata'at) no significa una mancha moral irreparable, sino perder el rumbo. Enseñanza: El error de Adán y Eva fue actuar antes de tiempo (el Zohar sugiere que el fruto habría sido permitido de haber esperado al Shabat). Crecimiento Integral: Aprende a gestionar la impulsividad. El crecimiento real requiere paciencia y discernimiento entre lo que "deseo ahora" y lo que "es correcto para mi propósito a largo plazo".

La Gematría de Najash (La Serpiente) y Mashiaj (Mesías)

En la Gematría, la palabra Najash (serpiente: נחש) suma 358. Curiosamente, la palabra Mashiaj (Mesías: משיח) también suma 358. Enseñanza: Esto indica que dentro del mismo veneno de la serpiente (el ego, la duda, la fragmentación) reside el potencial de la redención. Crecimiento Integral: Tus mayores debilidades o "sombras" no son tus enemigas; son la materia prima de tu transformación. No luches contra tus defectos, elúdalos y elévalos.

Tzimtzum y la Responsabilidad Personal El Zohar explica que tras comer del fruto, el ser humano experimentó una "reducción" de su luz espiritual. Adán se escondió y Dios preguntó: "Ayeka?" (¿Dónde estás?). Enseñanza: Dios no preguntaba por una ubicación física, sino por el estado de su conciencia. Adán respondió culpando a Eva, y Eva a la serpiente. Crecimiento Integral: El crecimiento se detiene donde empieza la excusa. Para crecer integralmente, debes pasar del "esto me pasó" al "¿dónde estoy yo en esta situación y qué puedo rectificar?".

El "Árbol del Conocimiento" vs. el "Árbol de la Vida" Cabalísticamente, el Árbol del Conocimiento representa la dualidad (bien/mal, sujeto/objeto), mientras que el Árbol de la Vida representa la unidad. Enseñanza: Al elegir el conocimiento dualista antes de estar maduros, fragmentamos nuestra realidad. Vemos el mundo como "yo contra los demás". Crecimiento Integral: Practica la visión de unidad. Entiende que tu bienestar físico, emocional y profesional no están desconectados de tu vida espiritual. Todo es una sola red.

Concepto Aplicación Práctica Pieles de Luz vs. Pieles de Cuero El Zohar dice que cambiamos "Luz" (Or con Aleph) por "Cuero" (Or con Ayin). Tu meta es volver a hacer que tu cuerpo físico sea un vehículo de luz. El Trabajo (Avodah) El "sudor de la frente" no es una maldición, es el método para ganar (Lejem) el pan, que en Cábala simboliza el sustento espiritual ganado con esfuerzo.

Concepto Aplicación Práctica Reparación (Tikkun) Cada desafío diario es una "chispa" de aquel Edén roto que tú tienes la oportunidad de elevar hoy.

Génesis 3 nos enseña que nuestra transición hacia una perfección va de lo pasivo a una perfección ganada. Dios no nos expulsó para castigarnos, sino para que pudieramos convertirnos en un "cocreador" a Su imagen, transformando la materia en espíritu mediante nuestras decisiones conscientes.

Por ello para entender el rol de Jesucristo (el Mashiaj) en el contexto de Génesis 3 y cómo la herramienta del Ayeka se conecta con Él, debemos mirar más allá de la superficie narrativa.

El Rol del Mesías: El "Reparador" del Daño Estructural Desde la Cábala y la analogía bíblica (especialmente en las cartas de Pablo, quien razonaba como un fariseo instruido), Jesús es el "Segundo Adán". El Adán del Génesis: Representa la caída de la conciencia. Al comer del fruto, "desciende" la luz al nivel de la materia y el ego. El Mesías (Jesucristo): Representa el ascenso. Su rol en Génesis 3 es el de la promesa de rectificación (Tikkun).

Si la Serpiente inyectó el "veneno" del ego (la creencia de que somos dioses independientes de la Fuente), Jesucristo actúa como el antídoto. Por eso, en la Gematría que mencionamos antes, ambos suman 358. Esto enseña que el Mesías utiliza la misma energía que la Serpiente desvió, pero la reconduce hacia el Padre. Él es quien vence a la serpiente no solo destruyéndola, sino rectificando la naturaleza humana que ella corrompió.

Ayeka: La Pregunta que Jesucristo viene a Responder Cuando Dios pregunta en el jardín "Ayeka?" (¿Dónde estás?), no está buscando coordenadas, está buscando responsabilidad. El fracaso de Adán: Respondió con miedo y culpa ("Tuve miedo y me escondí"). La respuesta de Jesús: En la teología cristiana y mística, Jesús es la respuesta humana perfecta al Ayeka. Él no se esconde; Él dice: "Heme aquí para hacer tu voluntad".

¿Cómo aplicar el Ayeka para tu crecimiento integral? El Ayeka es una herramienta de pausa consciente. En cualquier momento de crisis, estrés o tentación (cuando la "serpiente" del ego te habla), detente y hazte la pregunta: ¿Dónde estoy en mi nivel de conciencia? (¿Estoy actuando desde el miedo/ego o desde el amor/espíritu?). ¿Estoy escondido? (¿Estoy evadiendo mi responsabilidad culpando a otros, como hizo Adán?). ¿Hacia dónde me dirijo?

La Serpiente de Bronce: Una Analogía Clave Para entender a Jesús como el opuesto/remedio de la serpiente, debemos mirar Números 21, que Jesús mismo cita en Juan 3:14: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado". La paradoja: Dios ordena fabricar una serpiente de bronce para sanar las mordeduras de serpientes reales. La enseñanza: Para sanar la caída de Génesis 3, el Mesías debe "hacerse pecado" (tomar la forma de la caída) para elevarla. Jesús toma la "piel de cuero" (nuestra mortalidad y sufrimiento) y la clava en la cruz, devolviéndonos la "vestidura de luz".

El rol de Cristo en ese momento del Génesis es ser el Garante. Él asegura que el exilio no es permanente. Para tu crecimiento integral, esto significa: Integración de la Sombra: No temas a tus errores (tu serpiente interna). Si Jesús tiene el mismo valor numérico que la serpiente, significa que tus mayores errores, cuando se someten a la conciencia crística, se convierten en tu mayor sabiduría. El creyente que lee Génesis 3 bajo esta luz ya no vive con "culpa original", sino con "propósito de rectificación". Cada vez que eliges la honestidad sobre la mentira, estás revirtiendo la caída del Edén en tu propia vida.

La próxima vez que sientas que "fallaste" o que tu "serpiente" (ego) ganó una batalla, no te escondas como Adán. Haz silencio, escucha el Ayeka de Dios y, en lugar de culpar a las circunstancias, di como el Segundo Adán: "Aquí estoy, acepto mi responsabilidad y elijo rectificar".

Chaváh (Eva): La Madre de la Vida y la Emoción En hebreo, Eva es Chaváh (חוה). Su Gematría es 19. Análisis: El nombre deriva de la raíz Chay (Vida). Sin embargo, hay una conexión profunda con la palabra Chavaj, que significa "experimentar" o "sentir". Enseñanza: Eva representa nuestra dimensión emocional y experiencial. Si Adán es el intelecto, Eva es el corazón que siente y desea interactuar con el mundo. Crecimiento Integral: El 19 es un número que habla de ciclos (el ciclo lunar es de 19 años). Tu crecimiento no es lineal; es cíclico. El "error" de Eva fue buscar una experiencia sensorial antes de integrar la sabiduría espiritual. Para ti, esto significa aprender a validar tus emociones sin dejar que ellas conduzcan tu vida.

Edén (עדן): El Placer Equilibrado La palabra Edén suma 124. Análisis: Sus letras (Ayin, Dalet, Nun) sugieren una estructura de "testigo" (Ed) y "perpetuidad" (Nun). Enseñanza: El Edén no es un parque temático, es un estado de conciencia donde el placer está en perfecta sintonía con el propósito divino. Crecimiento Integral: A menudo buscamos placeres que nos desgastan (hedonismo). El Edén en tu vida representa el bienestar sostenible. Es ese punto de equilibrio donde tu descanso, tu alimentación y tus relaciones te nutren en lugar de vaciarte.

La Rectificación del "Yo": Aní vs. Ayin Este es uno de los juegos de letras más profundos de la Cábala para el crecimiento personal: Aní (אני - "Yo"): Es el ego, la identidad que Adán intentó proteger al esconderse. Ayin (אין - "Nada/Vacío"): Son las mismas letras, pero reordenadas. Representa la humildad y la conexión con el Todo. Enseñanza: El exilio del Edén ocurrió porque el "Yo" (Aní) se volvió tan denso que bloqueó la luz. Jesucristo, al morir en la cruz, realiza el máximo acto de Ayin (anulación del ego) para volver al Padre. Crecimiento Integral: Para crecer, debes "reordenar" tus letras. No se trata de dejar de ser tú, sino de pasar de un "Yo" egocéntrico a un "Yo" que es un canal de servicio.

Nombre / Concepto Gematría / Raíz Dimensión de tu Vida Acción de Crecimiento Adam (אדם) 45 El Intelecto / Propósito Liderar tus pensamientos con claridad. Chaváh (חוה) 19 Las Emociones / Deseos Educar el deseo para que busque lo eterno. Arbol (Etz) 160 Tu Columna / Estructura Mantenerse firme entre el cielo y la tierra. Ketonet (Túnica) Derej Tu Cuerpo / Imagen Cuidar tu cuerpo como el templo que es.

La enseñanza uniendo a Cristo y la Gematría, es que tú eres un microcosmos del Edén. Tu intelecto (Adán) debe dejar de culpar. Tu emoción (Eva) debe dejar de ser seducida por lo inmediato. Tu espíritu (Cristo) debe ser el puente que unifique a ambos. Cuando estos tres están alineados, el Ayeka (¿Dónde estás?) ya no es una pregunta acusadora, sino una invitación a disfrutar de la presencia divina en medio de tu rutina diaria.

Para entender todo de forma simple, debemos ver a Jesucristo no solo en su esencia divina (el Verbo), sino en su función de rescate. La clave está en la diferencia entre Potencial y Realización.

El Verbo se hace "Antídoto" Imagina que un programador crea un software perfecto (el Edén). Un usuario (Adán) introduce un virus (la desconexión/pecado) que corrompe el sistema desde adentro. El programador (el Verbo) no puede simplemente borrar el disco duro si ama su creación. Entonces, decide codificarse a sí mismo dentro del programa como un usuario más (Jesucristo, el hombre). Al entrar como "usuario", debe jugar con las mismas reglas que nosotros, pero sin dejar que el virus lo infecte. Al hacerlo, limpia el código desde adentro.

Por eso es el Segundo Adán: No porque sea una "copia" del primero, sino porque viene a ocupar el lugar donde el primero falló para rehacer el camino.

La Analogía del Espejo: Luz Directa vs. Luz Reflejada Desde la Cábala, se explica así: El Primer Adán era un "espejo" destinado a reflejar la luz del Verbo. Pero el espejo se rompió y empezó a reflejar distorsiones (ego, muerte). Jesucristo (el Verbo), siendo la Luz misma, decide convertirse en un Espejo Humano que no puede romperse. Al llamarlo "Segundo Adán", la Biblia (específicamente San Pablo en 1 Corintios 15) nos dice que Él es el nuevo molde de humanidad. El primer molde (Adán) produce seres que mueren; el segundo molde (Cristo) produce seres que viven eternamente.

El "Paréntesis Terrenal" como Escuela Este mundo es un paréntesis para crecer fruto de Su palabra. Aquí está el porqué de su rol humano: El Primer Adán tomó el fruto para "ser como Dios" por la vía rápida (el robo). El Segundo Adán (Jesucristo), siendo Dios, se hizo hombre (la vía de la humildad) para enseñarnos que la verdadera divinidad no se alcanza "tomando", sino "dándose".

El nombre Adam (אדם) suma 45. La palabra hebrea Ma (מה), que significa "¿Qué?" (la pregunta de la humildad total, el asombro), también suma 45. Jesús es el "Adam" perfecto porque es el único que vivió en total anulación del ego (Bitul), siendo el Creador, para que nosotros, al "comer" de Su palabra, recuperemos la forma original que perdimos.

Vemos a Jesucristo como el Segundo Adán porque Él es el estándar de lo que tú estás llamado a ser. Si te enfocas solo en Su divinidad, lo verás lejano. Si lo ves como el Segundo Adán, entiendes que Su victoria sobre la serpiente es una victoria que tú también puedes ejecutar hoy, usando Su "código" (Su Palabra) para limpiar tu propio sistema.

REFLECTION

After the transgression, the Creator once again communicates with Adam, which means that we did not lose our direct connection between the divine and the human, thanks to His mercy. The word וַיִּקְרָא (Vayikra, Called), with a gematric value of 317, is key to understanding this, and for that reason, it is related to the concept of שלג (Sheleg, Snow), to indicate that He trusts in our purity and continues to provide us with the clarity of His Word.

Therefore, His call is also an attempt to restore the original purity of our relationship, which becomes even more evident when considering the two expressions, יְהוָה (Yahweh) 26 and אֱלֹהִים (Elohim) 86, which highlight that combination of mercy and justice.

Faced with the multiplicity of forces at work in Creation, He is aware of the need to restore the imbalance generated when He contracted to create us, making it necessary for us to bring that mercy and justice to that universal space, forces that are fundamental in the process of correction (Tikun) that follows the transgression.

The question אַיֶּכָּה (Ayeka, Where are you?), used by the Creator, with its value of 36, related to ל (Lamed), the letter that symbolizes teaching and guidance, offers us further insight, indicating that there is an invitation to internal reflection, to find one's spiritual and moral location after the transgression. Those who interpret that the Creator was surprised or questioned us overlook that He knew what would happen to us and how He would restore us.

By breaking down the term Adam אָדָם (Adam), with a value of 45, by its linguistic signs א (Alef), ד (Dalet), and מ (Mem), we realize that these represent fundamental elements of creation (spirit, door, water), which foreshadows that a second Adam would humanize himself in our image to show us that

He, as Spirit, Narrow Door, and Living Water, contains both divine and earthly elements, reminding us of our true nature.

The number 36, associated with אַיֵּכָּה (Ayeka), also connects with the concept of חַ י (Chai, Life), which has a value of 18. This double 18, totaling 36, reinforces the idea that the Creator's question was a matter of life, inviting us as His children to rediscover the path to true life.

His voice still resonates deeply in our worldly experiences, and His divine call urges us to listen through our prayers, guided by the Holy Spirit, so that we understand where we are and return to our spiritual state through our relationship with the divine.

That call is an opportunity for reconnection with the divine, who, thanks to His mercy and justice, offers us redemption, no matter how far we have fallen. To do this, we need to find the path to correction (Tikun), which, as truth and life, is represented by our Lord Jesus Christ.

Faith is key in our process of introspection and correction, to understand that divine call as an opportunity to reorient our lives, rediscover our true nature, and restore our connection with the divine source. Upon hearing that call in our own lives, we must respond to the divine invitation to return to a path of righteousness and communion with the Creator.

Parte de esta reflexión solo está disponible en español.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֶת־קֹלְךָ שָׁמַעְתִּי בַגָּן וָאִירָא כִּי עֵירֹם אָנֹכִי וָאֵחָבֵא.

Vayomer et-kolcha shamati bagan va'ira ki eirohm anochi va'eichave.

«Y él respondió: Oí tu voz en el jardín, y tuve miedo porque estaba desnudo; y me escondí.»

"And he answered: I heard Your voice in the garden, and I was afraid because I was naked; so I hid."

REFLEXIÓN

En la Cábala, esta frase refleja un cambio radical en el estado espiritual del ser humano. Antes del pecado, Adán estaba unido al Creador en una conexión directa y sin mediación. Al desobedecer y comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, esa unidad se rompe. Lo que antes era un estado de conciencia de unidad, ahora se convierte en conciencia de separación.

El miedo no es simplemente temor físico, sino una señal espiritual de haber perdido la conexión. "Tuve miedo" no es miedo a ser castigado, sino miedo existencial: el alma se da cuenta de que ha caído en un estado de ocultamiento de la Luz divina. Adán ya no percibe a Dios de manera directa, como antes. Ahora lo oye, pero no lo siente. En Cábala, el "miedo" representa la conciencia del ego, del yo separado, y del alejamiento del Ein Sof (la luz infinita).

"Oí tu voz" – שָׁ מַעְתִּ י אֶת קוֹלְךָ – que es la parte esencial. שמעתי (shamati = "oí") = 770 את (et, partícula de objeto directo) = 401 קולך (kolecha = "tu voz") = 136 Total: 770 + 401 + 136 = 1,307 Ese valor total (1,307) no tiene una relación directa con otros términos evidentes, pero cada uno de los componentes sí:

קול (Kol – voz) = 136. Se asocia con la revelación divina y la comunicación espiritual. Es también el valor numérico de "סולם" (sulam) = escalera, el mismo valor de la escalera de Jacob. Esto indica que la voz divina es un canal o conexión entre mundos (material y espiritual). Adán aún escucha la "voz", pero la escalera ha sido obstruida por el pecado, por eso se asusta.

יראה (Yirá – temor / reverencia) = 216. Este tipo de "temor" no es solo miedo, sino reverencia espiritual, una conciencia de que se ha transgredido el orden divino. Es el "temor sagrado" del que habla la

Cábala, distinto al miedo común. En este contexto, sin embargo, es un temor por haberse alejado, por haber perdido la "Luz del Rostro Divino" (Or Panim).

Tuvo miedo porque su conciencia cambió. Dejó de estar centrado en la unidad divina y comenzó a percibirse como un "yo" separado. El miedo simboliza la ruptura entre el alma y la divinidad. Ya no hay claridad espiritual. El pecado no es solo una "acción", sino una desalineación energética, una pérdida del estado de conexión. Según el Zóhar, esta es la primera vez que el ser humano experimenta la sensación de ocultamiento divino (hester panim). Por eso, la voz que antes era dulce y clara, ahora le provoca miedo.

En el Árbol de la Vida, esta experiencia representa un descenso de Kéter (corona) hacia Maljut (reino), de lo espiritual puro hacia lo material. El miedo aparece porque ya no hay equilibrio entre Jojmá (sabiduría) y Biná (entendimiento); Adán ha activado el deseo de recibir para sí mismo, lo que en la Cábala es la raíz del ego.

"Oí tu voz y tuve miedo" es, en la Cábala, un símbolo del paso de la conciencia unificada a la conciencia fragmentada. La voz divina sigue allí (Dios no se aleja), pero el ser humano ya no puede recibirla con claridad, porque su percepción ha cambiado. El miedo no es solo por el castigo, sino porque el alma reconoce su lejanía de la fuente divina, y eso es el verdadero exilio: el ocultamiento del rostro de Dios.

Regularmente, nuestras respuestas a los llamados del Creador han sido y siguen siendo conformes a nuestras limitaciones, lo que explica que nuestra relación con Él se mantenga en un clamor quejoso ante nuestra vulnerabilidad, que nos llena de temores. Es por ello que la palabra קֹלְךָ (Kolcha, Tu voz), con un valor gemátrico de 156, aunque está relacionada con la comunicación divina, también nos reitera que hemos perdido esa conexión profunda y que ahora estamos mediados por la dualidad de nuestras percepciones.

Él tiene claro que sigue conectado a nosotros, pero nosotros no solo dudamos de esta conexión, sino que además nuestra comunicación no logra interpretar todo lo que significa Su sabiduría, amor, misericordia, en fin, todo lo que nos ha otorgado. Quizá por ello el concepto יוסף (Yosef,

José), que también tiene un valor de 156, nos da la idea de incremento y multiplicación.

El valor 156 de קֹלְךָ (Kolcha, Tu voz), al relacionarse con יוסף (Yosef, José), también puede interpretarse como un llamado al crecimiento y a la rectificación, similar a la historia de José, quien pasó de la adversidad a la grandeza a través del crecimiento espiritual y la reconciliación.

No es coincidencia que más adelante el texto bíblico utilizara este nombre para hablarnos también de nuestro redentor, quien llegaría al esclavizante Egipto de nuestras alucinaciones para rescatarnos de nuestras necesidades y unirnos como pueblo en medio de nuestra propia indiferencia hacia Él. Esta perspectiva también nos reitera que la voz del Creador, más que un sonido que vibra y hace fluir lo creado, es un vehículo para la multiplicación del conocimiento y la conciencia espiritual.

Desde esta mirada, la palabra para desnudo, עֵירֹם (Eirohm), con un valor de 320, que se relaciona con la noción de exposición total, tanto física como espiritual, nos proyecta la pérdida de la protección divina y la conciencia de la propia imperfección y vulnerabilidad, para que el concepto de אָנֹכִי (Anochi, Yo), con un valor de 81, nos lleve a identificarnos con Él y no con todo lo que, al nombrar, confunde nuestra propia identidad.

El ego que nos aleja de ese Yo, valor 81, se descompone en 8+1, y sugiere la unión de lo finito y lo infinito, indicando que incluso en su estado caído, el hombre sigue siendo una combinación de materia y espíritu, finitud e infinitud. Por lo tanto, atender las alucinaciones del ego no es lo coherente.

El Yo interior difiere del exterior con el que nos identificamos y que nos mantiene escondidos de Él וָאֵחָבֵא (Va'eichave) con un valor de 33, lo que quiere decir que nuestros corazones לִבּוֹת (Libot), que tiene un valor de 32, siguen emocionalmente alejados de su ritmo, de su vibración, de su guía, de su presencia divina.

No perdamos de vista el poderoso impacto del pecado en nuestra conciencia, tanto que nos llenó de temor y vergüenza, escondiéndonos del Creador. Sin embargo, dicha transgresión también nos llama a acercarnos incluso emocionalmente, para que estas sensaciones que nos indican nuestro estado interior nos llenen de paz y confianza, y así poder escuchar mejor Su palabra, la misma que nos llama a la corrección y al crecimiento.

Esto significa que nuestra vulnerabilidad es la que nos ofrece la posibilidad de reconexión, para lo cual debemos desnudar nuestra conciencia y exponerle nuestras fallas, así como la necesidad de su protección y guía divina para restaurar nuestra integridad espiritual. Seguir enfrentándonos a nuestros propios miedos y vulnerabilidades sin Él es absurdo, siendo vital nuestro arrepentimiento y la introspección a través de la oración para nuestra redención y reintegración con lo divino.

En la Cábala, esta frase refleja un cambio radical en el estado espiritual del ser humano. Antes del pecado, Adán estaba unido al Creador en una conexión directa y sin mediación. Al desobedecer y comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, esa unidad se rompe. Lo que antes era un estado de conciencia de unidad, ahora se convierte en conciencia de separación.

El miedo no es simplemente temor físico, sino una señal espiritual de haber perdido la conexión. "Tuve miedo" no es miedo a ser castigado, sino miedo existencial: el alma se da cuenta de que ha caído en un estado de ocultamiento de la Luz divina. Adán ya no percibe a Dios de manera directa, como antes. Ahora lo oye, pero no lo siente. En Cábala, el "miedo" representa la conciencia del ego, del yo separado, y del alejamiento del Ein Sof (la luz infinita).

"Oí tu voz" – שָׁמַעְתִּי אֶת קוֹלְךָ – que es la parte esencial. שמעתי (shamati = "oí") = 770 את (et, partícula de objeto directo) = 401 קולך (kolecha = "tu voz") = 136 Total: 770 + 401 + 136 = 1,307 Ese valor total (1,307) no tiene una relación directa con otros términos evidentes, pero cada uno de los

componentes sí:

קול (Kol – voz) = 136. Se asocia con la revelación divina y la comunicación espiritual. Es también el valor numérico de "סולם" (sulam) = escalera, el mismo valor de la escalera de Jacob. Esto indica que la voz divina es un canal o conexión entre mundos (material y espiritual). Adán aún escucha la "voz", pero la escalera ha sido obstruida por el pecado, por eso se asusta.

יראה (Yirá – temor / reverencia) = 216. Este tipo de "temor" no es solo miedo, sino reverencia espiritual, una conciencia de que se ha transgredido el orden divino. Es el "temor sagrado" del que habla la Cábala, distinto al miedo común. En este contexto, sin embargo, es un temor por haberse alejado, por haber perdido la "Luz del Rostro Divino" (Or Panim).

Tuvo miedo porque su conciencia cambió. Dejó de estar centrado en la unidad divina y comenzó a percibirse como un "yo" separado.

El miedo simboliza la ruptura entre el alma y la divinidad. Ya no hay claridad espiritual. El pecado no es solo una "acción", sino una desalineación energética, una pérdida del estado de conexión. Según el Zóhar, esta es la primera vez que el ser humano experimenta la sensación de ocultamiento divino (hester panim). Por eso, la voz que antes era dulce y clara, ahora le provoca miedo.

En el Árbol de la Vida, esta experiencia representa un descenso de Kéter (corona) hacia Maljut (reino), de lo espiritual puro hacia lo material. El miedo aparece porque ya no hay equilibrio entre Jojmá (sabiduría) y Biná (entendimiento); Adán ha activado el deseo de recibir para sí mismo, lo que en la Cábala es la raíz del ego.

"Oí tu voz y tuve miedo" es, en la Cábala, un símbolo del paso de la conciencia unificada a la conciencia fragmentada. La voz divina sigue allí (Dios no se aleja), pero el ser humano ya no puede recibirla con claridad, porque su percepción ha cambiado. El miedo no es solo por el castigo, sino porque el alma reconoce su lejanía de la fuente divina, y eso es el verdadero exilio: el ocultamiento del rostro de Dios.

REFLECTION

Regularly, our responses to the Creator's calls have been and continue to be in line with our limitations, which is why our relationship with Him remains a lament due to our vulnerability, which fills us with fears. This is why the word קֹלְךָ (Kolcha, Your voice), with a gematric value of 156, although related to divine communication, also reiterates that we have lost that deep connection and are now mediated by the duality of our perceptions.

He is fully aware that He remains connected to us, but we not only doubt this connection, but our communication also fails to interpret everything His wisdom, love, mercy, and everything He has granted us truly mean. Perhaps this is why the concept of יוסף (Yosef, Joseph), which also has a value of 156, gives us the idea of increase and multiplication.

The value 156 of קוֹלְךָ (Kolcha, Your voice), as it relates to יוסף (Yosef, Joseph), can also be interpreted as a call to growth and rectification, similar to the story of Joseph, who went from adversity to greatness through spiritual growth and reconciliation.

It is no coincidence that later in the biblical text this name is used to also speak to us of our Redeemer, who would come to the enslaving Egypt of our delusions to rescue us from our needs and unite us as a people amid our own indifference toward Him. This perspective also reiterates that the voice of the Creator, more than a sound that vibrates and makes creation flow, is a vehicle for the multiplication of knowledge and spiritual awareness.

From this perspective, the word for naked, עֵירֹם (Eirohm), with a value of 320, related to the notion of total exposure, both physical and spiritual, projects the loss of divine protection and the awareness of one's imperfection and vulnerability, so that the concept of אָנֹכִי (Anochi, I), with a value of 81, leads us to identify with Him and not with everything that, when named, confuses our own identity.

The ego that distances us from that "I", value 81, which breaks down into 8+1, suggests the union of the finite and the infinite, indicating that even in its fallen state, man remains a combination of matter and spirit, finitude and infinitude. Therefore, paying attention to the delusions of the ego is not coherent.

The inner "I" differs from the exterior with which we identify and which keeps us hidden from Him וָאֶחָּ בֵא (Va'eichave) with a value of 33, meaning that our hearts לִבּוֹת (Libot), which has a value of 32, remain emotionally distant from His rhythm, His vibration, His guidance, His divine presence.

We must not lose sight of the powerful impact of sin on our consciousness, so much so that it filled us with fear and shame, hiding us from the Creator. However, this transgression also calls us to draw closer emotionally, so that these feelings, which indicate our inner state, fill us with peace and confidence, enabling us to better hear His word, the same one that calls us to correction and growth.

This means that our vulnerability is what offers us the possibility of reconnection, for which we must lay bare our consciousness and expose our flaws, as well as the need for His protection and divine guidance to restore our spiritual integrity. Continuing to face our own fears and vulnerabilities without Him is absurd, making our repentance and introspection through prayer vital for our redemption and reintegration with the divine

Parte de esta reflexión solo está disponible en español.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר מִי הִגִּיד לְךָ כִּי עֵירֹם אַתָּה? הֲמִן־הָעֵץ אֲשֶׁר צִוִּיתִיךָ לְבִלְתִּי אֲכָל־מִמֶּנּוּ אָכָלְתָּ?

Va-yómer: Mi higgíd lekha ki érom atá? Ha-min ha-étz ashér tzivvítikha le-viltí akhól mi-ménu akháltá?

«Y dijo: "¿Quién te ha dicho que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del cual te mandé que no comieras?»

"And He said: "Who told you that you were naked? Have you eaten from the tree of which I commanded you not to eat?""

REFLEXIÓN

Nuestra dimensión dual, en la que coexistimos, nos confronta comúnmente, proceso que inició desde el mismo momento en que el Creador cuestionó a Adán sobre quién le había dicho que estaba desnudo, revelándole que estaba experimentando ser parte de los frutos del conocimiento y de esa conciencia del bien y del mal, la misma que simboliza nuestra pérdida de la inocencia natural que nos conectaba y llenaba de plena confianza con la sabiduría divina.

Es necesario, desde aquel entonces, reflexionar sobre esa ruptura con nuestro estado de unidad original que nos permitía comunicarnos directamente con Él, y reconocer que esa confrontación constante nos lleva a tener otra percepción respecto de esa dualidad y de nuestra actual separación, en la búsqueda de alcanzar una nueva y plena sintonía con la voz del Creador.

La pregunta מִי (Mi), "¿Quién?", desde su valor gemátrico de 50, nos relaciona con la Sefira biná (entendimiento) del Árbol de la Vida, en pro de buscar esa percepción superior, para dejar de percibirnos avergonzados, alejados, desnudos (עֵירֹם,Érom), valor de 316, es decir, perdidos entre nuestra humanidad terrenal injusta y la justicia divina que fluye en todo lo creado.

Es por ello que nuestro Señor Jesucristo se hizo humano, para que no quedáramos expuestos a ese juicio de la verdad, y es que, mientras sigamos alimentándonos de los frutos del árbol del conocimiento del bien y del mal, Etz HaDa'at Tov V'Ra, seguiremos siendo parte de ese estado dual de bien y mal, de luz y oscuridad, de ser dominados por un inconsciente colectivo o guiados por Su conciencia.

Lograr reconectarnos con ella implica que nuestras decisiones nos acerquen a esa nuestra esencia divina, un proceso que requiere comprender que coexistimos en dimensiones o niveles de realidad, mundos "Arba Olamot" (ארבע עולמות), que nos manifiestan la energía divina que desciende desde el

Infinito hasta el mundo físico que percibimos como nuestra única realidad.

Nuestra búsqueda de volver a percibir el Atzilut (אֲצִילוּת) o Mundo de la Emanación, el más cercano a la fuente divina, donde la Luz Infinita del Creador (Ein Sof) se emana sin ninguna separación, fruto de la unidad total con lo Divino, se asocia con las Sefirot: En Atzilut, nos proyecta esas diez sefirot o emanaciones divinas en su forma más pura, sin ninguna forma material, reiterando que la sefirá de Jojmá (Sabiduría), como primer punto de la creación a partir de la nada, nos llama a integrarnos a través de Su palabra.

Al separarnos del Creador, Beriá (בְּרִיאָה) en el Mundo de la Creación, nuestras ideas y sus formas comenzaron a identificarnos con una realidad que inicialmente no era del todo física, caracterizada por una separación mayor que Atzilut, pero sigue siendo un mundo de alta espiritualidad. La Sefirá Beriá, Biná, del Entendimiento, nos permite comprender que nuestras ideas deben desarrollarse y estructurarse para poder retornar al nivel Atzilut.

Entender estos niveles nos permite asumir que Yetzirá (יְצִירָה) como Mundo de la Formación, hace que nuestras estructuras comiencen a percibirse dentro de una realidad más definida, pero aún no material. Este espacio, relacionado con fuerzas angelicales que operan e interactúan con nuestras emociones, nos muestra cómo estas son atributos que se manifiestan en lo material.

La Sefirá Yetzirá, relacionada con las seis sefirot del Zeir Anpin (Jesed, Guevurá, Tiferet, Netzaj, Hod y Yesod), que representan las cualidades emocionales del Creador, nos recuerda que incluso en el mundo de la acción en el que nos encontramos actualmente, Asiyá (עֲשִׂיָה), Él está presente y se materializó a través de nuestro Señor Jesucristo, para recordarnos que las formas espirituales se concretan en el mundo físico, en el cual nos reconocemos.

Aunque este es el nivel más distante de la pura luz divina, también es donde la voluntad divina se realiza en forma tangible. Por ello, la Sefirá Maljut (Reino), nos presenta esta manifestación como el poder divino en el mundo físico, perspectiva que, más que describir el proceso de la creación, nos sirve de modelo para entender la experiencia humana y el crecimiento espiritual.

Nuestro propio proceso parte de una semilla o gen que va tomando forma hasta que logra que sus decisiones materiales permitan su desarrollo espiritual, coexistiendo a la vez en esos niveles o mundos donde Atzilut significa inspiración o intuición inicial, Beriá conceptualización y planificación de las ideas, Yetzirá formación de un plan concreto y preparación para la acción, mientras que Asiyá es la ejecución y manifestación de la idea en el mundo físico.

Es necesario reflexionar sobre cómo manejamos nuestras acciones y cómo podemos alinear mejor nuestras vidas con la energía divina que fluye a través de estos niveles. Así que, para responderle al Creador como Adán respecto a qué estamos haciendo con nuestra conciencia, simplemente debemos acogernos a su sabiduría.

REFLECTION

Our dual dimension, in which we coexist, commonly confronts us, a process that began at the very moment the Creator questioned Adam about who had told him he was naked, revealing to him that he was experiencing being part of the fruits of knowledge and that consciousness of good and evil, the same that symbolizes our loss of natural innocence, which connected us and filled us with full confidence in divine wisdom.

Since then, it has been necessary to reflect on that rupture with our original state of unity, which allowed us to communicate directly with Him, and to recognize that this constant confrontation leads us to have a different perception regarding that duality and our current separation, in the pursuit of achieving a new and full harmony with the Creator's voice.

The question מִ י (Mi), "Who?", from its gematria value of 50, connects us with the Sefira biná (understanding) of the Tree of Life, in order to seek that higher perception, to stop perceiving ourselves as ashamed, distant, naked (עֵירֹם,Érom), with a value of 316, meaning lost between our unjust earthly humanity and the divine justice that flows in all creation.

This is why our Lord Jesus Christ became human, so that we would not be exposed to that judgment of truth, and as long as we continue feeding on the fruits of the tree of knowledge of good and evil, Etz HaDa'at Tov V'Ra, we will remain part of that dual state of good and evil, light and darkness, being dominated by a collective unconscious or guided by His consciousness.

Achieving reconnection with it implies that our decisions bring us closer to our divine essence, a process that requires understanding that we coexist in dimensions or levels of reality, worlds "Arba Olamot" (ארבע עולמות), which manifest the divine energy that descends from the Infinite to the physical world, which we perceive as our only reality.

Our quest to once again perceive Atzilut (אֲצִילוּת) or the World of Emanation, the closest to the divine source, where the Infinite Light of the Creator (Ein Sof) emanates without any separation, a result of total unity with the Divine, is associated with the Sefirot: In Atzilut, it projects those ten sefirot or divine emanations in their purest form, without any material form, reiterating that the sefirá Jojmá (Wisdom), as the first point of creation from nothingness, calls us to integrate through His word.

By separating from the Creator, Beriá (בְּ רִ יאָה) in the World of Creation, our ideas and their forms began to identify us with a reality that initially was not entirely physical, characterized by a greater separation than Atzilut, but it remains a world of high spirituality. The Sefirá Beriá, Biná of Understanding, allows us to understand that our ideas must be developed and structured in order to return to the Atzilut level.

Understanding these levels allows us to assume that Yetzirá (יְצִירָה) as the World of Formation, causes our structures to begin to be perceived within a more defined reality, but still not material. This space, related to angelic forces that operate and interact with our emotions, shows us how these are attributes that manifest in the material.

The Sefirá Yetzirá, related to the six sefirot of Zeir Anpin (Jesed, Guevurá, Tiferet, Netzaj, Hod, and Yesod), representing the emotional qualities of the Creator, reminds us that even in the world of action where we currently find ourselves, Asiyá (עֲשִׂיָה), He is present and materialized through our Lord Jesus Christ, to remind us that spiritual forms are concretized in the physical world in which we recognize ourselves.

And although this is the most distant level of the pure divine light, it is also where the divine will is realized in tangible form. Therefore, the Sefirá Maljut (Kingdom) presents this manifestation as the divine power in the physical world, a perspective that, rather than describing the process of creation, serves as a model for understanding the human experience and spiritual growth.

Our own process starts from a seed or gene that takes shape until it allows its material decisions to enable its spiritual development, coexisting at the same time in those levels or worlds where Atzilut signifies initial inspiration or intuition, Beriá: Conceptualization and planning of ideas, Yetzirá:

Formation of a concrete plan and preparation for action, while Asiyá is the execution and manifestation of the idea in the physical world. It is necessary to reflect on how we handle our actions and how we can better align our lives with the divine energy that flows through these levels. So, to respond to the Creator like Adam regarding what we are doing with our consciousness, we simply must embrace His wisdom.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר הָאָדָם הָאִשָּׁה אֲשֶׁר נָתַתָּה עִמָּדִי הִיא נָתְנָה לִי מִן הָעֵץ וָאֹכֵל.

Va-yómer ha-adám, ha-ishá ashér natátah imadí, hí natnah lí min ha-étz va-okhel.

«Y el hombre dijo: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.»

"And the man said, "The woman whom You gave to be with me, she gave me from the tree, and I ate."'"

REFLEXIÓN

Regularmente respondemos al Creador como Adán, de forma equivocada, incluso inculpando a los demás, a Eva o al mismo Creador, por nuestras propias elecciones erradas en vez de reconocer no solo nuestro error, sino la necesidad de enmendar sus efectos. Todo esto ocurre porque seguimos retroalimentándonos de los frutos del árbol del conocimiento.

Es una tendencia humana, producto del pecado, evitar la responsabilidad personal y transferir la culpa a otros, asumiendo como reacción a nuestras equivocaciones el prolongarlas y, en algunos casos, magnificarlas. Es necesario que entendamos que, además de reconocer el error y buscar corregirlo, debemos asumir el acercamiento a la verdadera conciencia de unidad y de la conexión con la fuente divina.

Cuando Adán menciona a Eva como responsable de la caída, nos hace referencia a esa ruptura en la relación original de igualdad y unidad entre el hombre y la mujer, simbolizando que todo parte de esa fragmentación en la relación del ser humano con el Creador. Entonces, ese acto de acusación es simplemente el reflejo de suponernos aparte de todo y no parte de todo, asumiendo una conciencia particular que coexiste con nuestras inconsciencias y, por ende, promueve la interconexión de todas las cosas.

ה א ד ם (Ha-Adam), "el hombre", por su valor gemátrico de 50, al relacionarse con el contexto מ י (Mi), "¿Quién?", nos indica la necesidad de acercarnos a la sefirá biná (entendimiento) para que nuestra comprensión deje de mantenernos en la dimensión de las fallas y errores, y así asumir las responsabilidades originales al ser hechos a su imagen y semejanza.

El don del libre albedrío le permitió a ה א ש ה (Ha-Ishá), "la mujer", con un valor gemátrico de 310, asumir desde el concepto emanado de la sefirá

Yesod (fundamento), que su conexión, así como la transmisión de la energía divina, estaba interrumpida. Mientras ella se aleja del fundamento, debe asumir sus culpas, responsabilidades y, por ende, la carga principal del pecado.

Esta tarea no puede entenderse como un castigo, sino como una mayor responsabilidad, fruto de sus enormes capacidades lumínicas. Así que el rol de las mujeres dentro de este mundo de la acción es arduo, ya que al ser dadoras de luz deben irradiarla especialmente en esos espacios donde hay más oscuridad. Por lo tanto, son ellas orientadoras de las relaciones humanas, influyendo en la reconexión con lo divino.

Adán, con su culpa, provocó que esta relación se debilitara, razón de fondo por la cual aún hoy nuestra parte masculina y femenina coexisten en confrontación, tal como sucede con nuestra acción y nuestra recepción. Pero todo ello debe entenderse como un llamado a corregir el desequilibrio, para que nuestras fuerzas internas puedan llevarnos a tomar decisiones que nos acerquen a nuestra esencia divina.

Responder a nuestros dones y habilidades es una de nuestras más grandes tareas, por lo que nuestras intenciones, deseos, emociones, palabras, interacciones e interrelaciones dependen de la forma en que asumamos estas, ya que tienen un impacto tanto en lo interior, para nuestra alma, como en lo exterior.

REFLECTION

We regularly respond to the Creator like Adam, in the wrong way, even blaming others, Eve, or the Creator Himself, for our own wrong choices instead of acknowledging not only our mistake but also the need to amend its effects. All this happens because we continue to feed on the fruits of the tree of knowledge.

It is a human tendency, a product of sin, to avoid personal responsibility and transfer blame to others, assuming as a reaction to our mistakes the prolonging and, in some cases, magnifying them. It is necessary for us to understand that, in addition to acknowledging the mistake and seeking to correct it, we must embrace the approach to true consciousness of unity and connection with the divine source.

When Adam mentions Eve as responsible for the fall, he is referencing that rupture in the original relationship of equality and unity between man and woman, symbolizing that everything stems from that fragmentation in the relationship between humanity and the Creator. Therefore, that act of accusation is simply a reflection of assuming ourselves apart from everything and not part of everything, embracing a particular consciousness that coexists with our unconsciousness and thus promotes the interconnectedness of all things.

הָאָדָם (Ha-Adam), "the man," by its gematria value of 50, relating to the context מִי (Mi), "Who?", indicates the need to approach the sefira biná (understanding) so that our comprehension ceases to keep us in the dimension of failures and mistakes, allowing us to assume the original responsibilities of being made in His image and likeness.

The gift of free will allowed הָאִשָּׁה (Ha-Ishá), "the woman," with a gematria value of 310, to assume from the concept emanated by the sefira Yesod (foundation), that her connection, as well as the transmission of divine energy, was interrupted. While she distances herself from the foundation, she must assume her guilt, responsibilities, and therefore the primary burden of sin.

This task cannot be understood as a punishment, but rather as a greater responsibility, stemming from her enormous luminous capacities. Thus, the role of women within this world of action is arduous, as being bearers of light, they must radiate it especially in those spaces where there is more darkness. Therefore, they are guides in human relationships, influencing the reconnection with the divine.

Adam, with his guilt, caused this relationship to weaken, a fundamental reason why even today our masculine and feminine aspects coexist in confrontation, just as our action and our reception do. But all this should be understood as a call to correct the imbalance so that our inner forces can lead us to make decisions that bring us closer to our divine essence.

Responding to our gifts and abilities is one of our greatest tasks, so our intentions, desires, emotions, words, interactions, and interrelations depend on how we embrace them, as they have an impact both internally, for our soul, and externally.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר יְהוָה אֱלֹהִים לָאִשָּׁה מַה־זֹּאת עָשִׂית וַתֹּאמֶר הָאִשָּׁה הַנָּחָשׁ הִשִּׁיאַנִי וָאֹכֵל.

Va-yómer Adonai Elohim la-ishá, máh zot asít? Va-tómer ha-ishá, ha- najásh hishíaní va-okhel.

«Entonces el Señor Dios dijo a la mujer: "¿Qué es esto que has hecho?" Y la mujer respondió: "La serpiente me engañó, y comí.»

"Then the Lord God said to the woman, "What is this you have done?" And the woman replied, "The serpent deceived me, and I ate."'"

REFLEXIÓN

Luego de confrontar a Adán, el Creador lo hace con Eva, intentando que ella reflexionara sobre lo que había hecho. Sin embargo, al igual que Adán, la respuesta de Eva es evadir su responsabilidad, culpando a la serpiente y manteniéndose dentro de un patrón actitudinal que aún hoy nos sofoca: el de inculpar a otros por lo que realmente es nuestra responsabilidad personal.

Estas transferencias de culpa nos llaman a asumir un reconocimiento del poder que tiene el ego, la ilusión y, por ende, el engaño dentro de nuestras realidades cotidianas. La serpiente, si se quiere mantener ese simbolismo, representa el hablar, pensar y actuar inconscientemente, guiados por impulsos mundanos que incluso van en contra de nuestros verdaderos propósitos y nuestra esencia divina.

Fuerzas del mal que forman parte del mundo de la acción, un mundo contraído donde prima la separación y la distorsión de la misma realidad, son insumos fundamentales para que podamos conocernos y reconocernos, aprendiendo a maniobrar nuestro libre albedrío, que debe permitirnos tomar la decisión de acercarnos a la sabiduría divina en vez de llenarnos de conocimiento terrenal, finito y limitado.

Nuestras mujeres, אִשָּׁה (Ishá), con un valor gemátrico de 310, cuentan con ese fundamento, la sefirá Yesod, para que esa caída que indicó nuestro debilitamiento de la conexión entre lo humano y lo divino pueda reestablecerse. El dar a luz es una de las formas principales de lograrlo. Quizá por ello, la serpiente הַנָּחָשׁ (Ha-Najásh), como símbolo del mundo de la ilusión, del ego y del engaño, con un valor gemátrico de 358, sigue confundiéndonos para que sea el Mesías, Mashíaj, término que tiene el mismo valor, quien nos ayude en el restablecimiento de la relación.

Todo nos vincula con Él, sin embargo, cada quien decide si continúa dentro de las intrigas de la voz de la serpiente, que puede ser nuestra propia voz inconsciente que lucha internamente con sus conocimientos del bien o del mal, o si se aleja de esos engaños para confiar en la voz del Mesías, el redentor, quien se hizo humano para cumplir con esa misión divina.

El proceso de redención nos llama a superar todos esos engaños que nos sofocan y nos llenan de alucinaciones y expectativas que, como fuerzas del ego con sus deseos, quieren dominarnos, desviándonos de nuestro propósito espiritual. Quizá por ello, dejar que esas ilusiones nublen nuestro juicio solo nos lleva a actuar de formas contrarias a nuestra verdadera esencia.

Es imposible negar el poder del ego y del mundo del engaño, pero también es crucial reconocer que, al caer en dichas trampas, hay una mano pronta a rescatarnos, para que dejemos de culpar a las circunstancias externas o a otras personas y, en su lugar, nos confrontemos con nuestras propias decisiones y acciones, confiando así plenamente en Él como guía.

El proceso de tikkun (rectificación), para los creyentes, está ligado a la fe en la salvación, la cual, gracias a su amor, nos permite corregir nuestros errores y restablecer nuestra conexión con la fuente divina, reconociendo honestamente nuestras faltas y asumiendo la voluntad de aceptar la responsabilidad de nuestras acciones. Esta autoevaluación sincera nos desafía a reconocer cuándo estamos siendo engañados por nuestras propias ilusiones o deseos y a buscar la verdad que nos guíe de regreso al camino del Creador.

En la Cábala, el engaño (mirmah – מִ רְ מָ ה) no es solo un acto externo, sino una distorsión interna de la percepción. Es una desconexión del Da'at (conocimiento consciente) con la Verdad divina.

El ego (el yo inferior, llamado nefesh behamit) tiende a proyectar la responsabilidad en lo externo. Esta es una defensa espiritual para evitar el dolor de reconocer que somos los constructores de nuestra realidad.

El Satán, en la Cábala, no es un ser maligno, sino una fuerza de oposición, cuyo trabajo es crear confusión para activar nuestro libre albedrío. Por eso aparece como "la serpiente" en el Edén, no para destruir, sino para poner a prueba nuestra capacidad de elegir.

La culpa a otros es parte de lo que el Zóhar llama "la cáscara" (klipá): una cobertura ilusoria que oculta la luz interior del alma. En el Edén: Eva dice: "La serpiente me engañó, y comí." Adán dice: "La mujer que tú me diste, me dio del fruto." Ambos trasladan la culpa. En Cábala, esto refleja que el alma humana, al separarse de su centro divino, busca justificar su caída culpando al "otro". Pero en verdad, la decisión siempre fue propia. Esta actitud es señal de que el yo no ha tomado responsabilidad espiritual, y por tanto, sigue atrapado en el ciclo de causa y efecto sin redención (sin tikkun).

Engaño = מִ רְ מָ ה (Mirmah). Valor numérico: 285. Esto es igual al valor de la palabra: שֶׁ קֶ ר (Sheker) = Mentira = 600. Pero en parte, mirmah está asociada con la desviación del juicio, y su valor se asocia con otros conceptos como "peso espiritual", culpa y velo.

La palabra אֲחֵ ר ים (Ajeirim) = "los otros" tiene valor 259, muy cercano al de "engaño". Esto puede leerse simbólicamente: cuando culpamos a otros, caemos en engaño.

Culpamos = נַאֲשִׁ ים (na'ashim) Valor numérico = 401, es también el valor de: את (et) — partícula que señala el objeto directo, es decir, lo que proyectamos hacia otros. Esta coincidencia indica que culpar al otro es una proyección inconsciente del propio juicio: estamos lanzando hacia fuera lo que no podemos enfrentar adentro.

Para la Cábala, toda decisión humana surge de una interacción entre dos fuerzas: La inclinación al bien (yetzer hatov). La inclinación al mal (yetzer hará). Ambas existen para permitir el libre albedrío (bejirah). Cuando elegimos mal, solemos culpar a factores externos porque el ego busca mantener su imagen. Pero el tikkun (rectificación espiritual) comienza cuando el alma reconoce: “Fui yo quien eligió, y soy yo quien debe corregir.” Así, en lugar de proyectar culpa, la conciencia despierta y comienza el proceso de retorno (teshuvá), que no es castigo, sino reconexión con el propósito del alma.

La Cábala enseña que el engaño ocurre cuando nuestra percepción se separa de la verdad divina y proyectamos responsabilidad en lo externo. Culpamos a los demás porque no queremos enfrentar nuestro ego, y esto mantiene la ilusión del yo separado, una de las funciones de las klipot (cáscaras de oscuridad). La Gematría conecta la culpa, el engaño y el "otro" en términos numéricos, revelando que culpar es una forma de mentirnos a nosotros mismos. El crecimiento espiritual comienza con la responsabilidad: al asumir que somos los autores de nuestras elecciones, comenzamos el proceso de rectificación (tikkun).

After confronting Adam, the Creator does the same with Eve, attempting to make her reflect on what she had done. However, like Adam, Eve’s response is to evade her responsibility, blaming the serpent and maintaining a behavioral pattern that still stifles us today: blaming others for what is truly our personal responsibility.

These transfers of blame call us to recognize the power that ego, illusion, and deception hold within our daily realities. The serpent, if we maintain that symbolism, represents speaking, thinking, and acting unconsciously, guided by worldly impulses that even go against our true purposes and divine essence.

These forces of evil are part of the world of action, a contracted world where separation and distortion of reality prevail. They are fundamental tools that allow us to know and recognize ourselves, learning to maneuver our free will, which should enable us to choose to draw near to divine wisdom rather than filling ourselves with finite and limited earthly knowledge.

Our women, אִ שָׁ ה (Ishá), with a gematria value of 310, have that foundation, the sefira Yesod, so that the fall that signaled the weakening of our connection between the human and the divine can be restored. Giving birth is one of the main ways to achieve this. Perhaps for this reason, the serpent

הַנָּחָשׁ (Ha-Najásh), symbolizing the world of illusion, ego, and deception, with a gematria value of 358, continues to confuse us so that it is the Messiah, Mashíaj, a term with the same value, who helps us in the restoration of the relationship.

Everything connects us to Him, but each person decides whether to continue within the intrigues of the serpent's voice, which may be our own unconscious voice struggling internally with its knowledge of good and evil, or whether to turn away from those deceptions to trust in the voice of the Messiah, the redeemer, who became human to fulfill that divine mission.

The process of redemption calls us to overcome all those deceptions that stifle us and fill us with hallucinations and expectations that, like forces of the ego with their desires, seek to dominate us, diverting us from our spiritual purpose. Perhaps that is why allowing our judgment to be clouded by these illusions only leads us to act in ways contrary to our true essence.

It is impossible to deny the power of the ego and the world of deception, but it is also essential to recognize that when we fall into these traps, there is a hand ready to rescue us so that we stop blaming external circumstances or other people and instead confront our own decisions and actions, trusting fully in Him as our guide.

The process of tikkun (rectification), for believers, is linked to faith in salvation, which, through His love, allows us to correct our mistakes and restore our connection with the divine source, honestly acknowledging our faults and embracing the willingness to take responsibility for our actions. This sincere self-evaluation challenges us to recognize when we are being deceived by our own illusions or desires and to seek the truth that guides us back to the Creator's path.

En la Cábala, el engaño (mirmah – מִרְמָה) no es solo un acto externo, sino una distorsión interna de la percepción. Es una desconexión del Da'at (conocimiento consciente) con la Verdad divina.

El ego (el yo inferior, llamado nefesh behamit) tiende a proyectar la responsabilidad en lo externo. Esta es una defensa espiritual para evitar el dolor de reconocer que somos los constructores de nuestra realidad.

El Satán, en la Cábala, no es un ser maligno, sino una fuerza de oposición, cuyo trabajo es crear confusión para activar nuestro libre albedrío. Por eso aparece como "la serpiente" en el Edén, no para destruir, sino para poner a prueba nuestra capacidad de elegir.

La culpa a otros es parte de lo que el Zóhar llama "la cáscara" (klipá): una cobertura ilusoria que oculta la luz interior del alma. En el Edén: Eva dice: "La serpiente me engañó, y comí." Adán dice: "La mujer que tú me diste, me dio del fruto." Ambos trasladan la culpa. En Cábala, esto refleja que el alma humana, al separarse de su centro divino, busca justificar su caída culpando al "otro". Pero en verdad, la decisión siempre fue propia. Esta actitud es señal de que el yo no ha tomado responsabilidad espiritual, y por tanto, sigue atrapado en el ciclo de causa y efecto sin redención (sin tikkun).

Engaño = מִ ר מָ ה (Mirmah). Valor numérico: 285. Esto es igual al valor de la palabra: שֶׁ קֶ ר (Sheker) = Mentira = 600. Pero en parte, mirmah está asociada con la desviación del juicio, y su valor se asocia con otros conceptos como "peso espiritual", culpa y velo.

La palabra אַחֵ ר ים (Ajeirim) = "los otros" tiene valor 259, muy cercano al de "engaño". Esto puede leerse simbólicamente: cuando culpamos a otros, caemos en engaño.

Culpamos = נַאֲשִׁ ים (na'ashim) Valor numérico = 401, es también el valor de: את (et) — partícula que señala el objeto directo, es decir, lo que proyectamos hacia otros. Esta coincidencia indica que culpar al otro es una proyección inconsciente del propio juicio: estamos lanzando hacia fuera lo que no podemos enfrentar adentro.

Para la Cábala, toda decisión humana surge de una interacción entre dos fuerzas: La inclinación al bien (yetzer hatov). La inclinación al mal (yetzer hará). Ambas existen para permitir el libre albedrío (bejirah). Cuando elegimos mal, solemos culpar a factores externos porque el ego busca mantener su imagen. Pero el tikkun (rectificación espiritual) comienza cuando el alma reconoce: “Fui yo quien eligió, y soy yo quien debe corregir.” Así, en lugar de proyectar culpa, la conciencia despierta y comienza el proceso de retorno (teshuvá), que no es castigo, sino reconexión con el propósito del alma.

La Cábala enseña que el engaño ocurre cuando nuestra percepción se separa de la verdad divina y proyectamos responsabilidad en lo externo. Culpamos a los demás porque no queremos enfrentar nuestro ego, y esto mantiene la ilusión del yo separado, una de las funciones de las klipot (cáscaras de oscuridad). La Gematría conecta la culpa, el engaño y el "otro" en términos numéricos, revelando que culpar es una forma de mentirnos a nosotros mismos. El crecimiento espiritual comienza con la responsabilidad: al asumir que somos los autores de nuestras elecciones, comenzamos el proceso de rectificación (tikkun).

REFLECTION

Esta reflexión está disponible solo en español.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר יְהוָה אֱלֹהִים אֶל־הַנָּחָשׁ כִּי עָשִׂיתָ זֹּאת אָרוּר אַתָּה
מִכָּל־הַבְּהֵמָה וּמִכֹּל ׀ חַיַּת הַשָּׂדֶה עַל־גְּחֹנְךָ תֵלֵךְ וְעָפָר
תֹּאכַל כָּל־יְמֵי חַיֶּיךָ׃

Va-yómer Adonai Elohim el-ha-najásh: Ki asíta zot, arur atá mi-kol ha- behemá u-mi-kol jayát ha-sadé; al-gejonjá teléj ve-afar tojal kol-yemé jayéja.

«Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente: "Por cuanto has hecho esto, maldita serás entre todos los animales y entre todas las bestias del campo; sobre tu vientre andarás y polvo comerás todos los días de tu vida.»

"Then the Lord God said to the serpent, "Because you have done this, cursed are you above all livestock and above all beasts of the field; on your belly you shall go, and dust you shall eat all the days of your life.""

REFLEXIÓN

Aunque es claro que la Biblia refleja el amor del Creador y su deseo de que nos reconectemos a Él como fuente de vida, hay algunos pasajes que vale la pena releer con más profundidad para no caer en el simplismo de pensar, como en este caso, que Él nos maldijo al expresar a la serpiente, después de engañar a Eva y causar la caída de la humanidad, una especie de condena eterna que, en parte, pareciera compartimos actualmente.

Sin embargo, la condena de arrastrarse sobre su vientre y comer polvo por el resto de sus días realmente simboliza que las fuerzas del mal, el ego y la tentación que nos alejan del camino espiritual y de la conexión con lo divino siempre estarán limitadas al poder de las fuerzas negativas que también fluyen en la tierra y que quedan atadas a ella.

Todo lo que es condenado a arrastrarse, como la serpiente, pierde su capacidad de elevarse, lo que simboliza la limitación del poder del mal cuando el ser humano reconoce su verdadera naturaleza y se conecta con la sabiduría divina para continuar cogobernando. La gematría nos ayuda a comprender que la serpiente הַ נָּחָ שׁ (Ha-Najásh), con un valor de 358, al coincidir con el valor de מָ שִׁ יחַ (Mashíaj), "Mesías", queda sujeta a esa fuerza que representa nuestro redentor.

Por ende, el engaño y la tentación deben transformarse en una fuerza de redención, siendo la serpiente la prueba que, una vez superamos su influencia, podemos acceder a la redención y, por ende, a una reconexión con lo divino. El עָפָר (Afar), "polvo", con un valor gemátrico de 350, del cual todos formamos parte, representa solo lo material, lo mundano y lo bajo.

La serpiente, por lo tanto, al ser condenada a comer polvo, está siendo relegada al nivel más bajo de existencia, lo que simboliza el destino del mal cuando es dominado por la conciencia divina. Por lo tanto, el mal, al que tanto priorizamos, solo puede tentarnos y desviarnos temporalmente, pero estamos destinados a superarlo, ya que es subyugado por el poder divino del Mesías.

Al reconocer la naturaleza ilusoria del mal y superar las tentaciones del ego, podemos transformarlas en oportunidades para crecer espiritualmente. Es por ello que el polvo también simboliza la humildad, y recordar que "polvo somos" nos reitera nuestra dependencia de la divinidad, buscando mantenernos conectados con nuestra esencia para evitar caer en la trampa del ego.

A través del reconocimiento y la superación de nuestras pruebas, como lo hicieron Adán y Eva, podemos alcanzar un estado de mayor conexión con lo divino, siempre y cuando nos dejemos guiar por Su palabra, la cual nos ofrece los recursos para profundizar en la comprensión de todo aquello que nos genera tentación, deseos de maldad y, en fin, una supuesta realidad que, en el fondo, contiene una oportunidad para la redención y el crecimiento espiritual.

Varios conceptos dentro del versículo nos deben permitir comprender de forma mas clara que ese polvo (afar – עָפָר) del que el ser humano es formado y que se convierte en el castigo de la serpiente, que “comerá polvo”, es el componente esencial del universo (estrellas, cosmos, materia), ya que este no es solo tierra física, sino materia espiritual primaria, un símbolo del estado más bajo, receptivo y oculto de la creación, desde el cual todo puede ser elevado.

Afar (עָפָר) representa el nivel más bajo de la materia, lo más humilde, pasivo y receptivo. Sin embargo, este polvo es potencial puro, la base sobre la cual Dios puede imprimir la Neshamá (el alma superior). El alma proviene del aliento divino (neshimá), pero habita en un cuerpo hecho de afar, es decir, el alma se viste con las limitaciones del mundo material para cumplir su misión.

En la Cábala, el "polvo" es símbolo de Maljut, la sefirá más baja, donde toda la Luz se condensa y se oculta, esperando ser elevada a través del Tikkun. Por ello cuando se habla de castigo este no es literal, sino profundamente simbólico ya que el polvo aquí representa lo mínimo espiritual, lo inanimado.

El castigo de la serpiente es vivir en un plano espiritual donde no hay vitalidad divina evidente, donde todo está oculto tras la materia. Para los cabalistas, esto significa que la serpiente (el Satán, el ego, la fuerza de separación) queda encerrada en lo más bajo del mundo material, sin acceso a la Luz superior, alimentándose solo de apariencia, no de esencia. Así, el polvo es el símbolo de un mundo sin elevación espiritual, donde no hay hambre de trascendencia.

עפר (Afar – Polvo): ע (Ayin) = 70, פ (Peh) = 80, ר (Resh) = 200→ Total = 350 es igual al valor de: סגור (Sagur) = Cerrado. Esto representa la cerradura espiritual, lo que está encerrado y no se puede elevar por sí solo. También: 350 es 7 × 50 → El número 7 representa la creación material (los 7 días), y 50 es la liberación espiritual (como en el Jubileo o el Omer). El polvo contiene la posibilidad de la liberación espiritual total, pero está escondida en lo más bajo.

Hoy en día sabemos que nuestros cuerpos están literalmente hechos de polvo de estrellas — partículas formadas en explosiones estelares. La Cábala antigua ya intuía que el hombre estaba compuesto de materia cósmica con alma divina. En el Zóhar, se dice: "Del polvo de la tierra se formaron los mundos, y dentro del polvo se oculta la chispa divina de cada criatura." (Zóhar, Bereishit)

Así, el polvo representa: El comienzo más bajo del que todo puede surgir. La humildad esencial de la materia como recipiente para la Luz. El lugar donde la Luz infinita (Or Ein Sof) puede encarnarse sin anularse. En el lenguaje de las sefirot: Afar = Maljut (el receptor total). Neshamá = Tiferet o Biná (las fuerzas superiores)

El polvo representa el potencial oculto, la materia más básica desde la cual se puede revelar lo más sublime. Por eso: El hombre puede elevarse desde el polvo hasta los cielos. La serpiente queda atada al polvo, sin posibilidad de ascenso, como símbolo del deseo egoísta que se autoalimenta. El polvo es la base de todo, pero también el punto de retorno: "al polvo volverás" (Génesis 3:19) → es decir, volverás al punto de humildad y origen para reiniciar.

Nuestro salvador Jesucristo descendió a lo mas bajo y camino en ese polvo para redimirnos para que ese Tikun nos permitiera retornar a ese estado original del que el primer Adán nos sacó. Porque si por este entró el pecado al mundo, por un hombre también nuestra redención.

Although it is clear that the Bible reflects the Creator's love and His desire for us to reconnect with Him as the source of life, there are passages that are worth rereading with greater depth to avoid the simplism of thinking, as in this case, that He cursed us when He addressed the serpent after it deceived Eve, causing humanity's fall, with what seems like an eternal condemnation that, in part, we share today.

However, the curse of crawling on its belly and eating dust for the rest of its days actually symbolizes that the forces of evil, ego, and temptation that draw us away from the spiritual path and connection with the divine will always be limited to the power of negative forces that also flow on the earth and are bound to it.

Anything condemned to crawl, like the serpent, loses its ability to rise, symbolizing the limitation of the power of evil when humanity recognizes its true nature and connects with divine wisdom to continue co-governing. Gematria helps us understand that the serpent הַנָּחָשׁ (Ha-Najásh), with a

value of 358, coincides with the value of מָ שִׁ יחַ (Mashíaj), "Messiah," and is thus subject to the force that represents our redeemer.

Therefore, deception and temptation must be transformed into a force of redemption, with the serpent being the test that, once we overcome its influence, we can access redemption and thus reconnect with the divine. The עָפָר (Afar), "dust," with a gematria value of 350, of which we are all part, represents only the material, the mundane, and the lowly. Thus, the serpent, by being condemned to eat dust, is relegated to the lowest level of existence, symbolizing the fate of evil when it is dominated by divine consciousness. Therefore, the evil we so often prioritize can only tempt and divert us temporarily, but we are destined to overcome it, as it is subjugated by the divine power of the Messiah.

By recognizing the illusory nature of evil and overcoming the temptations of the ego, we can transform them into opportunities for spiritual growth. This is why dust also symbolizes humility, and remembering that "we are dust" reiterates our dependence on divinity, seeking to remain connected with our essence to avoid falling into the trap of ego.

Through the recognition and overcoming of our trials, as Adam and Eve did, we can reach a state of greater connection with the divine, as long as we allow ourselves to be guided by His word, which offers us the resources to delve into the understanding of everything that generates temptation, desires for evil, and, ultimately, a supposed reality that, deep down, contains an opportunity for redemption and spiritual growth.

Varios conceptos dentro del versículo nos deben permitir comprender de forma mas clara que ese polvo (afar – עָפָר) del que el ser humano es formado y que se convierte en el castigo de la serpiente, que “comerá polvo”, es el componente esencial del universo (estrellas, cosmos, materia), ya que este no es solo tierra física, sino materia espiritual primaria, un símbolo del estado más bajo, receptivo y oculto de la creación, desde el cual todo puede ser elevado.

Afar (עָפָר) representa el nivel más bajo de la materia, lo más humilde, pasivo y receptivo. Sin embargo, este polvo es potencial puro, la base sobre la cual Dios puede imprimir la Neshamá (el alma superior). El alma proviene del aliento divino (neshimá), pero habita en un cuerpo hecho de afar, es decir, el alma se viste con las limitaciones del mundo material para cumplir su misión.

En la Cábala, el "polvo" es símbolo de Maljut, la sefirá más baja, donde toda la Luz se condensa y se oculta, esperando ser elevada a través del Tikkun. Por ello cuando se habla de castigo este no es literal, sino profundamente simbólico ya que el polvo aquí representa lo mínimo espiritual, lo inanimado.

El castigo de la serpiente es vivir en un plano espiritual donde no hay vitalidad divina evidente, donde todo está oculto tras la materia. Para los cabalistas, esto significa que la serpiente (el Satán, el ego, la fuerza de separación) queda encerrada en lo más bajo del mundo material, sin acceso a la Luz

superior, alimentándose solo de apariencia, no de esencia. Así, el polvo es el símbolo de un mundo sin elevación espiritual, donde no hay hambre de trascendencia.

עפר (Afar – Polvo): ע (Ayin) = 70, פ (Peh) = 80, ר (Resh) = 200 → Total = 350 es igual al valor de: סגור (Sagur) = Cerrado. Esto representa la cerradura espiritual, lo que está encerrado y no se puede elevar por sí solo. También: 350 es 7 × 50 → El número 7 representa la creación material (los 7 días), y 50 es la liberación espiritual (como en el Jubileo o el Omer). El polvo contiene la posibilidad de la liberación espiritual total, pero está escondida en lo más bajo.

Hoy en día sabemos que nuestros cuerpos están literalmente hechos de polvo de estrellas — partículas formadas en explosiones estelares. La Cábala antigua ya intuía que el hombre estaba compuesto de materia cósmica con alma divina. En el Zóhar, se dice: “Del polvo de la tierra se formaron los mundos, y dentro del polvo se oculta la chispa divina de cada criatura.” (Zóhar, Bereishit)

Así, el polvo representa: El comienzo más bajo del que todo puede surgir. La humildad esencial de la materia como recipiente para la Luz. El lugar donde la Luz infinita (Or Ein Sof) puede encarnarse sin anularse. En el lenguaje de las sefirot: Afar = Maljut (el receptor total). Neshamá = Tiferet o Biná (las fuerzas superiores)

El polvo representa el potencial oculto, la materia más básica desde la cual se puede revelar lo más sublime. Por eso: El hombre puede elevarse desde el polvo hasta los cielos. La serpiente queda atada al polvo, sin posibilidad de ascenso, como símbolo del deseo egoísta que se autoalimenta. El polvo es la base de todo, pero también el punto de retorno: “al polvo volverás” (Génesis 3:19) → es decir, volverás al punto de humildad y origen para reiniciar.

Nuestro salvador Jesucristo descendió a lo mas bajo y camino en ese polvo para redimirnos para que ese Tikun nos permitiera retornar a ese estado original del que el primer Adán nos sacó. Porque si por este entró el pecado al mundo, por un hombre también nuestra redención.

REFLECTION

Esta reflexión está disponible solo en español.

MIS NOTAS

וְאֵיבָה אָשִׁית בֵּינְךָ וּבֵין הָאִשָּׁה וּבֵין זַרְעֲךָ וּבֵין זַרְעָהּ הוּא יְשׁוּפְךָ רֹאשׁ וְאַתָּה תְּשׁוּפֶנּוּ עָקֵב.

Ve-eivá ashit beinéja u-vein ha-ishá u-vein zar'aja u-vein zar'á; hu yeshufjá rosh ve-atá teshufenu akev.

«Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; él te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón.»

"And I will put enmity between you and the woman, and between your offspring and her offspring; he shall bruise your head, and you shall bruise his heel."

REFLEXIÓN

Entender las consecuencias del pecado, de ceder a nuestras tentaciones, de dejarnos engañar, no solo implica asumir que los efectos de esas acciones generan una enemistad que, en el caso de la serpiente, puede ser un castigo eterno. Por lo tanto, aferrarnos al mal nos lleva a enfrentar consecuencias que ni siquiera podemos imaginar. Así que, al igual que Eva, estamos llamados a asumir nuestra responsabilidad transformadora.

Quizá por ello algunos creyentes consideran que, como descendientes de ella, se presentan visiones proféticas, especialmente aquellas que aluden a entender que es el Mesías quien nos lleva a vencer el mal. Esa enemistad con la serpiente no solo representa un conflicto externo entre el bien y el mal, sino también un conflicto interno que existe en cada ser humano.

La serpiente simboliza las fuerzas del ego, del deseo y de la tentación que nos alejan de nuestra conexión con lo divino. La "descendencia" de la mujer, por otro lado, simboliza las fuerzas espirituales y redentoras que luchan por restaurar esa conexión, siendo el Mesías el fruto de su vientre, quien aporta esa luz. Es por ello que el concepto de אֵיבָה (Eivá), "enemistad", con un valor gemátrico de 12, nos sugiere las 12 tribus de Israel, simbolizando la totalidad del pueblo que enfrentará y debe superar la influencia del mal.

Este número también puede verse como un recordatorio de la necesidad de unidad y cohesión en la lucha contra las fuerzas negativas, de dejar de ser doce pueblos en competencia, como los hermanos de José, para visionarnos como una descendencia זַרְעֲךָ (Zar'aja) y זַרְעָהּ (Zar'á), "su descendencia". Estas expresiones tienen su raíz en zera (semilla), cuyo valor es 277, denotando el potencial latente en nosotros, que dependiendo de cómo se cultive, puede dar fruto tanto para el bien como para el mal.

Nuestra lucha continua entre el impulso al bien (yetzer hatov) y el impulso al mal (yetzer hara) dentro de nosotros implica que nuestra "cabeza" y nuestro "talón", como símbolos, nos denotan esas áreas donde estos impulsos pueden manifestarse, ya que la cabeza representa el pensamiento y la intención, mientras que el talón, siendo la parte más baja del cuerpo, representa las acciones impulsivas y no reflexionadas.

La herida en la cabeza simboliza un golpe mortal al mal, mientras que la herida en el talón sugiere que el mal puede dañar, pero no destruir por completo. Esto refleja la idea de que, aunque el mal puede tener un impacto, la fuerza redentora que emana del bien es mucho más poderosa y, en última instancia, prevalecerá.

Al reflexionar sobre nuestras propias luchas internas entre nuestras inclinaciones hacia el bien y el mal, debemos saber que, al enfrentar tentaciones y desafíos, podemos superarlos, ya que tenemos la capacidad y el potencial de elevarnos por encima de ellos y, gracias a las pruebas, alinearnos con nuestro propósito divino.

REFLECTION

Understanding the consequences of sin, of yielding to our temptations, of allowing ourselves to be deceived, not only involves recognizing that the effects of those actions generate enmity which, in the case of the serpent, may be an eternal punishment. Therefore, clinging to evil leads us to face consequences we cannot even imagine. Thus, like Eve, we are called to assume our transformative responsibility.

Perhaps this is why some believers consider that, as her descendants, prophetic visions arise, especially those that point to understanding that it is the Messiah who leads us to overcome evil. This enmity with the serpent not only represents an external conflict between good and evil but also an internal conflict that exists within each human being.

The serpent symbolizes the forces of ego, desire, and temptation that draw us away from our connection with the divine. The "offspring" of the woman, on the other hand, symbolizes the spiritual and redemptive forces that strive to restore that connection, with the Messiah being the fruit of her womb, who brings that light. This is why the concept of אֵיבָה (Eivá), "enmity," with a gematria value of 12, suggests the 12 tribes of Israel, symbolizing the entirety of the people who will face and must overcome the influence of evil.

This number can also be seen as a reminder of the need for unity and cohesion in the struggle against negative forces, to stop being twelve competing tribes like Joseph's brothers, and instead to envision ourselves as a single lineage זַרְעֲךָ (Zar'aja) and זַרְעָהּ (Zar'á), "her offspring." These expressions are rooted in zera (seed), with a value of 277, denoting the latent potential within us, which, depending on how it is cultivated, can bear fruit either for good or for evil.

Our ongoing struggle between the impulse for good (yetzer hatov) and the impulse for evil (yetzer hara) within us implies that our "head" and our "heel" as symbols denote those areas where these impulses can manifest. The head represents thought and intention, while the heel, being the lowest part of the body, represents impulsive and unreflected actions.

The bruise on the head symbolizes a mortal blow to evil, while the bruise on the heel suggests that evil can wound, but not completely destroy. This reflects the idea that, although evil may have an impact, the redemptive force that emanates from good is much more powerful and, ultimately, will prevail.

As we reflect on our own internal struggles between our inclinations toward good and evil, we must know that when facing temptations and challenges, we can overcome them, for we have the capacity and potential to rise above them and, through these trials, align ourselves with our divine purpose.

MIS NOTAS

וְאֶל-הָאִשָּׁה אָמַר, הַרְבָּה אַרְבֶּה עִצְּבוֹנֵךְ וְהֵרֹנֵךְ; בְּעֶצֶב, תֵּלְדִי בָּנִים, וְאֶל-אִישֵׁךְ, תְּשׁוּקָתֵךְ, וְהוּא, יִמְשָׁל-בָּךְ.

Ve'el-ha'ishá amar: harbé arbe itz'vonech veheronech; be'etzév teledi banim, ve'el-ishéch teshukatéch, vehú yimshol Bach.

«A la mujer dijo: "Multiplicaré en gran manera tus dolores y tus embarazos; con dolor darás a luz hijos, y tu deseo será para tu esposo, y él se enseñoreará de ti.»

"To the woman, he said: "I will greatly increase your pains and your pregnancies; with pain, you will give birth to children, and your desire will be for your husband, and he will rule over you.""

REFLEXIÓN

Quienes releen este tipo de versículos para fomentar el machismo y otras interpretaciones sesgadas y acomodadas a sus propias búsquedas egoístas, obvian que todos somos víctimas de las consecuencias del pecado original en el Jardín del Edén, pero también que todos somos favorecidos con la misericordiosa gracia del Creador para restaurarnos, lo que significa que debemos atender el dolor como un llamado de atención para redireccionar nuestras búsquedas.

Desde esa perspectiva, cada signo lingüístico nos ofrece la posibilidad de adentrarnos mucho más en el mensaje otorgado. Por ello, no puede entenderse a la mujer, "אשה" (ishá), eje central de la reflexión, tan solo como Eva, sino como la futura humanidad que recibiría de ella ese gen, esas mitocondrias, no para sufrir, sino para comprender que la receptividad y nuestro aspecto pasivo como especie son un insumo fundamental para recomponer la relación con lo divino.

"אשה" (ishá) tiene un valor numérico de 306 (Alef = 1, Shin = 300, Hei = 5), perspectiva que nos llama a integrar lo masculino de la creación con lo femenino de lo creado. Es por ello que la expresión "וְהוּא יִמְשָׁל-בָּךְ" (vehú yimshol bach, "y él se enseñoreará de ti") no puede seguir usándose bajo la interpretación sesgada conveniente de cada quien.

En su metáfora, se nos proyecta más bien la lucha interna entre la naturaleza terrenal y la espiritual del ser humano, donde el "hombre" representa el lado racional que domina las pasiones, lo que significa que se nos pide no dejarnos controlar por las emociones inconscientes, que solo deben servirnos de indicadores conscientes de aquellos temas en los que necesitamos fortalecernos más.

Está claro entonces que el dolor es un llamado de atención para reorientar nuestros caminos hacia la luz y que, al multiplicarse ese llamado, se hace indispensable contar con el apoyo supremo para no convertirlo en un sufrimiento, una postura mental que ha deteriorado incluso nuestras interrelaciones históricamente.

Esta alucinación nos convirtió en quejosos e incluso débiles, sin el deseo de enfrentarnos y menos de superar todos los desafíos que se nos presentan a diario y que forman parte intrínseca de la escuela de la vida, lo que significa que tanto el dolor como el deseo constituyen insumos dentro de ese proceso de refinamiento espiritual.

El dolor no es un fin en sí mismo, sino un medio para el desarrollo y la evolución del alma. Es un llamado a despertar, a corregir y a elevarse hacia un estado de mayor conciencia y conexión con la divinidad. El enfoque cabalístico invita a interpretar el dolor como una guía hacia una vida más significativa y alineada con los principios espirituales.

Aceptar el dolor como una herramienta esencial para el crecimiento espiritual y la transformación interna evita calificarlo como un castigo arbitrario, ya que sus señales y mensajes nos indican que existe un desajuste fruto de nuestra desconexión con la voluntad divina.

El dolor, especialmente el corporal—ya que algunos de los mentales son inventados y disfrazados de sufrimientos—nos recuerda que algo en nuestro cuerpo no está funcionando bien y, por lo tanto, debemos corregir aspectos de nuestras vivencias que afectan todo nuestro ser.

Nuestra alma, al encontrarse en desarmonía con la luz divina, entiende el dolor como ese despertador que nos lleva a reflexionar sobre nuestras intenciones, deseos, emociones, expresiones, interacciones e interrelaciones, llevándonos a asumir decisiones que nos hacen reevaluar el camino de vida, alineándonos con lo sano y lo que nos genera bienestar.

Al liberarnos de tantos apegos y deseos egoístas, purificando nuestras intenciones y refinando nuestro carácter, el dolor, relacionado con la sefirá Guevurá, nos recuerda el juicio y la severidad divina para acogernos a su misericordia (Jesed), equilibrando y armonizando nuestras fuerzas internas.

Nuestro Padre Celestial es misericordioso y solo quiere nuestro bienestar, pero nos advierte de las consecuencias de nuestra desobediencia mientras nos pide, pese a que no lo escuchamos e interpretamos sesgadamente su voz a nuestro acomodo, lo que significa que seguimos multiplicando y prolongando nuestros males en vez de corregir nuestro rumbo.

Cualquier madre que da a luz da fe de lo poco que recuerda esas contracciones y dolores y sí de la suprema felicidad de saber que trajo a la luz una nueva alma que, además, se encargará de guiar por el mejor sendero como función principal, respetando con ello los acuerdos de un hogar en donde al hombre le toca luchar más contra el mal y a ella aportar todo el bien, que incluso significa su útero como recipiente de vida.

Este versículo desde una lectura superficial, parecería una justificación para una jerarquía de dominio masculino. Sin embargo, en la Cábala y la Gematría, esta frase se interpreta en niveles espirituales mucho más sutiles y no justifica desigualdad, sino que describe un estado caído de la conciencia, consecuencia del desequilibrio espiritual provocado por el pecado.

En la Cábala, los conceptos de “hombre” (ish) y “mujer” (ishá) no se limitan a género físico, sino que representan fuerzas cósmicas complementarias dentro de la Creación: el hombre (Ish) es Energía activa, principio dador – asociado con Zeir Anpin y la mujer (Ishá) Energía receptiva, principio formador – asociado con Maljut.

En el estado ideal, estas fuerzas están en equilibrio y unidad, formando un circuito de amor, intercambio, y plenitud mutua. Sin embargo, tras el pecado, ese equilibrio se rompe temporalmente, y el versículo refleja esta distorsión: “Y él se enseñoreará de ti” significa una ruptura del balance entre las fuerzas, donde la energía masculina tiende a dominar en vez de unirse a la femenina en igualdad espiritual.

Esta no es una orden divina, sino una consecuencia del desequilibrio, lo que en Cábala se llama un estado de "klipá" (cáscara o distorsión del orden espiritual). וְהוּא יִמְשָׁל בָּךְ (vehu yimshol bach) – “Y él se enseñoreará de ti” Valores: והוא (vehu) = 13. ימשל (yimshol = dominar/gobernar) = 580. בך (bach = sobre ti/femenino) = 22. Total: 13 + 580 + 22 = 615, número que es muy cercano a: תְּשׁוּבָה (Teshuvá) – arrepentimiento, retorno (valores: 5=ה, 2=ב, 6=ו, 300=ש ,400=ת → total: 713) Pero también está cerca de עונש (Onesh) = Castigo = 420. Esto sugiere que “él se enseñoreará” es un estado espiritual negativo o correctivo, no ideal. Además: ימשל (Yimshol) = 580 → Este valor es el mismo que "Shalom" (שלום) × (10× 58) 10, lo que indica que cuando el dominio es transmutado en armonía, se puede restaurar la paz verdadera.

El dominio como reflejo del ego: Según la Cábala, tras el pecado, el deseo de recibir para sí mismo (el ego) se intensifica. El hombre, como símbolo de la energía activa, cae en la tentación de controlar en lugar de proteger y elevar. Es el mal uso de la fuerza masculina espiritual (Zeir Anpin sin Da'at). Cuando “él se enseñorea”, no lo hace desde el amor, sino desde el desequilibrio de las fuerzas. Y esa no es la intención original de la creación. En el nivel más elevado, el hombre y la mujer están unidos en equivalencia de forma espiritual, como se refleja en Adam Kadmon (el Hombre Primordial), donde lo masculino y femenino están entretejidos y armónicos.

La frase “él se enseñoreará de ti” es vista en la Cábala como una distorsión que debe corregirse. El Tikkun consiste en: Elevar lo femenino (Maljut) a su lugar original: como receptora activa, no pasiva ni dominada. Corregir lo masculino (Zeir Anpin): debe proteger, nutrir y elevar, no dominar. Restaurar el circuito de energía equilibrada entre dar y recibir. En otras palabras: la redención espiritual del mundo incluye también la restauración del equilibrio entre lo masculino y lo femenino — tanto a nivel individual (dentro de cada alma) como colectivo (en la sociedad).

La Cábala contemporánea enseña que el equilibrio entre energías es la clave para cualquier evolución espiritual. Las relaciones basadas en dominación (de un género, ego o energía sobre otra) son reflejo de un mundo sin corregir. La Era Mesiánica (según el Zóhar) será una en que Maljut asciende y se une con Zeir Anpin, es decir: lo femenino recupera su lugar pleno, y el amor reemplaza al dominio.

REFLECTION

Those who reread these types of verses to promote machismo and other biased interpretations tailored to their own selfish pursuits overlook that we are all victims of the consequences of original sin in the Garden of Eden, but also that we are all favored with the merciful grace of the Creator to restore us, which means that we must attend to pain as a wake-up call to redirect our pursuits.

From this perspective, each linguistic sign offers us the possibility of delving much deeper into the given message. Therefore, the woman, "אשה" (ishá), the central axis of the reflection, cannot be understood solely as Eve, but as the future humanity that would receive from her that gene, those mitochondria, not to suffer, but to understand that receptivity and our passive aspect as a species are fundamental tools to restore the relationship with the divine.

"אשה" (ishá) has a numerical value of 306 (Alef = 1, Shin = 300, Hei = 5), a perspective that calls us to integrate the masculine aspect of creation with the feminine aspect of what is created. This is why the expression "וְהוּא יִמְשָׁל-בָּךְ " (vehú yimshol bach, "and he will rule over you") can no longer be used under the conveniently biased interpretation of each person.

In its metaphor, it projects the internal struggle between the earthly and spiritual nature of the human being, where "man" represents the rational side that dominates passions, which means that we are asked not to let ourselves be controlled by unconscious emotions that should only serve as conscious indicators of those areas where we need to strengthen ourselves more.

It is clear then that pain is a wake-up call to reorient our paths toward the light, and as this call multiplies, it becomes indispensable to count on the supreme support so as not to turn it into suffering—a mental stance that has historically deteriorated even our interrelations.

This delusion has made us complainers and even weak, without the desire to face and overcome all the challenges presented to us daily, which are an intrinsic part of the school of life. This means that both pain and desire are tools in that process of spiritual refinement.

Pain is not an end in itself, but a means for the development and evolution of the soul. It is a call to awaken, to correct, and to rise to a state of greater awareness and connection with the divine. The Kabbalistic approach invites us to interpret pain as a guide toward a more meaningful life, aligned with spiritual principles.

Accepting pain as an essential tool for spiritual growth and internal transformation prevents us from viewing it as an arbitrary punishment, as its signals and messages indicate a misalignment resulting from our disconnection from the divine will.

Pain, especially physical pain—since some forms of mental pain are invented and disguised as suffering—reminds us that something in our body is not functioning properly and, therefore, we must correct aspects of our experiences that affect our entire being.

Our soul, when in disharmony with the divine light, perceives pain as a wake-up call that leads us to reflect on our intentions, desires, emotions, expressions, interactions, and relationships, guiding us to make decisions that help us reevaluate our path in life, aligning ourselves with what is healthy and what brings us well-being.

By freeing ourselves from so many attachments and selfish desires, purifying our intentions, and refining our character, pain, related to the sefirá of Gevurah, reminds us of divine judgment and severity, urging us to embrace His mercy (Chesed), balancing and harmonizing our inner forces.

Our Heavenly Father is merciful and only wants our well-being, but he warns us of the consequences of our disobedience while asking us, even though we do not listen to him and interpret his voice in a biased way to suit our convenience, which means that we continue to multiply and prolong our troubles instead of correcting our course.

Any mother who gives birth testifies to how little she remembers those contractions and pains and to the supreme happiness of knowing that she has brought a new soul into the light, who will also take on the main role of guiding that soul on the best path, respecting the agreements of a home where the man has to fight more against evil and she provides all the good, which even includes her womb as a vessel of life.

Este versículo desde una lectura superficial, parecería una justificación para una jerarquía de dominio masculino. Sin embargo, en la Cábala y la Gematría, esta frase se interpreta en niveles espirituales mucho más sutiles y no justifica desigualdad, sino que describe un estado caído de la conciencia, consecuencia del desequilibrio espiritual provocado por el pecado.

En la Cábala, los conceptos de “hombre” (ish) y “mujer” (ishá) no se limitan a género físico, sino que representan fuerzas cósmicas complementarias dentro de la Creación: el hombre (Ish) es Energía activa, principio dador – asociado con Zeir Anpin y la mujer (Ishá) Energía receptiva, principio formador – asociado con Maljut.

En el estado ideal, estas fuerzas están en equilibrio y unidad, formando un circuito de amor, intercambio, y plenitud mutua. Sin embargo, tras el pecado, ese equilibrio se rompe temporalmente, y el versículo refleja esta distorsión: “Y él se enseñoreará de ti” significa una ruptura del balance entre las fuerzas, donde la energía masculina tiende a dominar en vez de unirse a la femenina en igualdad espiritual.

Esta no es una orden divina, sino una consecuencia del desequilibrio, lo que en Cábala se llama un estado de "klipá" (cáscara o distorsión del orden espiritual). וְהוּא יִמְשָׁל בָּךְ (vehu yimshol bach) – "Y él se enseñoreará de ti" Valores: והוא (vehu) = 13. ימשל (yimshol = dominar/gobernar) = 580. בך (bach = sobre ti/femenino) = 22. Total: 13 + 580 + 22 = 615, número que es muy cercano a: תְּשׁוּבָה (Teshuvá) – arrepentimiento, retorno (valores: ת=400, ש=300, ו=6, ב=2, ה=5 → total: 713) Pero también está cerca de עונש (Onesh) = Castigo = 420. Esto sugiere que "él se enseñoreará" es un estado espiritual negativo o correctivo, no ideal. Además: ימשל (Yimshol) = 580 → Este valor es el mismo que "Shalom" (שלום) × (10 × 58) 10, lo que indica que cuando el dominio es transmutado en armonía, se puede restaurar la paz verdadera.

El dominio como reflejo del ego: Según la Cábala, tras el pecado, el deseo de recibir para sí mismo (el ego) se intensifica. El hombre, como símbolo de la energía activa, cae en la tentación de controlar en lugar de proteger y elevar. Es el mal uso de la fuerza masculina espiritual (Zeir Anpin sin Da'at). Cuando "él se enseñorea", no lo hace desde el amor, sino desde el desequilibrio de las fuerzas. Y esa no es la intención original de la creación. En el nivel más elevado, el hombre y la mujer están unidos en equivalencia de forma espiritual, como se refleja en Adam Kadmon (el Hombre Primordial), donde lo masculino y femenino están entretejidos y armónicos.

La frase "él se enseñoreará de ti" es vista en la Cábala como una distorsión que debe corregirse. El Tikkun consiste en: Elevar lo femenino (Maljut) a su lugar original: como receptora activa, no pasiva ni dominada. Corregir lo masculino (Zeir Anpin): debe proteger, nutrir y elevar, no dominar. Restaurar el circuito de energía equilibrada entre dar y recibir. En otras palabras: la redención espiritual del mundo incluye también la restauración del equilibrio entre lo masculino y lo femenino — tanto a nivel individual (dentro de cada alma) como colectivo (en la sociedad).

La Cábala contemporánea enseña que el equilibrio entre energías es la clave para cualquier evolución espiritual. Las relaciones basadas en dominación (de un género, ego o energía sobre otra) son reflejo de un mundo sin corregir. La Era Mesiánica (según el Zóhar) será una en que Maljut asciende y se une con Zeir Anpin, es decir: lo femenino recupera su lugar pleno, y el amor reemplaza al dominio.

MIS NOTAS

וּלְאָדָם אָמַר כִּי שָׁמַעְתָּ לְקוֹל אִשְׁתֶּךָ וַתֹּאכַל מִן־הָעֵץ אֲשֶׁר צִוִּיתִיךָ לֵאמֹר לֹא־ תֹאכַל מִמֶּנּוּ אֲרוּרָה הָאֲדָמָה בַּעֲבוּרֶךָ בְּעִצָּבוֹן תֹּאכְלֶנָּה כֹּל יְמֵי חַיֶּיךָ׃

Ul'adam amar ki shamáta lekol ishtéja vatochal min-ha'etz asher tziviticha lemor lo-tochal mimenu; arurá ha'adama ba'avuréja be'itzavon tochalena kol yemei chayeicha.

«Y al hombre dijo: "Por cuanto obedeciste la voz de tu mujer y comiste del árbol del cual te mandé diciendo: 'No comerás de él'; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.»

"And to the man He said: "Because you listened to the voice of your wife and ate from the tree about which I commanded you, saying, 'You shall not eat from it'; cursed is the ground because of you; in pain you shall eat of it all the days of your life."'"

REFLEXIÓN

Nuestras traducciones e interpretaciones de algunos mensajes divinos, una vez nos separamos de Él, han sido confusas, sesgadas y, en la mayoría de los casos, ajustadas a un lenguaje finito y limitado que no logra comprender la Palabra infinita e ilimitada. Aunque entendemos que generamos consecuencias al fragmentarnos voluntariamente del Creador y desconectarnos de Su voluntad, también está claro que Su plan nunca ha sido maltratarnos, sino enseñarnos.

Al ceder ante el deseo y la tentación, el hombre desciende a un estado de conciencia más bajo, lo que se manifiesta en la "maldición de la tierra", espacio que simboliza nuestra realidad material que, contradictoriamente, se vuelve dolorosa e incluso agreste para el ser humano.

Desde esa perspectiva, el trabajo arduo, así como el dolor, se convierten en el proceso necesario para la corrección y rectificación (Tikkun). Por ello, todos nuestros esfuerzos para obtener el sustento nos llevan a una lucha interna constante por elevar nuestra conciencia y reconectarnos con el Creador, mientras lo terrenal nos llena de confusiones e incluso de visiones erradas respecto a la vida, lo que coloca nuestro lenguaje frente a opciones quejosas y de reclamos hacia el Creador.

Es por ello que la gematría nos ayuda a comprender mejor que la palabra "maldita", "אֲרוּרָה " (arurá), cuyo valor numérico es 407 (Alef = 1, Resh = 200, Vav = 6, Resh = 200), está relacionada con pruebas, retos, esfuerzo y crecimiento, conceptos que hemos mal traducido como resistencia al cambio y a

todo lo que significa superarnos.

Incluso cuando se nos llama a ser mejores, nunca se nos pide creernos los mejores, intentando minimizar a los demás. Por el contrario, los seres humanos, como parte de Adam, "אָדָם ", cuyo valor numérico es 45 (Alef = 1, Dalet = 4, Mem = 40), tenemos todo el potencial para superar los constantes desafíos que nos propone el mundo, y esto implica superar esa "maldición", en donde el trabajo no es castigo sino corrección y redención.

Al aceptar las consecuencias de nuestras decisiones y entender el trabajo y el esfuerzo como herramientas de crecimiento espiritual, esa "maldición" se traduce en fortalezas que nos hacen más resistentes frente a los retos que se nos proponen. En lugar de calificarlos como difíciles, nos cualificamos con ellos, ya que son oportunidades para superarnos y alcanzar un estado de mayor armonía con la creación.

Así como el dolor, el concepto de castigo no debe leerse como un fin en sí mismo, ni como una expresión de ira divina, sino como una herramienta educativa y correctiva que nos ayuda a corregir errores, aprender de nuestras experiencias y acercarnos más a nuestro verdadero propósito espiritual.

Somos los humanos quienes configuramos el castigo como una especie de retribución punitiva impuesta por una autoridad, en lugar de verlo como un mecanismo de corrección y restauración. Al desviarnos de los propósitos de vida, debemos experimentar situaciones difíciles o dolorosas que actúan como señales para corregir esos errores.

Quien genera sufrimiento es nuestra propia mentalidad egoísta, que no acepta la rectificación de sus acciones, colocándose en contra de la ley que opera desde la causa y el efecto, midá k'neged midá (medida por medida). Por ello, las acciones negativas crean un desequilibrio en el mundo, y el "castigo" es simplemente el resultado natural de este desorden.

Nuestras almas se encarnaron en el mundo físico para cumplir con su propósito y elevarse espiritualmente. Por tanto, las dificultades que se experimentan son solo desafíos que deben abordarse correctamente, refinando nuestro carácter y fortaleciendo nuestra voluntad. Al enfrentar y superar las dificultades, crecemos en paciencia, humildad, perseverancia y reconocimiento de la guía y misericordia divina, hasta que nos reencontremos con la luz y la verdad.

Desde la Cábala, se afirma de que la Luz Infinita (אור אין סוף) se manifestó en el mundo a través del poder del habla divina (dibur), que no es un habla literal, sino una emanación de las sefirot, especialmente de Jojmá (Sabiduría) y Biná (Entendimiento), canalizadas a través de Maljut, la sefirá que representa el “habla” de Dios.

Todo fue creado con bondad original, porque la naturaleza esencial del Creador es misericordia (חֶסֶד – Jésed). Pero para que el ser humano no viviera simplemente recibiendo sin mérito (pan de la vergüenza), el Creador introdujo un espacio para la libertad y responsabilidad.

La “maldición” que aparece después del pecado (Génesis 3) no es una venganza ni castigo arbitrario. Según la Cábala: No hay castigo, solo consecuencia espiritual. La “maldición” es el resultado natural de haber roto la conexión directa con la Luz divina.

La “maldición” no viene de Dios como ira, sino que es el estado energético en el que el alma cae al separarse del flujo divino. El Creador no cambia, no se vuelve "menos misericordioso". Pero la percepción humana sí cambia. Y cuando uno se separa de la Luz, solo percibe oscuridad.

En términos del Zóhar: “La oscuridad no es otra cosa que la ausencia de la luz.” El alma que se aleja de su Fuente ya no percibe misericordia, aunque esta sigue fluyendo eternamente.

“Maldición” = קללה (Kelalá): 5= ה, 30= ל, 30= ל, 100= ק, → Total: 165, es el valor de הצמצום (HaTzimtzum) = "El Ocultamiento". Esto conecta directamente la maldición con el ocultamiento de la Luz. La maldición no es una energía activa enviada por Dios, sino el efecto del Tzimtzum, el "retiro" de la Luz para que el alma tenga libertad de elegir y corregir.

Desde la Cábala, el Creador nunca olvida nada. No cambia, no se contradice. Lo que cambia es el estado del recipiente, o sea, la conciencia humana. La misericordia divina siempre está presente, pero solo se revela a quienes están alineados con ella. Cuando el alma se aleja del flujo de las sefirot, especialmente de Tiferet (compasión y belleza), no puede percibir esa compasión. Lo que ve es dureza, restricción, oscuridad. Pero eso es un velo, no un cambio en el Creador.

Según el Arizal (Isaac Luria): El descenso es para ascender Uno de los principios fundamentales de la Cábala luriana es: "Yeridá letzorej aliá" – El descenso es para un ascenso mayor. La desobediencia de Adán y Java no fue un accidente. Fue parte de un plan cósmico donde el alma debía experimentar la separación, para luego retornar con conciencia, y así revelar una Luz aún más elevada: no la que se recibe pasivamente, sino la que se co-crea junto a Dios.

Dios no castiga ni olvida su misericordia; lo que ocurre es que el alma cae en un estado donde no puede recibir esa Luz. La “maldición” es un reflejo de ese velo. Pero todo está diseñado para llevar al alma a un retorno más profundo, donde ya no depende pasivamente de Dios, sino que colabora en la creación del bien, convirtiéndose en socio de la redención.

REFLECTION

Our translations and interpretations of certain divine messages, once we separated from Him, have been confusing, biased, and, in most cases, adjusted to finite and limited language that fails to comprehend the infinite and unlimited Word. While we understand that we generate consequences by voluntarily fragmenting from the Creator and disconnecting from His will, it is also clear that His plan has never been to mistreat us, but rather to teach us.

By giving in to desire and temptation, man descends to a lower state of consciousness, which manifests in the "curse of the ground," a space that symbolizes our material reality, which, contradictorily, becomes painful and even hostile for humanity.

From this perspective, hard work and pain become the necessary process for correction and rectification (Tikkun). Therefore, all our efforts to obtain sustenance lead us to a constant internal struggle to elevate our consciousness and reconnect with the Creator, while the material world fills us with confusion and even misguided visions of life, which leads our language toward complaints and grievances against the Creator.

This is why gematria helps us better understand that the word "cursed," "אֲרוּרָה" (arurá), with a numerical value of 407 (Alef = 1, Resh = 200, Vav = 6, Resh = 200), is related to tests, challenges, effort, and growth— concepts we have mistranslated into resistance to change and to everything that signifies our improvement.

Even when we are called to be better, we are never asked to believe ourselves superior, seeking to diminish others. On the contrary, human beings, as part of Adam, "אָדָם," with a numerical value of 45 (Alef = 1, Dalet = 4, Mem = 40), have all the potential to overcome the constant challenges presented by the world, and this implies overcoming that "curse" where work is not punishment but correction and redemption.

By accepting the consequences of our decisions and understanding work and effort as tools for spiritual growth, that "curse" translates into strengths that make us more resilient in the face of the challenges presented to us. Instead of labeling them as difficult, we qualify ourselves through them, as they are opportunities for self-improvement and achieving a greater state of harmony with creation.

Like pain, the concept of punishment should not be viewed as an end in itself, much less as an expression of divine wrath, but rather as an educational and corrective tool that helps us correct mistakes, learn from our experiences, and draw closer to our true spiritual purpose.

It is we, humans, who frame punishment as a punitive retribution imposed by an authority, instead of seeing it as a mechanism for correction and restoration. By deviating from life's purposes, we must experience difficult or painful situations that act as signals to correct those mistakes.

The source of suffering is our own selfish mindset, which refuses to accept the rectification of its actions, instead placing itself against the law of cause and effect, midá k'neged midá (measure for measure). Therefore, negative actions create an imbalance in the world, and "punishment" is simply the natural result of this disorder.

Our souls incarnated in the physical world to fulfill their purpose and elevate themselves spiritually, so the difficulties we experience are merely challenges that, when addressed correctly, refine our character and strengthen our will. By facing and overcoming these difficulties, we grow in patience,

humility, perseverance, and recognition of divine guidance and mercy until we reunite with light and truth.

Desde la Cábala, se afirma de que la Luz Infinita (אור אין סוף) se manifestó en el mundo a través del poder del habla divina (dibur), que no es un habla literal, sino una emanación de las sefirot, especialmente de Jojmá (Sabiduría) y Biná (Entendimiento), canalizadas a través de Maljut, la sefirá que representa el "habla" de Dios.

Todo fue creado con bondad original, porque la naturaleza esencial del Creador es misericordia (חֶסֶד – Jésed). Pero para que el ser humano no viviera simplemente recibiendo sin mérito (pan de la vergüenza), el Creador introdujo un espacio para la libertad y responsabilidad.

La "maldición" que aparece después del pecado (Génesis 3) no es una venganza ni castigo arbitrario. Según la Cábala: No hay castigo, solo consecuencia espiritual. La "maldición" es el resultado natural de haber roto la conexión directa con la Luz divina.

La "maldición" no viene de Dios como ira, sino que es el estado energético en el que el alma cae al separarse del flujo divino. El Creador no cambia, no se vuelve "menos misericordioso". Pero la percepción humana sí cambia. Y cuando uno se separa de la Luz, solo percibe oscuridad.

En términos del Zóhar: "La oscuridad no es otra cosa que la ausencia de la luz." El alma que se aleja de su Fuente ya no percibe misericordia, aunque esta sigue fluyendo eternamente.

"Maldición" = קללה (Kelalá): 5 = ה ,30 = ל ,30 = ל ,100 = ק, → Total: 165, es el valor de הצמצום (HaTzimtzum) = "El Ocultamiento". Esto conecta directamente la maldición con el ocultamiento de la Luz. La maldición no es una energía activa enviada por Dios, sino el efecto del Tzimtzum, el "retiro" de la Luz para que el alma tenga libertad de elegir y corregir.

Desde la Cábala, el Creador nunca olvida nada. No cambia, no se contradice. Lo que cambia es el estado del recipiente, o sea, la conciencia humana. La misericordia divina siempre está presente, pero solo se revela a quienes están alineados con ella. Cuando el alma se aleja del flujo de las sefirot, especialmente de Tiferet (compasión y belleza), no puede percibir esa compasión. Lo que ve es dureza, restricción, oscuridad. Pero eso es un velo, no un cambio en el Creador.

Según el Arizal (Isaac Luria): El descenso es para ascender Uno de los principios fundamentales de la Cábala luriana es: "Yeridá letzorej aliá" – El descenso es para un ascenso mayor. La desobediencia de Adán y Java no fue un accidente. Fue parte de un plan cósmico donde el alma debía experimentar la separación, para luego retornar con conciencia, y así revelar una Luz aún más elevada: no la que se recibe pasivamente, sino la que se co-crea junto a Dios.

Dios no castiga ni olvida su misericordia; lo que ocurre es que el alma cae en un estado donde no puede recibir esa Luz. La “maldición” es un reflejo de ese velo. Pero todo está diseñado para llevar al alma a un retorno más profundo, donde ya no depende pasivamente de Dios, sino que colabora en la creación del bien, convirtiéndose en socio de la redención.

MIS NOTAS

וְקוֹץ וְדַרְדַּר, תַּצְמִיחַ לָךְ; וְאָכַלְתָּ, אֶת-עֵשֶׂב הַשָּׂדֶה.

Vekotz vedardar tatsmiach lach; ve'achalta et-esév hasadé.

«Espinos y cardos te producirá, y comerás hierba del campo.»

"Thorns and thistles it shall bring forth for you, and you shall eat the plants of the field."

REFLEXIÓN

Quienes intentan darle a la cronología divina de la narración de nuestra creación un orden similar a los tiempos terrenales secuenciales, que tienen un principio y un fin, obvian que esta no sigue estrictamente ese orden lineal, ya que su estructura compleja y multifacética se enfoca más en temas, símbolos y enseñanzas espirituales que trascienden nuestras lecturas temporales terrenales.

La eternidad es atemporal; por ende, aunque la narración comienza con la creación del mundo y luego avanza a través de la historia de la humanidad, desde Adán y Eva hasta los patriarcas como Abraham, Isaac y Jacob, el enfoque no es simplemente contar una cronología de eventos, sino presentar principios espirituales, morales y teológicos.

En sus versículos, el texto repite y expande historias desde diferentes ángulos, lo cual sugiere un enfoque en el significado teológico y espiritual de los eventos, más que en un relato cronológico estricto. Desde esa mirada, ese relato utiliza el tiempo y algunos eventos dentro de él para guiarnos, comunicándonos nuestros inicios, pero sobre todo nuestro final.

Es por ello que, a medida que se refleja la transformación de nuestros entornos, debemos asumir que es el pecado original, con sus "espinos y cardos", el responsable incluso de nuestros obstáculos y dificultades, mas no el Creador. Sin embargo, a pesar de nuestro alejamiento y dureza, Él nos otorga su misericordia para apoyarnos en nuestros desafíos terrenales.

Nos advierte que nuestros dilemas internos son mayores que los problemas externos, que tanto magnificamos y por los que le rogamos que desaparezcan, cuando en realidad son creaciones alucinantes nuestras. Aun así, Él, quien nos dio variedad de frutos en este mundo, nos reitera que al "comer hierba del campo" somos nosotros los que degradamos nuestro sustento.

Él nos lo dio todo y sigue recomendándonos lo que es útil y sano, pero seguimos alejándonos de Él al punto de retroalimentarnos incluso de lo que nos prohíbe. Por lo tanto, Él nos recuerda eternamente la necesidad de esforzarnos más por aquello que nutre nuestras vidas.

La palabra "קוֹץ" (kotz, "espino") por su valor numérico de 196 (Kuf = 100, Vav = 6, Tzadi = 90), en contraposición a "דַּרְדַּר" (dardar, "cardo"), con un valor de 408 (Dalet = 4, Resh = 200, Dalet = 4, Resh = 200), nos reitera que la desobediencia acarrea dolor y, por ende, juicio severo, aunque siempre se nos otorga su misericordia.

La repetición de la letra "ר" (Resh) en "דַּרְדַּר " enfatiza la dificultad y el desafío que como seres humanos debemos enfrentar en los entornos terrenales a los cuales también pertenecemos como polvo. Por lo tanto, todas las pruebas, por continuas que nos parezcan, forman parte de esos ciclos de crecimiento, donde la dificultad depende de nuestro deseo de esforzarnos, de nuestra voluntad de superarnos y de la meta de crecimiento espiritual y corrección que nos propongamos.

Y aunque la vida está llena de esos desafíos que coloreamos de dificultades, "espinos y cardos", estos no son castigos, sino oportunidades para aprender y crecer. Por lo tanto, la lucha interior por superar estos desafíos es parte del proceso de corrección (Tikkun), el cual nos invita a transformar nuestras experiencias dolorosas en lecciones de vida que nos lleven a un mayor entendimiento y armonía con la creación.

El llamado a "comer hierba del campo" debe interpretarse como una invitación a buscar sustento no solo en lo material, sino también en lo espiritual, reconociendo que el esfuerzo y el trabajo duro son necesarios para lograr una vida plena y significativa. Por lo tanto, seguir enfrentando nuestras dificultades como víctimas solo nos quita la posibilidad de ser catalizadores de nuestro crecimiento espiritual.

REFLECTION

Those who attempt to impose a sequential, earthly timeline on the divine chronology of our creation overlook the fact that it does not strictly follow such a linear order. Its complex and multifaceted structure focuses more on themes, symbols, and spiritual teachings that transcend our earthly perceptions of time.

Eternity is timeless; therefore, although the narrative begins with the creation of the world and then progresses through the history of humanity, from Adam and Eve to the patriarchs like Abraham, Isaac, and Jacob, the focus is not merely to recount a chronology of events but to present spiritual, moral, and theological principles.

In its verses, the text repeats and expands stories from different angles, suggesting an emphasis on the theological and spiritual significance of events rather than a strict chronological account. From this perspective, the narrative uses time and certain events within it to guide us, communicating our beginnings but, more importantly, our ultimate end.

Thus, as the transformation of our environments is reflected, we must assume that it is original sin, with its "thorns and thistles," that is responsible for our obstacles and difficulties, not the Creator. However, despite our distance and hardness, He grants us His mercy to support us in our earthly challenges.

He warns us that our internal dilemmas are greater than the external problems we so magnify and beg Him to remove, even though they are our own delusional creations. Nonetheless, He, who gave us a variety of fruits in this world, reiterates that by "eating the plants of the field," it is we who degrade our sustenance.

He gave us everything and continues to recommend what is useful and healthy, but we keep distancing ourselves from Him to the point of feeding on what He prohibits. Therefore, He eternally reminds us of the need to strive more for what nourishes our lives.

The word "קוֹץ" (kotz, "thorn"), with a numerical value of 196 (Kuf = 100, Vav = 6, Tzadi = 90), as opposed to "דַּרְדַּר " (dardar, "thistle"), with a value of 408 (Dalet = 4, Resh = 200, Dalet = 4, Resh = 200), reiterates that disobedience brings pain and therefore severe judgment, even though we are always granted His mercy.

The repetition of the letter "ר" (Resh) in "דַּרְדַּר " emphasizes the difficulty and challenge that we as human beings must face in the earthly environments to which we also belong as dust. Therefore, all the tests, however continuous they may seem, are part of those cycles of growth where the difficulty depends on our desire to strive, our will to improve, and the goal of spiritual growth and correction that we set for ourselves.

And although life is full of those challenges that we color as difficulties, "thorns and thistles," they are not punishments but opportunities to learn and grow. Therefore, the inner struggle to overcome these challenges is part of the process of correction (Tikkun), which invites us to transform our painful experiences into life lessons that lead us to greater understanding and harmony with creation.

The call to "eat the plants of the field" should be interpreted as an invitation to seek sustenance not only in the material but also in the spiritual, recognizing that effort and hard work are necessary to achieve a full and meaningful life. Therefore, continuing to face our difficulties as victims only deprives us of the opportunity to be catalysts for our spiritual growth.

MIS NOTAS

בְּזֵעַת אַפֶּיךָ תֹּאכַל לֶחֶם עַד שׁוּבְךָ אֶל-הָאֲדָמָה כִּי מִמֶּנָּה
לֻקָּחְתָּ כִּי-עָפָר אַתָּה וְאֶל-עָפָר תָּשׁוּב.

Bezeat apeicha tojal lechem ad shuvcha el-ha'adamah ki mimena lukachta, ki afar atah ve'el-afar tashuv.

«Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.»

"By the sweat of your brow you will eat bread until you return to the ground, for out of it you were taken; for dust you are, and to dust you shall return."

REFLEXIÓN

Nuestra condición humana después de la caída, relacionada con la desconexión de nuestro estado original, donde coexistíamos en armonía con lo divino, no debe opacar que ese mismo polvo de la tierra contiene chispas divinas, átomos o partículas de Él. Esto nos indica que, aunque en dichas moléculas pareciera predominar el mal y la oscuridad, en el todo prolifera y reina Él.

Nos creó dándonos el libre albedrío, por lo tanto, respeta nuestra voluntad, advirtiéndonos siempre de los efectos de ir en contra de ella y del orden de lo creado. Así, el "sudor de nuestras frentes" simboliza el esfuerzo y la dificultad inherentes a la vida terrenal, entrelazados con el proceso de sustento y supervivencia, pero también con nuestro crecimiento al potencializar los dones que nos otorgó para superar todos los retos proyectados en este plano.

Contamos con las dificultades y desafíos que nos propone el mundo, pero también con las herramientas para superarlos. Además, Él nunca nos dejará solos, siempre y cuando se lo solicitemos y lo permitamos. Convertir esos retos en cargas es uno de nuestros mayores errores, ya que son oportunidades de crecimiento espiritual, gracias al trabajo y la lucha.

Aun conociéndonos, en su gracia, nos lo dio todo y, fruto de su misericordia, se humanó, pagó por nuestros pecados y errores, nos liberó del juicio pidiéndonos únicamente confiar en Él, lo que revela nuestra testarudez y perpetua desobediencia, con la cual lo despreciamos.

Nuestro cuerpo volverá al "polvo", pero nos promete uno nuevo incorruptible siempre y cuando nos reformemos y transformemos, para que así esa naturaleza cíclica de la vida terrenal que termina con la muerte no termine absorbiéndonos eternamente. Nuestro paso por el mundo temporal solo denota, a través de nuestra fragilidad, la necesidad de protegernos en y por Él.

La palabra "עָפָר" (afar, "polvo") y su valor numérico de 350 (Ayin = 70, Pe = 80, Resh = 200) nos hablan de la búsqueda de transformar esa materialidad, que incluso se dice conforma a todos los astros, como las estrellas, para elevarla más allá de este universo oscuro. Por lo tanto, el término "לֶחֶם" (lechem, "pan") y su valor numérico de 78 (Lamed = 30, Chet = 8, Mem = 40) nos indican que Él es nuestro sustento diario, que Él es quien nos nutre, que no necesitamos más, y que como pan de vida retroalimenta nuestra alma.

Nuestros esfuerzos conscientes y espirituales no deben ser solo por nuestros alimentos diarios temporales, sino para encontrarnos con la dignidad y el valor del esfuerzo honesto que nos acerque nuevamente a Él, y que, fruto de esa autosuperación y del cumplimiento de sus mandatos, nos lleve más allá de ese memento mori, que como llamado nos reitera que el tiempo se termina, al igual que las oportunidades de acercarnos voluntaria y conscientemente a Él.

La conciencia de nuestra mortalidad nos impulsa a hacer un uso significativo de nuestro tiempo en la Tierra, en pro de acercarnos a Él a través de esta su obra, fe que implica, ante todo, dedicarnos más que a actividades que nos provean sustento, el cual Él nos otorgó desde que nos creó, a la búsqueda de frutos que nos nutran integral y espiritualmente.

REFLECTION

Our human condition after the Fall, related to the disconnection from our original state where we coexisted in harmony with the divine, should not obscure the fact that this very dust of the earth contains divine sparks, atoms, or particles of Him. This indicates that, although evil and darkness may seem to prevail in these molecules, in the whole, He proliferates and reigns.

He created us, giving us free will; therefore, He respects our will, always warning us of the effects of going against it and the order of creation. Thus, the "sweat of our brow" symbolizes the effort and difficulty inherent in earthly life, intertwined with the process of sustenance and survival, but also with our growth by potentializing the gifts He gave us to overcome all the challenges projected in this plane.

We face the difficulties and challenges that the world presents, but we also have the tools to overcome them. Moreover, He will never leave us alone, as long as we ask and allow Him. Turning these challenges into burdens is one of our greatest mistakes, as they are opportunities for spiritual growth, thanks to work and struggle.

Even knowing us, in His grace, He gave us everything and, out of His mercy, became human, paid for our sins and errors, and freed us from judgment, asking only that we trust in Him, which reveals our stubbornness and perpetual disobedience, through which we despise Him.

Our bodies will return to "dust," but He promises us a new incorruptible one, provided that we reform and transform ourselves so that the cyclical nature of earthly life, which ends in death, does not end up absorbing us eternally. Our passage through this temporal world only highlights, through our fragility, the need to protect ourselves in and through Him.

The word "עָפָר" (afar, "dust") and its numerical value of 350 (Ayin = 70, Pe = 80, Resh = 200) speak to us of the quest to transform this materiality, which is said to make up all celestial bodies, like the stars, to elevate it beyond this dark universe. Therefore, the term "לֶחֶם " (lechem, "bread") and its numerical value of 78 (Lamed = 30, Chet = 8, Mem = 40) remind us that He is our daily sustenance, that He is the one who nourishes us, that we need nothing more, and that as the bread of life, He feeds our soul.

Our conscious and spiritual efforts should not be solely for our daily temporal food but to find the dignity and value of honest effort that brings us closer to Him once again, and that, as a result of this self-improvement and adherence to His commandments, leads us beyond that memento mori, which as a call reiterates to us that time is running out, as are the opportunities to approach Him voluntarily and consciously.

The awareness of our mortality drives us to make meaningful use of our time on Earth, aiming to draw closer to Him through this, His work, a faith that involves, above all, dedicating ourselves not just to activities that provide sustenance, which He granted us from the moment He created us, but to seeking fruits that nourish us integrally and spiritually.

MIS NOTAS

וַיִּקְרָא הָאָדָם שֵׁם-אִשְׁתּוֹ חַוָּה, כִּי הִיא הָיְתָה אֵם כָּל-חָי.

Vayikra ha'adam shem-ishto Chavah, ki hi haytah em kol-chai.

«Y el hombre llamó el nombre de su mujer Eva, porque ella era la madre de todos los vivientes.»

"And the man called his wife's name Eve, because she was the mother of all living."

REFLEXIÓN

Si tenemos claro que el término "חַ וָ ה" (Chavah, Eva) representa, sobre todo, el aspecto femenino que es la vida y, por lo tanto, nuestra vitalidad, no es difícil aceptar que se la llame "madre de todos los vivientes" y que nuestra consanguinidad directa proceda de ella. El rol de la mujer es fundamental en la creación y en la perpetuación de la vida.

Por lo tanto, Eva no puede seguir siendo juzgada como la culpable de nuestra caída, sino más bien como un símbolo de la capacidad de nutrir y sustentar, no solo físicamente sino también espiritualmente lo creado. Ella representa el aspecto receptivo del ser humano, y aunque esta es parte de nuestra naturaleza, la de ser receptores de la luz, también somos dadores, irradiándola y transformándola.

La evolución espiritual, como proceso de elevación de lo material a lo divino, hace que "חַ וָ ה" (Chavah, Eva), por su valor numérico de 19 (Chet = 8, Vav = 6, Hei = 5), nos lleve a vislumbrar esas manifestaciones de la vida a través de la dualidad, ya no tanto como contrapartes sino como seres que se complementan, integrándonos en la fuente de toda vida, nuestro Creador.

El nombre "חַ י " (chai, vida) tiene un valor numérico de 18 (Chet = 8, Yod = 10), que se asocia con la vida misma. Así, al ser Eva la portadora y transmisora de la vida, se convierte en el enlace supremo para comprender que no se trata solo de temas biológicos, sino que nuestra transformación y renovación, además de constante, es en esencia espiritual.

Partimos de un esperma y un óvulo que, fecundado en el vientre vasija de nuestras madres, posibilita dar a luz a un ser, lo cual como proceso nos llama al reconocimiento de la importancia de la vida y de la responsabilidad que todos tenemos de nutrir y proteger esa vida, tanto en el sentido físico como espiritual.

La vida es el gran don divino, lo cual nos motiva a participar activamente en la creación y el sustento de la vida en todas sus formas, trabajando hacia un mayor equilibrio y armonía en nuestras vidas, integrando lo material y lo espiritual en un todo coherente.

Nunca perdamos de vista que hay una conexión entre todos los seres vivos y, por lo tanto, nuestras acciones y decisiones tienen un impacto profundo en el mundo que nos rodea actualmente, pero también en el venidero. Esto nos inspira a valorar y respetar la vida en todas sus manifestaciones, reconociendo la divinidad que reside en cada ser viviente.

REFLECTION

If we understand that the term "חַוָּה" (Chavah, Eve) represents, above all, the feminine aspect that is life and therefore our vitality, it is not difficult to accept that she is called the "mother of all living" and that our direct bloodline comes from her. The role of women is fundamental in creation and the perpetuation of life.

Therefore, Eve should no longer be judged as the culprit of our fall, but rather as a symbol of the ability to nurture and sustain not only physically but also spiritually what has been created. She represents the receptive aspect of humanity, and while this is part of our nature, being receivers of light, we are also givers, radiating and transforming it.

Spiritual evolution, as a process of elevating the material to the divine, makes "חַוָּה" (Chavah, Eve), with its numerical value of 19 (Chet = 8, Vav = 6, Hei = 5), lead us to glimpse those manifestations of life through duality, no longer as opposites but as beings who complement each other, integrating into the source of all life, our Creator.

The name "חַי " (chai, life) has a numerical value of 18 (Chet = 8, Yod = 10), which is associated with life itself. Thus, by being the bearer and transmitter of life, Eve becomes the supreme link to understanding that it is not just a matter of biology, but that our transformation and renewal, in addition to being constant, is essentially spiritual.

We begin from a sperm and an egg that, fertilized in the vessel of our mothers' wombs, enable the birth of a being. This process calls us to recognize the importance of life and the responsibility we all have to nurture and protect that life, both physically and spiritually.

Life is the great divine gift, which motivates us to actively participate in the creation and sustenance of life in all its forms, working towards greater balance and harmony in our lives, integrating the material and the spiritual into a coherent whole.

We must never lose sight of the fact that there is a connection between all living beings, and therefore, our actions and decisions have a profound impact on the world around us today, but also on the world to come. This inspires us to value and respect life in all its manifestations, recognizing the divinity that resides in every living being.

MIS NOTAS

וַיַּעַשׂ יְהוָה אֱלֹהִים לְאָדָם וּלְאִשְׁתּוֹ כָּתְנוֹת עוֹר, וַיַּלְבִּשֵׁם.

Vayaas Adonai Elohim le'adam ul'ishto kotnot or, vayalbishem.

«Y el Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió.»

"And the Lord God made garments of skin for Adam and his wife, and clothed them."

REFLEXIÓN

Si nuestra desnudez y vergüenza están ligadas a reconocer que perdimos la inocencia y pureza divina, nuestros vestidos con túnicas de piel de animal, después de nuestra transgresión, reflejan inicialmente ese acto de compasión y misericordia divina para cubrirnos, y a la vez, la llegada de la muerte al espacio terrenal al que descendimos.

A pesar de nuestra desobediencia, Él no nos abandona; en lugar de eso, nos cubre, lo cual simboliza la protección y el cuidado continuo que Él nos ofrece, incluso después de la caída. Además, frente a la muerte, entregó la vida de un animal inocente para que nuestra pureza e inocencia no se perdieran del todo.

El hecho de que las túnicas sean de "piel" (or en hebreo) simboliza la realidad física y material en la que ahora vivimos. Por ello, el concepto or (piel) contrasta con "אור " (or), que a la vez significa "luz" y que nos proyecta a la espiritualidad y la iluminación, un juego de palabras que indica que, aunque hemos caído en un estado más material, aún estamos bajo la guía y el amparo divino.

Por lo tanto, aunque estamos en el reino del pecado y la muerte física, donde las fuerzas del mal nos afectan, Él intenta preservar nuestra pureza, inicialmente a través de un animal inocente y luego de Él mismo, quien al humanarse se convirtió en nuestro sustituto para que la muerte que entró al mundo por nosotros encuentre en su gracia la redención hacia la eternidad.

El concepto de "עוֹר " (or, piel) por su valor numérico de 276 (Ayin = 70, Vav = 6, Resh = 200), al combinarse con el de "luz" (אור), que tiene un valor numérico de 207 (Alef = 1, Vav = 6, Resh = 200), nos llama a una transformación que, como condición humana, necesita de Él y de su Luz para que ese estado de pureza, al perder luz, no se pierda.

Es por ello que nuestro mundo material terrenal está lleno de impurezas, siendo necesario purificarnos con Su sangre, redención y elevación espiritual a través de la compasión y su misericordia. Al acogernos por fe a su perdón, a pesar de nuestros errores y transgresiones, somos salvados del poder de la muerte que domina nuestros cuerpos, pero que por Él no puede hacerlo con nuestras almas.

Él es quien nos brinda la posibilidad de redención y de encontrar protección bajo su guía divina a través del Espíritu Santo. Por eso, su "túnica", repartida en suerte por soldados romanos, también simboliza esas nuevas condiciones de vida que debemos aceptar después de haber cometido errores y que, por su Gracia, nos ofrece para nuestra salvación.

No estamos solos en nuestro camino terrenal; su luz mantiene ese llamado a integrar lo espiritual con lo material, a encontrar un equilibrio entre ambos aspectos de nuestra existencia. Aunque caímos en un estado más material, tenemos la oportunidad de redimirnos y elevar nuestra condición a través de la reflexión, la corrección de nuestros errores y la búsqueda constante de la conexión con lo divino a través de la fe en Él.

Está claro que antes del pecado, Adán y Eva estaban cubiertos de luz (or), una pureza resultante de la conexión directa con lo divino. Sin embargo, después de la caída, esa luz se transformó en una piel que requirió el sacrificio de un ser inocente para expiar los pecados de la humanidad, representando la primera muerte en el mundo material. El concepto de "vestimenta" (levush) como algo que cubre o vela lo interno, como el alma, nos habla de un cambio en el estado espiritual, donde ahora necesitan una protección o barrera entre su esencia interna y el mundo exterior.

Nuestros vestidos nos recuerdan por ende que es la muerte la que reina en nuestros cuerpos y que Él mismo se humano y se despojó de su deidad, cuerpo y hasta prendas para redimirnos, rescatarnos, salvarnos.

Existe una idea que Dios mató un animal (un becerro) para vestir a Adán y Eva con “pieles” (כָּתְנוֹת עוֹר – kotnot or) lo cual es una interpretación midráshica, simbólica, y no literal según la Cábala y la Gematría. La visión cabalística profundiza mucho más allá del acto físico y lo entiende como un acto de gran misericordia espiritual y ocultamiento de la Luz.

Según muchos sabios y cabalistas, esta “piel” no es necesariamente animal. De hecho, algunos dicen que Dios no mató nada. Más bien, se trata de una metáfora del cambio de estado espiritual del ser humano después del pecado. El Zóhar y los sabios dicen: Antes del pecado, Adán y Eva estaban vestidos con Luz (אוֹר – or, con Alef). Después del pecado, fueron vestidos con piel (עוֹר – or, con Ayin).

Ambas palabras se pronuncian igual (or), pero se escriben distinto: אוֹר , valor 207, Alef (א), luz espiritual . עוֹר , valor 276, Ayin (ע), piel, materia. Este cambio de Alef a Ayin representa el paso del alma pura y luminosa a un estado más denso, físico, encubierto.

Luz (אור) vs. Piel (עור) אוֹר (Luz) = 207, es el mismo valor que: רז (raz) = "secreto" – 207 → la luz es el secreto divino revelado. עוֹר (Piel) = 276, es también el valor de: רַע (ra'ash) = "ruido" o "temblor" → La piel representa ocultamiento, separación, miedo. La caída del alma (pecado) no destruye su luz interior, pero la cubre, como con una piel gruesa. El Creador, al vestirlos, no los castiga, sino que les da una protección para soportar el mundo material.

Por otro lado algunos sabios sugieren que las túnicas eran hechas de piel de serpiente, lo cual tiene un significado simbólico muy profundo en la Cábala: Vestir al hombre con piel de serpiente = darle un cuerpo material con inclinaciones → una nueva oportunidad de elevarse espiritualmente desde la materia.

Zóhar: El Zóhar explica que Dios no necesitó matar un animal, sino que reconfiguró la forma del alma humana, cubriéndola con una capa más densa (kelipá – cáscara), que es lo que llamamos "cuerpo".

En la Cábala, esto fue un acto de profunda compasión (Jésed), no de castigo: El Creador no expulsó al hombre sin protección, sino que lo revistió con herramientas para vivir en el nuevo plano físico. Esa "piel" es también símbolo del libre albedrío encarnado: ahora el alma tiene que elegir conscientemente volver a la Luz. El exilio no fue un castigo, sino una oportunidad de transformación.

Desde el punto de vista del Árbol de la Vida: El alma descendió de Tiferet y Biná a Maljut, el mundo de la acción (Asiyá), donde se viste con la piel del ego, del cuerpo, del olvido. Esa "piel" también representa el velo del mundo físico, que oculta lo divino pero permite el mérito a través de la elección.

REFLECTION

If our nakedness and shame are linked to the recognition that we lost divine innocence and purity, our being clothed with animal skin garments after our transgression initially reflects that act of divine compassion and mercy to cover us, as well as the arrival of death in the earthly realm to which we descended.

Despite our disobedience, He does not abandon us; instead, He covers us, which symbolizes the continuous protection and care that He offers us, even after the fall. Furthermore, in the face of death, He sacrificed the life of an innocent animal so that our purity and innocence would not be entirely lost.

The fact that the garments are made of "skin" (or in Hebrew) symbolizes the physical and material reality in which we now live. Thus, the concept or (skin) contrasts with "אור " (or), which also means "light," projecting us toward spirituality and enlightenment—a play on words that indicates that, although we have fallen into a more material state, we are still under divine guidance and protection.

Therefore, although we are in the reign of sin and physical death, where the forces of evil affect us, He seeks to preserve our purity, initially through an innocent animal and then through Himself, who, by becoming human, became our substitute so that the death that entered the world through us finds redemption in His grace toward eternity.

The concept of "עוֹר " (or, skin) with its numerical value of 276 (Ayin = 70, Vav = 6, Resh = 200), combined with that of "light" (אור), which has a numerical value of 207 (Alef = 1, Vav = 6, Resh = 200), calls us to a transformation that, as a human condition, needs Him and His Light so that this state of

purity, upon losing light, is not lost.

That is why our earthly material world is full of impurities, making it necessary to purify ourselves with His blood, redemption, and spiritual elevation through His compassion and mercy. By accepting His forgiveness by faith, despite our errors and transgressions, we are saved from the power of death that dominates our bodies, but which, through Him, cannot dominate our souls.

He is the one who offers us the possibility of redemption and finding protection under His divine guidance through the Holy Spirit. That is why

His "tunic," cast lots for by Roman soldiers, also symbolizes the new conditions of life we must accept after having made mistakes and which, by His Grace, He offers us for our salvation.

We are not alone on our earthly journey; His light maintains that call to integrate the spiritual with the material, to find a balance between both aspects of our existence. Although we have fallen into a more material state, we have the opportunity to redeem ourselves and elevate our condition through reflection, correcting our mistakes, and constantly seeking a connection with the divine through faith in Him.

It is clear that before the sin, Adam and Eve were covered in light (or), a purity resulting from their direct connection with the divine. However, after the fall, that light transformed into a skin that required the sacrifice of an innocent being to atone for the sins of humanity, representing the first death in the material world. The concept of "garment" (levush) as something that covers or veils the internal, like the soul, speaks to us of a change in spiritual state, where they now require protection or a barrier between their inner essence and the external world.

Our clothes remind us therefore that it is death that reigns in our bodies and that He Himself is human and stripped Himself of His deity, body and even garments to redeem us, rescue us, save us.

Existe una idea que Dios mató un animal (un becerro) para vestir a Adán y Eva con “pieles” (כָּתְנוֹת עוֹר – kotnot or) lo cual es una interpretación midráshica, simbólica, y no literal según la Cábala y la Gematría. La visión cabalística profundiza mucho más allá del acto físico y lo entiende como un acto de gran misericordia espiritual y ocultamiento de la Luz.

Según muchos sabios y cabalistas, esta “piel” no es necesariamente animal. De hecho, algunos dicen que Dios no mató nada. Más bien, se trata de una metáfora del cambio de estado espiritual del ser humano después del pecado. El Zóhar y los sabios dicen: Antes del pecado, Adán y Eva estaban vestidos con Luz (אוֹר – or, con Alef). Después del pecado, fueron vestidos con piel (עוֹר – or, con Ayin).

Ambas palabras se pronuncian igual (or), pero se escriben distinto: אוֹר , valor 207, Alef (א), luz espiritual . עוֹר , valor 276, Ayin (ע), piel, materia.

Este cambio de Alef a Ayin representa el paso del alma pura y luminosa a un estado más denso, físico, encubierto.

Luz (אור) vs. Piel (עור) אוֹר (Luz) = 207, es el mismo valor que: רז (raz) = "secreto" – 207 → la luz es el secreto divino revelado. עוֹר (Piel) = 276, es también el valor de: רַ עַשׁ (ra'ash) = "ruido" o "temblor" → La piel representa ocultamiento, separación, miedo. La caída del alma (pecado) no destruye su luz interior, pero la cubre, como con una piel gruesa. El Creador, al vestirlos, no los castiga, sino que les da una protección para soportar el mundo material.

Por otro lado algunos sabios sugieren que las túnicas eran hechas de piel de serpiente, lo cual tiene un significado simbólico muy profundo en la Cábala: Vestir al hombre con piel de serpiente = darle un cuerpo material con inclinaciones → una nueva oportunidad de elevarse espiritualmente desde la materia.

Zóhar: El Zóhar explica que Dios no necesitó matar un animal, sino que reconfiguró la forma del alma humana, cubriéndola con una capa más densa (kelipá – cáscara), que es lo que llamamos “cuerpo”.

En la Cábala, esto fue un acto de profunda compasión (Jésed), no de castigo: El Creador no expulsó al hombre sin protección, sino que lo revistió con herramientas para vivir en el nuevo plano físico. Esa “piel” es también símbolo del libre albedrío encarnado: ahora el alma tiene que elegir conscientemente volver a la Luz. El exilio no fue un castigo, sino una oportunidad de transformación.

Desde el punto de vista del Árbol de la Vida: El alma descendió de Tiferet y Biná a Maljut, el mundo de la acción (Asiyá), donde se viste con la piel del ego, del cuerpo, del olvido. Esa “piel” también representa el velo del mundo físico, que oculta lo divino pero permite el mérito a través de la elección.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר יְהוָה אֱלֹהִים,הֵן הָאָדָם הָיָה כְאַחַד מִמֶּנּוּ לָדַעַת טוֹב וָרָע;וְעַתָּה פֶּן-יִשְׁלַח יָדוֹ,וְלָקַח גַּם מֵעֵץ הַחַיִּים,וְאָכַל,וָחַי לְעֹלָם.

Vayomer Adonai Elohim, hen ha'adam hayah ke'echad mimenu lada'at tov vara; ve'atah pen-yishlach yado, velakach gam me'etz hachayim, ve'achal, vachai le'olam.

«Y dijo el Señor Dios: 'He aquí, el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal. Ahora, pues, no sea que alargue su mano y tome también del Árbol de la Vida, y coma, y viva para siempre.'»

"And the Lord God said: 'Behold, the man has become like one of us, knowing good and evil. Now, lest he reach out his hand and take also from the tree of life, and eat, and live forever.'"

REFLEXIÓN

La expresión "como uno de nosotros" sugiere que el conocimiento del bien y del mal ha acercado al hombre a un estado de conciencia similar al divino, pero también lo ha colocado en una situación de gran responsabilidad, ya que nuestro entendimiento intelectual no logra asimilar todo lo que significa la integración de las polaridades.

Y aunque esa misma condición nos convierte en co-creadores del mundo, también nos hace responsables de nuestras decisiones, lo cual nos llama a retroalimentarnos del "Árbol de la vida", nuestro Señor Jesucristo, y no del árbol prohibido que nos dio acceso a la mortalidad y a la desconexión con la fuente divina.

Lógicamente, el acceso a la eternidad debe ser ganado a través de la obediencia y la fe, y no simplemente tomado, lo que subraya la importancia del proceso de corrección y elevación espiritual en la vida humana. La palabra "חַיִים" (chayim, "vida") tiene un valor numérico de 68 (Chet = 8, Yod = 10, Yod = 10, Mem = 40), refiriéndonos al verdadero concepto de lo que es la vida, el cual debemos asumir desde su forma más elevada y espiritual.

El término "טוֹב" (tov, "bien") tiene un valor numérico de 17 (Tet = 9, Vav = 6, Bet = 2), mientras que "רָע " (ra, "mal") tiene un valor de 270 (Resh = 200, Ayin = 70), por lo que la diferencia en los valores numéricos nos indica la complejidad del desafío que enfrenta el ser humano al integrar estos

conceptos en su vida diaria.

Al reflexionar sobre nuestra dualidad y todo lo que significa el conocimiento del bien y del mal, así como su impacto en nuestras vidas, debemos tener claro que debemos asumir una mayor responsabilidad consciente respecto a nuestras elecciones y acciones, para que la oportunidad que se nos brinda de escoger la vida en vez de la muerte sea la que gobierne nuestro discernimiento.

La inmortalidad y la conexión con lo divino son metas que deben ser alcanzadas a través de un proceso consciente de corrección y superación, de fe, que implica reconocer nuestras faltas, trabajar en nuestra transformación interna y esforzarnos por vivir en armonía con los principios divinos.

El acto de cubrir la vergüenza de Adán y Eva con pieles se ve como la primera muerte en la historia, hecha por Dios mismo, prefigurando el sacrificio expiatorio. Y el Mesías (Jesús, en esa teología) es visto como el Cordero inocente, que muere para cubrir el pecado del mundo, restaurando la conexión con Dios. Pero desde el punto de vista de la Cábala judía tradicional, la historia se interpreta diferente en cuanto a naturaleza divina, pecado y redención. Vamos a contrastar ambos marcos de forma respetuosa y profunda.

En la Cábala: Ein Sof (el Infinito) no se encarna, no muere, ni cambia. La redención del alma no viene por sustitución, sino por corrección (Tikkun) y elevación espiritual. Cada alma tiene la capacidad de reparar la separación del pecado a través de Teshuvá (retorno), estudio, actos de bondad, y transformación interna. El alma no necesita un sacrificio externo para ser perdonada: necesita consciencia, transformación, y unión con la Luz.

El acto de Dios de “vestirlos” no requiere matar a un animal literal en la lectura cabalística. La "caída" del alma al plano físico (vestirse de “piel” = or con Ayin) es vista como el comienzo del trabajo espiritual, no como un crimen que exige muerte.

En la Cábala: El Mesías (Mashíaj) es una fuerza cósmica de unidad, restauración y revelación de la Luz oculta. Puede haber un Mesías sufriente (Mashíaj ben Yosef) que prepara el camino, pero no muere para pagar los pecados de otros, sino que eleva el mundo con su sufrimiento, como parte del proceso de corrección colectiva.

Sin embargo desde el cristianismo místico (especialmente en tradiciones como la de San Juan o San Pablo): Jesucristo es el Logos eterno (Palabra de Dios), que se encarna para morir como el Cordero. Su sacrificio es la culminación de la promesa contenida en Génesis 3: la semilla de la mujer que aplastará la cabeza de la serpiente (Protoevangelio). Y la piel con la que Dios cubre a Adán y Eva prefigura el acto de cubrir el pecado con la sangre del Mesías. Esta es una lectura teológica posterior, basada en la reinterpretación de las Escrituras hebreas a través del prisma de la cruz.

Y mas allá de cualquier debate y simplemente en pro de nuestro crecimiento ese alejamiento de la luz en donde comienza el Tikun, nos habla igualmente del pecado original y su redención, del ocultamiento como cambio de estado a esa primera muerte que prefigura el sacrificio, de la

elevación (Teshuvá) en pro de la unión con la Shejiná, que implica expiación por sangre del cordero, lo que nos habla del Mesías como fuerza espiritual que restaura y eleva y que en el caso de los creyentes murió para vencer el poder del pecado en el mundo.

Desde la Cábala: No es necesario que Dios se humanice o muera para perdonar. El Creador no necesita sacrificios: lo que quiere es que el alma humana eleve su conciencia, corrija su intención, y regrese a la unidad con la Luz. El acto de cubrir a Adán y Eva no es una sangre literal, sino la misericordia divina manifestándose incluso tras la caída. Desde una visión cristiana mística, puede verse esa escena como una prefiguración del sacrificio del Mesías, lo cual tiene valor espiritual que solo se puede entender gracias al Espíritu Santo.

The expression "like one of us" suggests that the knowledge of good and evil has brought man to a state of consciousness similar to the divine, but it has also placed him in a position of great responsibility, as our intellectual understanding cannot fully grasp the integration of polarities.

And although this same condition makes us co-creators of the world, it also makes us responsible for our decisions, which calls us to nourish ourselves from the "Tree of Life," our Lord Jesus Christ, and not from the forbidden tree that gave us access to mortality and disconnection from the divine source.

Logically, access to eternity must be earned through obedience and faith, and not simply taken, which underscores the importance of the process of correction and spiritual elevation in human life. The word "חַ יִים " (chayim, "life") has a numerical value of 68 (Chet = 8, Yod = 10, Yod = 10, Mem = 40), pointing us to the true concept of what life is, which we must understand in its highest and most spiritual form.

The term "טוֹב" (tov, "good") has a numerical value of 17 (Tet = 9, Vav = 6, Bet = 2), while "עָ רָ " (ra, "evil") has a value of 270 (Resh = 200, Ayin = 70), so the difference in numerical values indicates the complexity of the challenge that humanity faces in integrating these concepts into daily life.

As we reflect on our duality and all that the knowledge of good and evil entails, as well as its impact on our lives, we must clearly understand that we must take greater conscious responsibility for our choices and actions so that the opportunity we have to choose life over death is the one that governs our discernment.

Immortality and connection with the divine are goals that must be achieved through a conscious process of correction and overcoming, of faith, which involves acknowledging our faults, working on our inner transformation, and striving to live in harmony with divine principles.

El acto de cubrir la vergüenza de Adán y Eva con pieles se ve como la primera muerte en la historia, hecha por Dios mismo, prefigurando el sacrificio expiatorio. Y el Mesías (Jesús, en esa teología) es visto como el Cordero inocente, que muere para cubrir el pecado del mundo, restaurando la

conexión con Dios. Pero desde el punto de vista de la Cábala judía tradicional, la historia se interpreta diferente en cuanto a naturaleza divina, pecado y redención. Vamos a contrastar ambos marcos de forma respetuosa y profunda.

En la Cábala: Ein Sof (el Infinito) no se encarna, no muere, ni cambia. La redención del alma no viene por sustitución, sino por corrección (Tikkun) y elevación espiritual. Cada alma tiene la capacidad de reparar la separación del pecado a través de Teshuvá (retorno), estudio, actos de bondad, y transformación interna. El alma no necesita un sacrificio externo para ser perdonada: necesita consciencia, transformación, y unión con la Luz.

El acto de Dios de “vestirlos” no requiere matar a un animal literal en la lectura cabalística. La "caída" del alma al plano físico (vestirse de “piel” = or con Ayin) es vista como el comienzo del trabajo espiritual, no como un crimen que exige muerte.

En la Cábala: El Mesías (Mashíaj) es una fuerza cósmica de unidad, restauración y revelación de la Luz oculta. Puede haber un Mesías sufriente (Mashíaj ben Yosef) que prepara el camino, pero no muere para pagar los pecados de otros, sino que eleva el mundo con su sufrimiento, como parte del proceso de corrección colectiva.

Sin embargo desde el cristianismo místico (especialmente en tradiciones como la de San Juan o San Pablo): Jesucristo es el Logos eterno (Palabra de Dios), que se encarna para morir como el Cordero. Su sacrificio es la culminación de la promesa contenida en Génesis 3: la semilla de la mujer que aplastará la cabeza de la serpiente (Protoevangelio). Y la piel con la que Dios cubre a Adán y Eva prefigura el acto de cubrir el pecado con la sangre del Mesías. Esta es una lectura teológica posterior, basada en la reinterpretación de las Escrituras hebreas a través del prisma de la cruz.

Y mas allá de cualquier debate y simplemente en pro de nuestro crecimiento ese alejamiento de la luz en donde comienza el Tikun, nos habla igualmente del pecado original y su redención, del ocultamiento como cambio de estado a esa primera muerte que prefigura el sacrificio, de la elevación (Teshuvá) en pro de la unión con la Shejiná, que implica expiación por sangre del cordero, lo que nos habla del Mesías como fuerza espiritual que restaura y eleva y que en el caso de los creyentes murió para vencer el poder del pecado en el mundo.

Desde la Cábala: No es necesario que Dios se humanice o muera para perdonar. El Creador no necesita sacrificios: lo que quiere es que el alma humana eleve su conciencia, corrija su intención, y regrese a la unidad con la Luz. El acto de cubrir a Adán y Eva no es una sangre literal, sino la misericordia divina manifestándose incluso tras la caída. Desde una visión cristiana mística, puede verse esa escena como una prefiguración del sacrificio del Mesías, lo cual tiene valor espiritual que solo se puede entender gracias al Espíritu Santo.

REFLECTION

Esta reflexión está disponible solo en español.

MIS NOTAS

וַיְשַׁלְּחֵהוּ יְהוָה אֱלֹהִים מִגַּן-עֵדֶן,לַעֲבֹד אֶת-הָאֲדָמָה,אֲשֶׁר לֻקַּח מִשָּׁם.

Vayeshalechehu Adonai Elohim miggan-eden, la'avod et-ha'adamah, asher lukach misham.

«Y el Señor Dios lo expulsó del Jardín del Edén, para que trabajara la tierra de la que fue tomado.»

"And the Lord God expelled him from the Garden of Eden to work the ground from which he was taken."

REFLEXIÓN

La expulsión del Jardín del Edén fue un paso crucial en la evolución espiritual del ser humano, ya que, aunque muchos lo evalúan como un castigo, es realmente, dentro de la dualidad que caracteriza nuestras vivencias, una oportunidad para que, como hijos del Creador, enfrentemos los desafíos del mundo material y, a través de ellos, logremos nuestra redención.

El Jardín del Edén representa un estado de pureza y conexión directa con lo divino, mientras que la "tierra" en la que cohabitamos actualmente como masa crítica representa una realidad física que contiene desafíos específicos; por lo tanto, al trabajar, asumimos la tarea de transformarnos y redimirnos.

En lugar de disfrutar de los frutos sin esfuerzo, los seres humanos debemos participar activamente en la creación, cultivando y elevando el mundo material hacia lo espiritual, tarea que es esencial para la redención y la restauración del estado original de armonía con lo divino.

Es por ello que la palabra "אֲדָמָה" (adamah, "tierra"), por su valor numérico de 50 (Alef = 1, Dalet = 4, Mem = 40, Hei = 5), nos habla también de libertad y redención, tanto que este número está asociado al jubileo, un tiempo de liberación y restauración en la tradición judía.

El término "גַּן-עֵדֶן" (gan-eden, "Jardín del Edén") tiene un valor numérico de 124 (Gimel = 3, Nun = 50, Ayin = 70, Dalet = 4, Nun = 50), llamándonos a un estado de plenitud y bendición que se perdió con la expulsión, pero que sigue siendo un objetivo para el ser humano alcanzar a través de su trabajo y esfuerzo espiritual.

No perdamos de vista la importancia del trabajo y el esfuerzo en la vida, ya que, aunque la expulsión del Jardín del Edén simboliza la entrada en un estado donde el esfuerzo es necesario para alcanzar la plenitud y la conexión con lo divino, también está claro que trabajar la tierra se convierte en una

metáfora del crecimiento interior lumínico que cada uno debe realizar para transformar su vida y alcanzar la redención.

La fe nos reitera que, aunque estamos intrínsecamente conectados con el mundo material, nuestra misión es elevarlo y purificarlo, proceso que hace que cada acción consciente que tomamos para mejorar nuestros entornos y a nosotros mismos nos acerque más al estado de armonía y plenitud que representa el Jardín del Edén.

REFLECTION

The expulsion from the Garden of Eden was a crucial step in the spiritual evolution of humankind, as, although many view it as a punishment, it is actually, within the duality that characterizes our experiences, an opportunity for us, as children of the Creator, to face the challenges of the material world and, through them, achieve our redemption.

The Garden of Eden represents a state of purity and direct connection with the divine, while the "earth" in which we currently dwell as a critical mass represents a physical reality that contains specific challenges; therefore, by working, we assume the task of transforming and redeeming ourselves.

Instead of enjoying fruits without effort, humans must actively participate in creation, cultivating and elevating the material world toward the spiritual, a task that is essential for redemption and the restoration of the original state of harmony with the divine.

This is why the word "אֲדָמָה" (adamah, "earth"), with its numerical value of 50 (Alef = 1, Dalet = 4, Mem = 40, Hei = 5), also speaks to us of freedom and redemption, as this number is associated with the jubilee, a time of liberation and restoration in Jewish tradition.

The term "גַּן-עֵדֶן " (gan-eden, "Garden of Eden") has a numerical value of 124 (Gimel = 3, Nun = 50, Ayin = 70, Dalet = 4, Nun = 50), calling us to a state of fullness and blessing that was lost with the expulsion, but which remains a goal for humanity to achieve through work and spiritual effort.

Let us not lose sight of the importance of work and effort in life, for although the expulsion from the Garden of Eden symbolizes the entrance into a state where effort is necessary to attain fullness and connection with the divine, it is also clear that working the earth becomes a metaphor for the luminous inner growth that each person must undertake to transform their life and attain redemption.

Faith reminds us that, although we are intrinsically connected to the material world, our mission is to elevate and purify it, a process that ensures that every conscious action we take to improve our surroundings and ourselves brings us closer to the state of harmony and fullness that the Garden of Eden represents.

MIS NOTAS

וַיְגָרֶשׁ אֶת-הָאָדָם, וַיַּשְׁכֵּן מִקֶּדֶם לְגַן-עֵדֶן אֶת-הַכְּרֻבִים,
וְאֵת לַהַט הַחֶרֶב הַמִּתְהַפֶּכֶת, לִשְׁמֹר אֶת-דֶּרֶךְ עֵץ הַחַיִּים.

Vayegaresh et-ha'adam, vayashken mikedem legan-eden et-hakeruvim, ve'et lahat hacherev hamithapechet, lishmor et-derech etz hachayim.

«Y expulsó al hombre, y colocó al oriente del Jardín del Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía para guardar el camino al árbol de la vida.»

"And He drove the man out; and at the east of the Garden of Eden He placed the cherubim and a flaming sword that turned every way to guard the way to the tree of life."

REFLEXIÓN

Al separarnos del estado de pureza y plenitud que simboliza el Jardín del Edén, y siendo expulsados como consecuencia de nuestra desobediencia, entramos a depender de nuestro libre albedrío, esa capacidad humana de tomar decisiones, las mismas que, curiosamente, históricamente nos han alejado del Creador.

Sin embargo, no quedamos totalmente desconectados del mundo espiritual, que es un todo, y por ello, incluso en nuestro plano, se habla de la influencia de ángeles, demonios y otros seres celestiales, que cumplen un rol dentro de la estructura espiritual del universo.

Los ángeles (malajim en hebreo) son considerados mensajeros del Creador, encargados de hacer cumplir su voluntad en el mundo material. Al ser de pura luz, creados por Él, cumplen tareas específicas, ya sea en los cielos o en la tierra, a través de funciones particulares que dependen exclusivamente de la voluntad divina.

Se habla de jerarquías dentro de ellos según su cercanía con la divinidad, y aunque se describen dentro de diez órdenes correspondientes a las diez sefirot del Árbol de la Vida, lo cierto es que los ángeles más elevados o los serafines, que interactúan más directamente con el mundo físico, cumplen un rol dado por el plan del Creador.

Se cree que cada sefirá tiene ángeles asociados que llevan a cabo su función específica en el universo. Por ejemplo, el arcángel Miguel (Mijael) se asocia con la sefirá de Jesed (misericordia), mientras que el arcángel Gabriel se asocia con Guevurá (rigor).

Por otro lado, están los demonios (shedim), que son considerados fuerzas de destrucción y caos, ya que emanan de las fuerzas negativas que existen en el universo. A menudo, están asociados con la "cáscara" (kelipah), que es la cobertura o la impureza que se adhiere a lo santo.

Aunque pueden calificarse como negativos, los demonios tienen un papel en el equilibrio cósmico, permitiendo que el libre albedrío y la justicia existan en el mundo. Se dice que fueron creados como resultado de la caída del hombre, producto de ciertas energías no equilibradas en el universo dentro del espacio contraído. Por ello, habitan en los planos más bajos de la realidad y, aunque pueden influir en el mundo físico, causando tentaciones, enfermedades y otras formas de dolor, siempre se mantienen bajo el orden universal y la voluntad divina.

Samael es un ángel con una dualidad interesante, ya que, aunque se describe como un ángel caído o un demonio, otros lo consideran un ángel que actúa como acusador en el tribunal celestial, cumpliendo el papel de tentador y ejecutor de castigos divinos.

También se habla de Lilith, a quien algunos representan como la primera esposa de Adán que se rebeló contra él. Sin embargo, esa personificación de la oscuridad y la seducción, al igual que Satanás, simplemente se asocia a la esfera de la kelipah, representando la tentación y el peligro que acechan al ser humano cuando se desvía del camino espiritual.

Todos los seres celestiales, incluidos los conocidos como Metatrón, el ángel más alto y el escriba celestial que registra todos los actos del hombre, cumplen un rol. Este actúa como mediador entre el Creador y la humanidad, y es conocido como el "Príncipe de la Presencia". Algunos lo confunden con nuestro Señor Jesucristo, quien para los creyentes conforma la Trinidad a través de la cual se nos manifiesta el Creador.

Finalmente, el ángel Raziel, conocido como el ángel de los misterios y secretos, entregó a Adán un libro lleno de sabiduría divina, conocido como el "Sefer Raziel HaMalach", que contiene secretos profundos sobre la creación y el funcionamiento del universo.

Así que si hay querubines con una espada encendida guardando el camino al árbol de la vida, todos ellos nos hablan de la importancia de la protección divina, a la cual se nos impide un acceso directo por los secretos más profundos del conocimiento divino cuando la humanidad no está preparada para ellos.

Es por ello que la espada encendida, que se revuelve constantemente, simboliza la dinámica continua del juicio divino y la necesidad de un equilibrio perfecto entre el amor (Jesed) y el rigor (Guevurá). Siendo el árbol de la vida nuestro Señor Jesucristo, es la conexión directa con la divinidad y la fuente de la vida eterna.

La palabra "כְּרוּבִ ים " (keruvim, "querubines") tiene un valor numérico de 278 (Kaf = 20, Resh = 200, Vav = 6, Bet = 2, Yod = 10, Mem = 40), por lo que esa energía protectora es, al mismo tiempo, una responsabilidad que implica acceder al conocimiento sagrado. Por ello, la palabra "לַהַ ט" (lahat,

"espada encendida"), con su valor numérico de 438 (Lamed = 30, Hei = 5, Tet = 9), refuerza la idea de una energía intensa y purificadora, necesaria para proteger el camino hacia la inmortalidad y la vida eterna.

Somos los seres humanos quienes hemos creado barreras en nuestro camino hacia la plenitud espiritual al desobedecer, por lo que debemos recuperar el estado de gracia que se perdió, enfrentando todos esos obstáculos en nuestro viaje espiritual, los mismos que se superan gracias a la fe en nuestro salvador y guía, el árbol de la vida, que nos llama a una transformación interna para poder redimirnos.

REFLECTION

Being separated from the state of purity and fulfillment symbolized by the Garden of Eden, and being expelled as a consequence of our disobedience, we came to rely on our free will—the human capacity to make decisions—which, curiously, has historically distanced us from the Creator.

However, we were not entirely disconnected from the spiritual world, which is a whole, and thus even in our realm, there is talk of the influence of angels, demons, and other celestial beings, who play a role within the spiritual structure of the universe.

Angels (malachim in Hebrew) are considered messengers of the Creator, tasked with carrying out His will in the material world. Being beings of pure light, created by Him, they perform specific tasks, whether in the heavens or on earth, through particular functions that depend solely on divine will.

There are hierarchies among them according to their proximity to the divine, and although they are described within ten orders corresponding to the ten sefirot of the Tree of Life, the truth is that the highest angels, or the seraphim, who interact more directly with the physical world, fulfill a role given by the Creator's plan.

It is believed that each sefira has associated angels that carry out its specific function in the universe. For example, the archangel Michael (Micha'el) is associated with the sefira of Chesed (mercy), while the archangel Gabriel is associated with Gevurah (rigor).

On the other hand, there are demons (shedim), who are considered forces of destruction and chaos, as they emanate from the negative forces that exist in the universe. Often, they are associated with the "shell" (kelipah), which is the covering or impurity that clings to the holy.

Although they may be deemed negative, demons have a role in the cosmic balance, allowing free will and justice to exist in the world. They are said to have been created as a result of man's fall, the product of certain unbalanced energies in the universe within the contracted space. Therefore, they inhabit the lower planes of reality, and although they can influence the physical world, causing temptations, diseases, and other forms of suffering, they always remain under the universal order and divine will.

Samael is an angel with an interesting duality, as he is described as a fallen angel or demon, while others consider him an angel who acts as an accuser in the heavenly court, fulfilling the role of tempter and executor of divine punishment.

Lilith is also mentioned, represented by some as the first wife of Adam who rebelled against him. However, this personification of darkness and seduction, like Satan himself, is simply associated with the sphere of the kelipah, representing temptation and the danger that lurks for humanity when it strays from the spiritual path.

All celestial beings, including those known as Metatron, the highest angel and the celestial scribe who records all of man's deeds, play a role. This one acts as a mediator between the Creator and humanity and is known as the "Prince of the Presence." Some confuse him with our Lord Jesus Christ, who, for believers, forms the Trinity through which the Creator is manifested to us.

Finally, the angel Raziel, known as the angel of mysteries and secrets, gave Adam a book full of divine wisdom, known as the "Sefer Raziel HaMalach," which contains deep secrets about the creation and functioning of the universe.

So if there are cherubim with a flaming sword guarding the way to the tree of life, all of them speak to us of the importance of divine protection, to which direct access is denied due to the deepest secrets of divine knowledge when humanity is not prepared for them.

That is why the flaming sword, which turns constantly, symbolizes the ongoing dynamics of divine judgment and the need for perfect balance between love (Chesed) and rigor (Gevurah). Being the tree of life, our Lord Jesus Christ is the direct connection to divinity and the source of eternal life.

The word "כְּרוּבִ ים " (keruvim, "cherubim") has a numerical value of 278 (Kaf = 20, Resh = 200, Vav = 6, Bet = 2, Yod = 10, Mem = 40), so this protective energy is, at the same time, a responsibility, one that implies access to sacred knowledge. Therefore, the word "לַהַ ט" (lahat, "flaming sword"), with its numerical value of 438 (Lamed = 30, Hei = 5, Tet = 9), reinforces the idea of an intense and purifying energy necessary to protect the way to immortality and eternal life.

It is we humans who have created barriers on our path to spiritual fulfillment through disobedience, and we must recover the state of grace that was lost by confronting all those obstacles on our spiritual journey, which are overcome through faith in our savior and guide, the tree of life, who calls us to internal transformation in order to be redeemed.

MIS NOTAS

Avisos importantes

Transparencia sobre el uso de Inteligencia Artificial

Dejamos claro abiertamente que la IA se ha utilizado como herramienta de investigación y síntesis, bajo supervisión y edición humana. Esta plataforma utiliza herramientas avanzadas de inteligencia artificial como asistentes de investigación lingüística, filológica y contextual. Todos los análisis, traducciones y desarrollos teológicos son revisados, curados y estructurados con fines pedagógicos y reflexivos. La IA actúa aquí como un catalizador para la consulta de fuentes históricas y semíticas, pero el discernimiento y la aplicación espiritual corresponden a la experiencia y conciencia de cada lector.



«Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.»

SALMO 119:105

ESCUELA BÍBLICA CRISTO EL REY

WWW.EBCR.ORG · SEGUIDORES@EBCR.ORG